FAYE SCHULMAN

Plataforma Testimonio

Del bosque a la libertad

Memorias de una partisana judía

«Quiero que la gente sepa que sí hubo resistencia, que los judíos no fueron como ovejas al matadero. Yo era fotógrafa. Tengo fotos. Tengo pruebas.»

Del bosque a la libertad

Memorias de una partisana judía

Faye Schulman

Con la colaboración de
Sarah Silberstein Swartz

Traducción de Pablo Hermida Lazcano

Plataforma Editorial

Título original: *A Partisan's Memoir. Woman of the Holocaust*, originalmente publicado en inglés por Second Story Press, en 1995, en Canadá

Primera edición en esta colección: marzo de 2022

Copyright © 1995 Faye Schulman.

Published with permission of Second Story Press, Toronto, Ontario, Canada. All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical photocopying, recording, or otherwise, without the prior written permission of the Publisher.

© de la traducción, Pablo Hermida Lazcano, 2022

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2022

Imagen de portada de Moishe Lazebnik, hermano de Faye Schulman. El uso de esta imagen ha sido posible gracias a la Jewish Partisan Educational Foundation, www.jewishpartisan.org y a la familia de Schulman. Para aprender más sobre los partisanos judíos visite www.jewishpartisan.org o www.jewishpartisancommunity.org

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-18927-45-4

Diseño y realización de cubierta: Ariadna Oliver

Fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o

reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

1. Prefacio
2. Agradecimientos
3. Introducción
4. Cronología
5. 1. La vida en nuestra ciudad de Lenin
6. 2. Mi familia
7. 3. Bajo la ocupación soviética
8. 4. El reinado del terror nazi
9. 5. Gueto y liquidación
10. 6. Uniéndose a los partisanos
11. 7. Enfermera, soldado y fotógrafa partisana
12. 8. Mis hermanos como partisanos
13. 9. Raika
14. 10. Partisanos amigos y enemigos
15. 11. Misiones peligrosas
16. 12. Estaciones amargas
17. 13. Un importante bloqueo
18. 14. Liberación
19. 15. Reencuentros y nuevos comienzos
20. Epílogo

Compañeros de la Brigada Molotava. Detrás: izquierda, Misha Gerasimov, jefe de la brigada; derecha, el comisario de la brigada; delante: izquierda: Rosa, una partisana judía; derecha, Faye.

Que este libro sea un monumento...

A la memoria de mi querida familia, mi padre, mi madre, mis dos hermanas y mis dos hermanos, que perecieron a manos de los asesinos nazis.

A los partisanos que murieron luchando por la dignidad, el honor y la paz de los judíos.

Al futuro de nuestros jóvenes judíos —incluidos mis nietos Michael, Daniel, Nathan, Matthew, Rachelle y Steven— que continúan el legado judío y perpetúan la memoria.

Prefacio

Llevo medio siglo escribiendo este libro en mi mente. Los recuerdos todavía siguen vívidos y ya es hora de plasmarlos sobre el papel, de registrar esta parte crucial de la historia tal como se refleja en mis propias experiencias.

Como miembro del Holocaust Education and Memorial Centre [Centro para la Educación y la Memoria del Holocausto] y el Comité Yad Vashem de Toronto, he hablado de mis experiencias como partisana y superviviente del Holocausto en universidades y colegios públicos, en seminarios de profesores, conventos y encuentros ecuménicos. Las fotografías de la atrocidad que fui obligada a revelar para los nazis, junto con las que yo misma hice durante la guerra, han llegado a ser parte de este relato. Mis públicos han sido judíos y gentiles, jóvenes estudiantes y personas mayores, clérigos y profesores. Las personas más afectadas por mi testimonio han sido jóvenes con escasos o nulos conocimientos previos del Holocausto. Una muchacha que participó en mi taller con otros estudiantes de una escuela católica escribió: «Mis ideas han cambiado. Me avergüenza enormemente que los sentimientos antijudíos fuesen la base de semejante historia de terror. Nuestro peligro de cara al futuro radica en olvidar un pasado tan lúgubre. El olvido del Holocausto supondría la ceguera ante el lado más oscuro de la humanidad».

Con la publicación de mi historia en forma de libro, confío en que los lectores de este relato trasciendan mis fronteras geográficas y la duración de mi vida. Albergo la esperanza de que quienes lean *Del bosque a la libertad: memorias de una partisana judía* logren comprender mejor la ardua vida, la lucha y el heroísmo de los partisanos judíos en la resistencia durante el Holocausto.

Son demasiados los que han negado el Holocausto. Más numerosos aún son quienes han perpetuado el mito de la pasividad, la falacia de que seis millones de judíos fueron dócilmente a su muerte cual corderos al matadero. Es importante que las generaciones futuras sepan que esto no es cierto. En realidad, dondequiera que tuvimos la mínima oportunidad, los judíos nos defendimos. Hicimos todo lo posible por sobrevivir bajo circunstancias indescriptiblemente difíciles en los bosques, en los guetos y en los campos. Todos luchamos por nuestra vida y por las vidas de nuestros seres queridos. Muchos combatimos con armas en la mano en los guetos, en la resistencia

clandestina en las ciudades y los pueblos ocupados, como partisanos en los bosques, y simplemente como individuos que se enfrentaban a quienes llegaban para destruirles.

Inevitablemente, la mayoría de esos héroes y heroínas desconocidos que lucharon como partisanos no lograron sobrevivir. No obstante, su valentía y sus cualidades valerosas no deberían olvidarse jamás. Nunca conoceremos el número exacto de los muertos anónimos. Como uno de los supervivientes, me siento obligada a hablar en nombre de aquellos que fueron trágicamente silenciados. Apenas se ha escrito acerca del valor de los partisanos judíos, que casi se ha mantenido en secreto. Yo serví en la resistencia partisana, como uno de los millares de hombres y mujeres que se unieron al movimiento partisano y participaron a diario en ataques, emboscadas y batallas contra el enemigo. Nos enfrentábamos al hambre y al frío; nos enfrentábamos a la amenaza constante de la muerte y la tortura; nos enfrentábamos asimismo al antisemitismo en nuestras propias filas. Contra viento y marea, luchamos contra la opresión nazi. Utilizábamos todos los recursos disponibles, todo nuestro coraje, espíritu e inventiva, para combatir al enemigo. Muchos combatientes partisanos eran meros muchachos —adolescentes como yo misma— sobre quienes había recaído el peso de la responsabilidad adulta. Jamás se dieron por vencidos. Lucharon por venganza, por el honor y la dignidad, por el fin de los asesinatos y de la guerra, muchos de ellos hasta su último aliento.

Es importante tener presente que mi historia es solo una de entre una multitud de historias de supervivientes judíos. Aunque cada historia es única, cada una es también representativa; todas son inapreciables. La documentación de estos testimonios en primera persona es crucial; es mediante ellos como podemos desafiar enérgica y exitosamente los mitos y contar la verdad.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a mi hija Susan, mi hijo Sidney y mi nuera Louise por brindarme el respaldo emocional, la confianza y la inspiración para completar la escritura de este libro.

Estaré eternamente agradecida a mi esposo Morris, bendita sea su memoria, por compartir mi vida y animarme a documentar los años más difíciles de mi existencia. Por desgracia ya no está conmigo para ver cumplida mi tarea.

También quisiera reconocer los esfuerzos de Maureen Mazin, David Birkan y Lisa Ben Simon, a quienes agradezco su ayuda y su aliento.

Mi especial gratitud y aprecio a Sarah Swartz por su inestimable labor y por su profunda comprensión.

Introducción

Estábamos a finales del año 1942. Nuestro destacamento de combatientes partisanos había recibido la orden de dejar nuestra base en los bosques para realizar otra incursión en la localidad de Lenin. Misha, el líder ruso de nuestra brigada, nos había enviado en una misión para atacar al enemigo. En esta ocasión teníamos que arrasar las casas utilizadas como cuartel general por los nazis y sus colaboradores. Al tiroteo inicial le seguiría la habitual tregua breve hasta la llegada de refuerzos nazis, durante la cual lograríamos aprovisionarnos de lo necesario para la supervivencia en el bosque: rifles, municiones, alimentos y suministros médicos.

Yo tenía razones personales para desear participar en el asalto a la ciudad de Lenin. Aquel *shtetl* había sido mi hogar. Allí había nacido y vivido con mi familia, en la casa amorosamente construida por mi padre. Allí me había criado con mis seis hermanos y había vivido mi juventud. Era asimismo la localidad en la que los miembros de mi propia familia habían sido asesinados por los nazis.

El *shtetl* de Lenin en el distrito de Polonia oriental llamado Polesia, cerca la frontera con la Unión Soviética, había albergado una comunidad de seis mil judíos. El 14 de agosto de 1942, toda la población judía restante de Lenin, excepto yo misma y otras cinco familias, había sido fusilada y enterrada en unas pocas horas en tres fosas comunes. Tan solo yo y unos cuantos más nos libramos de la muerte. Transcurridos tres años de guerra, a mis diecinueve años, me encontraba sin familia, ni hogar ni comunidad.

Lenin estaba situada en una región desierta rodeada de pantanos, ríos y un denso bosque, bueno para el camuflaje. Aquel era un refugio ideal para bases partisanas como la nuestra. Tras la aniquilación de toda nuestra comunidad judía, yo había huido al bosque y me había unido a la Brigada Molotava, un destacamento partisano integrado básicamente por soldados y oficiales rusos que habían escapado de los campos de prisioneros nazis. Llevaba seis meses con la Brigada Molotava y había participado en ataques anteriores. Ahora algunos de mis compañeros me informaron de los preparativos para otra incursión en mi localidad natal de Lenin. Yo deseaba unirme al grupo en su ataque a los asesinos de mi comunidad y de mi propia familia. Inicialmente, el comandante no había tenido intención de incluirme en esa misión particular, pero le supliqué permiso para ir. Le expliqué

lo importante que era para mí continuar vengando la muerte de mis seres queridos participando en esos ataques. Tras algunas deliberaciones, me permitió sumarme a la incursión.

Nuestros exploradores nos habían contado los detalles más recientes de las actividades de la localidad. Sabíamos con exactitud qué casas ocupaban ahora los nazis y cuántos nazis y colaboradores había en cada casa. Sabíamos qué edificios albergaban el cuartel general de la Gestapo, la *Wehrmacht* y la policía local que servían al gobierno nazi. Teníamos asimismo una lista de nombres y direcciones de civiles locales que habían simpatizado con los nazis y habían abusado de su poder sobre el resto de la población.

Nuestros exploradores también se habían enterado, por los campesinos de la vecindad, de que los nazis estaban experimentando dificultades para mantener cubiertas las tres zanjas en las que más de 1850 hombres, mujeres y niños judíos habían sido asesinados y enterrados. Los nazis habían cubierto las fosas con tierra y arena, pero días después el terreno continuaba moviéndose mientras se asentaban los cadáveres; la capa superior se agrietaba y la sangre seguía filtrándose. Por tres veces cubrieron las fosas; por tres veces las fosas se abrieron, cual una gigantesca herida sangrante. Al escuchar esa noticia, se me hacía imposible quedarme atrás mientras la sangre de mi propia familia continuaba fluyendo de las zanjas. ¿Cómo no iba a participar en nuestro ataque a Lenin?

No había amanecido aún cuando nuestra banda de noventa partisanos llegó a las afueras de Lenin. Habíamos caminado varias horas durante la noche por el bosque, evitando las carreteras. Cada uno tenía que esmerarse en no perder de vista a la persona que andaba inmediatamente delante, so pena de perderse en la oscuridad. Ahora que estábamos fuera de la ciudad, nos separamos en grupos más pequeños y avanzamos hacia nuestras respectivas posiciones asignadas. A una señal dada, debíamos atacar desde todas las direcciones. Si un vigilante nazi nos descubría antes de que recibiésemos nuestra señal, habíamos sido instruidos para estrangularle antes de que pudiese dar la voz de alarma.

*

Aguardo en silencio entre los pinos en las afueras de la localidad. La ciudad se me antoja dolorosamente familiar; cada calle, cada rincón me trae recuerdos. Sostengo firmemente en mis manos un fusil cargado. No lejos de mi puesto hay tres fosas en las que mis familiares y mis amigos fueron brutalmente asesinados. Embargada por la

emoción, vuelvo a imaginar esa escena de horror. Si pudiera, me tumbaría en el suelo con los brazos extendidos y abrazaría la tierra empapada de sangre. Quiero cerrar los ojos y dormirme para siempre con mis seres queridos. En vez de ello veo sus rostros, oigo sus voces que susurran: «¡No! No te rindas. Ahora tienes un rifle. ¡Lucha! Vénganos y defiéndete». Ya no tengo miedo. Mis manos sujetan con firmeza mi fusil cargado.

Este ensueño es interrumpido por un único disparo que rompe la quietud: nuestra señal para avanzar. Desde nuestros diversos atrincheramientos en torno a los edificios, los noventa gritamos con fuerza «¡Hurra! ¡Hurra!» para desconcertar a los nazis mientras comenzamos a disparar. Incendiamos sus cuarteles generales sobre sus cabezas.

Estoy disparando a ciegas. No veo los rostros de mis blancos. Algunos de los sorprendidos guardias nazis apostados fuera de los edificios contraatacan con sus disparos. Muertos y heridos en ambos bandos. Desciende una calma espeluznante.

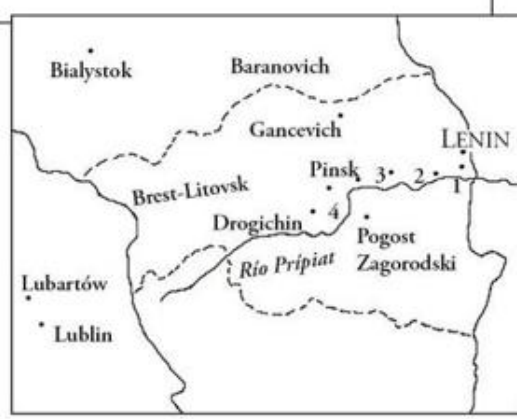
Me encuentro cerca de la casa de mi familia y me apresuro a entrar. Estoy ahogada por la emoción. Esa casa siempre había estado llena de vida, de gente que entraba y salía: parientes, amigos, vecinos. Y ahora el silencio total. Las habitaciones vacías; los legítimos ocupantes de la casa, muertos. El suelo está cubierto de mondas de patatas tiradas por los nazis. Al oír los disparos, se habían marchado aterrorizados hacía tan solo unos instantes. Por nuestros confidentes partisanos, sé que mi antiguo hogar ha albergado a una treintena de colaboradores locales que trabajan como policías nazis.

Estoy en el centro de la estancia, paralizada, sin derramar lágrimas. Oigo en mi mente un extraño grito apremiante. Es la voz de mi madre. Un grito con un eco. Veo imágenes de mis hermanas, de mi hermano. Sí, les oigo gritar; un grito de remembranza inocente y exigente: «¡Corre! ¡Lucha! ¡Resiste!» Ese grito no me deja en paz. Aprieto los puños. Me siento incapaz de gritar. No hay tiempo para las lágrimas. La tensión, las necesidades del momento anulan mis sentimientos internos.

Las ruinas de la casa de la familia Lazebnik; solo quedan las chimeneas.

Otro partisano entra corriendo en la casa. Es Moishe, a quien hemos apodado *der Weisser*, el rubio. «Esta es tu casa. ¿Qué te parece? —brama—. ¿Le prendemos fuego?»

Mi familia está muerta; mi ciudad ha sido ocupada. Jamás volveré a vivir aquí. No quiero que los asesinos usen nuestro hogar. En menos tiempo del que se tarda en formar estos pensamientos, le grito «¡Quémala!» Él rocía con gasolina el suelo del salón. Yo enciendo las cerillas. Al instante, la casa está ardiendo. Mientras nos retiramos a la seguridad del bosque, vuelvo la cabeza para ver las llamas y el humo que atraviesan el cielo. Me siento desconsolada, devastada; algo preciado se ha perdido una vez más. Se han roto irrevocablemente más vínculos con mi pasado. Una verdad terrible: esta población y esta casa, tan cerca de mi corazón, han cesado de existir. Todavía puedo oír los chillidos que vienen de las tres zanjas; han quedado grabados para siempre en mi mente.



REGIÓN DE POLESIA

1 Mikashevich
2 Sienkevich
3 Luniniec
4 Motol

Cronología

1 de septiembre de 1939: Polonia es invadida por los nazis y la Unión Soviética. Queda dividida entre la Alemania nazi al oeste y la Unión Soviética al este. La localidad de Lenin pasa a estar bajo la ocupación soviética.

22 de junio de 1941: Los nazis atacan la Polonia ocupada por los soviéticos y la Unión Soviética sin previo aviso, pese al pacto mutuo de no agresión entre los dos países.

24 de junio de 1941: Las tropas nazis invaden la localidad polaca de Lenin; comienza el reinado del terror.

Mayo de 1942: Se inicia el transporte de hombres y niños judíos en buenas condiciones físicas desde Lenin hasta los campos de trabajos forzados en Gancevich y otros lugares.

10 de mayo de 1942: Los nazis crean un gueto judío en Lenin.

14 de agosto de 1942: El gueto judío de Lenin es erradicado; más de 1850 judíos son asesinados, fusilados y enterrados en tres fosas comunes. Solo sobreviven Faye Lazebnik y otras cinco familias judías. Los judíos del campo de trabajos forzados de Gancevich tienen noticia de los asesinatos y deciden huir del campo. Muchos mueren en la fuga, pero la mayoría halla refugio en los bosques.

Septiembre de 1942: Los partisanos de la Brigada Molotava atacan Lenin; Faye Lazebnik escapa y se une a ellos. Durante los dos años siguientes, actuará como enfermera y fotógrafa en su unidad de partisanos, además de participar en numerosas incursiones contra las fuerzas nazis.

Noviembre de 1942: Faye se reúne brevemente con su hermano Kopel, quien ha logrado escapar de Gancevich y unirse a un grupo partisano. Faye rescata y asume la responsabilidad de una huérfana judía de ocho años, Raika Kliger.

Diciembre de 1942: Lenin es arrasado por los nazis y el resto de su población rusa blanca muere quemada.

Febrero de 1944: La niña a cargo de Faye, Raika Kliger, es evacuada con los heridos a un lugar seguro en Moscú.

De febrero a marzo de 1944: Las tropas y los colaboradores nazis fuerzan a la Brigada Molotava a dispersarse desde su campamento base. La unidad de Faye, perseguida sin tregua por los nazis, sobrevive milagrosamente y regresa seis semanas después a la base.

3 de julio de 1944: Las tropas soviéticas liberan territorio partisano de la Brigada Molotava; los nazis son expulsados finalmente. Los partisanos de la Brigada Molotava liberan la ciudad de Pinsk.

12 de diciembre de 1944: Faye se casa con Morris Schulman.

Junio de 1948: Faye, Morris y su hija Susan emigran a Canadá.

1. La vida en nuestra ciudad de Lenin

Lenin no se llamaba así por el revolucionario comunista de ese nombre; la localidad precedía en muchos años a la Revolución rusa de 1917. Cerca de doscientos años atrás, la ciudad y sus granjas y aldeas circundantes habían sido propiedad de un rico aristócrata que tenía una hija llamada Lena, y había puesto a la ciudad el nombre de esta.

Lenin, la localidad polaca donde nací, estaba situado en la orilla del río Sluch. Al otro lado del río estaba la Unión Soviética. Un puente escrupulosamente custodiado, el único puente en muchos kilómetros, separaba los dos países. Incluso antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, los habitantes teníamos prohibido aproximarnos al río, que servía de frontera. Solo unas cuantas veces al año, cuando los sofocantes días estivales se tornaban casi insoportables, el gobierno militar polaco nos concedía permiso para nadar en un pequeño sector cercado de la orilla.

En la época de mi infancia, Lenin tenía una población civil de unos doce mil habitantes, la mitad de los cuales aproximadamente eran judíos. Además, miles de soldados de infantería y caballería con sus familias estaban destinados en nuestra ciudad debido a su estratégica ubicación. Su impresionante cuartel general y sus barracones militares eclipsaban la mayor parte de los modestos edificios de la localidad. Solo nuestro grande y moderno hospital, localizado en un hermoso pinar justo en las afueras de la población, podía competir en prestigio.

Dado que Lenin era una ciudad fronteriza, estaba bien custodiada por las fuerzas armadas polacas. Incluso durante el relativamente tranquilo dominio polaco, había regulaciones y restricciones que debían ser seguidas por todos los civiles de Lenin. Se instauró un toque de queda a las once de la noche, que se respetaba escrupulosamente. Aquellos que violaban ese toque de queda —como los jóvenes amantes que se reunían para una cita nocturna— se arriesgaban a ser capturados y arrestados. Todos los visitantes tenían que conseguir un permiso especial para entrar en Lenin. Eso significaba que los amigos y parientes que acudían de visita desde otras localidades no podían dejarse caer sin más, sin la formalidad de un visado. Ello restringía asimismo el comercio entre los habitantes de Lenin y los de fuera de las inmediaciones, toda vez que contactar para

hacer negocios fuera de Lenin resultaba a menudo complicado.

Sin un fácil acceso al mundo exterior, los residentes sentían una cierta afinidad entre ellos. Judíos y gentiles vivían en armonía con sus vecinos. Aunque el antisemitismo imperaba en otras partes de Polonia y en la Unión Soviética, en Lenin existía una aceptación y comprensión mutuas entre los judíos y los cristianos, al menos a nivel personal. Recuerdo que toda la ciudad, tanto los cristianos como los judíos, celebró el quincuagésimo aniversario de servicio del sacerdote en la iglesia de nuestra localidad. La comunidad judía le honró regalándole un libro encuadernado con cubierta de oro.

Aunque antes de la Segunda Guerra Mundial la ciudad formaba parte de Polonia, la mayoría de los residentes permanentes no judíos eran rusos blancos o bielorrusos, como se les conocía a la sazón. No obstante, Lenin era una localidad polaca y todos los asuntos oficiales se llevaban a cabo en polaco. Hasta los catorce años, todos los niños de la ciudad estudiábamos en colegios públicos polacos en los que las enseñanzas se impartían en polaco. Todos los niños judíos teníamos que aprender cuatro lenguas: el ruso blanco en la calle, el polaco en la escuela pública, el yidis en casa y el hebreo en el *cheder*, la escuela judía a la que todos acudíamos por las tardes.

Aunque en términos generales el antisemitismo era inexistente entre la mayoría de la población rusa blanca de Lenin, las actitudes hacia los judíos en el seno de la minoría polaca variaban. Dos historias tipifican los extremos mostrados por la minoría polaca de la ciudad hacia los judíos. Un día, un vecino, un tendero llamado Olshevski que se consideraba a sí mismo parte de la «élite» polaca de nuestra localidad, pasó por delante de nuestra casa. Mi madre estaba sentada en nuestro porche descansando tras un largo día de duro trabajo. El tendero se detuvo a hablar con ella. Tras las formalidades acostumbradas de la conversación normal, le espetó de repente: «Señora Lazebnik, pronto llegará un tiempo en el que tendré derecho a disparar a todos los judíos de esta ciudad».

Lenin antes de la guerra, a mediados de los años treinta. Bajo el régimen nazi, esta zona se convirtió en el gueto.

Mi madre replicó: «Señor Olshevski, pronto llegará un tiempo en el que aparecerá delante de usted un gran agujero en el que caerá y jamás será capaz de salir».

Posteriormente, cuando los nazis ocuparon nuestra ciudad, Olshevski exigió que los judíos fuesen a limpiar su casa. Yo me convertí en una de sus fregonas. Si me negaba, él amenazaba con presentar una queja ante los nazis. Al cabo de algún tiempo, en una de sus incursiones, los partisanos fusilaron a Olshevski y a otros de su calaña.

En el otro extremo, un capitán polaco, un médico, era un buen amigo de nuestra familia. Durante su paseo matinal diario, se dejaba caer por nuestra casa para tomarse una cerveza, que mi madre despachaba para incrementar los ingresos familiares. Un día se percató de que mi madre había estado llorando. Cuando le preguntó el motivo, ella le contó que no tenía dinero para pagar la inminente boda de mi hermana Sonia. Mientras mi madre bajaba al sótano para coger la cerveza, el oficial extendió un cheque por quinientos eslotis. Se lo entregó como pago por su cerveza y dijo: «Espero que esto sea suficiente».

En aquellos tiempos, quinientos eslotis eran una fortuna, suficiente para todo: la boda, la ropa, la comida y el alquiler de un apartamento.

Aquel oficial polaco hizo posible que se casara mi hermana. Mi madre decía que un ángel bueno había ido a visitarla.

Pese a las regulaciones y restricciones gubernamentales, antes de la Segunda Guerra Mundial los judíos de Lenin conseguían ganarse la vida. Los artesanos, comerciantes y tenderos obtenían sus ingresos atendiendo a los oficiales polacos y a sus familias. Los oficiales organizaban regularmente eventos especiales para ellos mismos: bailes, fiestas y carreras de caballos. Incluso contaban con su propia orquesta con más de doscientos músicos. Y para todas esas ocasiones, sus esposas vestían siempre elegantemente, requiriendo los servicios de las talentosas costureras y los sastres judíos de la ciudad.

Lenin tenía muchos acres de huertos; era uno de los distritos frutícolas más grandes de toda Polonia. A finales de verano, esas plantaciones de árboles frutales estaban cargadas de manzanas y peras maduras. Los comerciantes judíos hacían con frecuencia de intermediarios en la venta y el envío de esas frutas y de otros productos a toda Polonia.

Había dos sinagogas en la ciudad y solamente una iglesia. Los domingos, los aldeanos y los granjeros cristianos acudían desde las afueras de la localidad para asistir a la iglesia y, al mismo tiempo, traían consigo una variedad de productos para intercambiarlos con los comerciantes judíos por zapatos, ropa, jabón y manjares especiales, como panecillos blancos y frescos horneados por los panaderos judíos de Lenin. Esos panecillos eran muy diferentes de los toscos panes integrales que se comían a diario. Tras los servicios de la iglesia, la gente se reunía a centenares para charlar, hacer trueques y almorzar sus panecillos blancos y recientes, comprados a los comerciantes judíos.

La comunidad judía de Lenin era vibrante. Tenía su propio cementerio y su sociedad funeraria para hacerse cargo de sus difuntos, su *bet din*, un «tribunal» para las disputas internas entre judíos, y su sociedad de beneficencia para ayudar a los judíos pobres. Tras su jornada escolar, los niños judíos asistían al *cheder*, una escuela suplementaria mantenida por la comunidad. En el *cheder* aprendían a leer en hebreo, la Torá y otros libros religiosos.

Lenin antes de la guerra; mediados de los años treinta. Cada primavera, el lago inundaba las calles de la ciudad.

La mayoría de los judíos de la ciudad eran judíos observantes que practicaban el judaísmo con gran devoción. Eran conocidos como *misnagdim*. Dado que vestían ropas europeas contemporáneas e iban bien afeitados, se consideraban más modernos que sus homólogos jasídicos de otras zonas del país. Los jasídicos llevaban largas barbas, tirabuzones laterales y los tradicionales abrigos negros y largos con sombreros de piel que habían caracterizado a los judíos desde los primeros tiempos. Sin embargo, los judíos de nuestra comunidad eran asimismo religiosos ortodoxos. Rezaban tres veces al día, consumían alimentos *kosher* y observaban las costumbres, los ritos y las leyes judías que les habían sido transmitidos durante generaciones.

En Lenin, las festividades judías eran celebradas abiertamente con gran entusiasmo por toda la comunidad judía. En mi niñez, recuerdo haber participado con mis compañeros de clase del *cheder* en una caminata por el bosque para celebrar el Lag Baomer, la festividad primaveral que conmemora la rebelión de Bar Kojba contra los romanos. Correteábamos entre los árboles con nuestros arcos y flechas, como era costumbre en esa fiesta, cantando y bailando en celebración. Llevábamos un copioso pícnic con comida y bebida en abundancia para compartir entre todos.

El *sabbat* y cada festividad judía, las calles se llenaban de jóvenes que paseábamos en grupos cogidos del brazo, entonando a pleno pulmón las canciones hebreas y yidis que habíamos aprendido en casa y en el

cheder. Jamás existió temor alguno a la persecución o a los problemas ocasionados por la población gentil.

Recuerdo especialmente las celebraciones callejeras del Simjat Torá, la fiesta que celebra la finalización del ciclo anual de la lectura de la Torá, los Cinco Libros de Moisés, y el inicio de la primera lectura. La comunidad entera participaba en una procesión, acompañando al rabino desde su casa hasta la sinagoga. Hombres, mujeres y niños bailaban por las calles de la ciudad, cantando con gran fervor al tiempo que sostenían los rollos de la Torá y los besaban en su regocijo comunitario.

Durante esa celebración, llegó a ser costumbre en nuestra ciudad que los vecinos se colaran en las casas ajenas para robar una olla enorme de comida de la cocina y llevarla a la sinagoga para compartir entre todos una comida al concluir los servicios. Las mujeres cocinaban enormes tinajas de *tsimmes*, un plato tradicional de la festividad a base de zanahorias, patatas y ciruelas pasas, y las dejaban en sus casas sin cerrar, por si acaso.

Las celebraciones familiares y los eventos del ciclo de la vida tales como los nacimientos, los *bar mitzvahs*, las bodas y los funerales se celebraban comunitariamente. A una fiesta de bodas podían asistir centenares de invitados, ya que solía convidarse a toda la comunidad. Se servía a todo el mundo vino dulce, bizcocho y tarta de miel, símbolos de una dulce vida futura.

Los vecinos de nuestra ciudad estaban muy interesados en la política y en lo que sucedía en el resto del mundo, especialmente en Palestina y Polonia. Estaban suscritos a periódicos en numerosas lenguas de toda Europa. Con frecuencia se invitaba a oradores judíos de otras partes de Polonia para dar charlas a la comunidad, siempre y cuando pudieran conseguir la documentación que les permitiese la entrada en esa ciudad fronteriza celosamente custodiada.

Aunque algunos judíos de Lenin participaban en organizaciones socialistas, su número era limitado. Habida cuenta de nuestra proximidad a la Unión Soviética —considerada «el enemigo» por el gobierno polaco— y de la estricta vigilancia polaca a la que nos hallábamos sometidos, resultaba peligroso ser conocido como un miembro activo del Partido Comunista. Por ejemplo, el Primero de Mayo, una importante festividad comunista, siempre teníamos cuidado de no vestir de rojo, puesto que el rojo era el símbolo del comunismo. Vestir de rojo podía interpretarse como un signo de apoyo a la Unión Soviética; temíamos que aquello pudiese desembocar

en nuestro arresto por parte del regimiento polaco local.

Adultos y adolescentes participaban en otras varias actividades sociales y políticas. En la biblioteca, los miembros jóvenes organizaban sus propias reseñas de libros, presentaciones y conferencias. Aquello llegaría a convertirse en un paraíso social especial para la juventud judía. Allí se reunían los jóvenes para compartir ideas intelectuales y políticas, así como para socializar.

Muchos jóvenes llegaron a ser miembros activos en varios movimientos sionistas, desde los movimientos religiosos *Betar* y *Mizrachi* hasta los izquierdistas *Chalutz* y *Shomer Hazair*. Si bien las ideologías de estas organizaciones diferían, todas ellas aspiraban al establecimiento de un Estado judío en Palestina. Jóvenes y ancianos donaban su tiempo a *Keren Kayemet*, la organización que recaudaba fondos para la creación de un Estado judío.

Muchas mujeres pertenecían a una hermandad de voluntarias judías que recolectaban comida y ropa de los ricos para entregársela a los pobres. Recuerdo que mi madre iba a las casas de las familias acomodadas de la ciudad todos los viernes por la tarde, cesta en mano, para recoger *challahs*, panes de huevo especiales para la comida del *sabbat*, para los pobres que no podían permitirse hornearlos. La hermandad organizaba asimismo el cuidado de los enfermos, los ancianos y los hambrientos de la comunidad. En invierno distribuían ropa de abrigo y zapatos a los niños que carecían de ellos. Las mujeres jóvenes se reunían con regularidad para tejer y bordar manteles y ropa de cama, que posteriormente rifaban para recaudar dinero para obras benéficas.

Para el entretenimiento teníamos nuestro propio grupo teatral, que representaba clásicos yidis como *Tevie el lechero*, *Mirele Efros* y *El Dibbuk*. Aunque los actores y los músicos eran aficionados, sus interpretaciones eran de primera categoría y se tomaban muy en serio su trabajo en el teatro. Las obras teatrales y las actuaciones musicales tenían lugar en un edificio con un gran escenario, alquilado especialmente para esos espectáculos por la comunidad judía del ejército polaco. El dinero de la venta de entradas servía para cubrir gastos y los fondos remanentes se enviaban a los pobres o a *Keren Kayemet* para Palestina.

La conversación era otra forma de esparcimiento en esa aislada ciudad. La gente hablaba después de las representaciones teatrales, hablaba después de las bodas y hablaba también después de los funerales. Las historias y los chistes se contaban una y otra vez hasta

que el relato original apenas resultaba reconocible.

Recuerdo una historia acerca de una pareja de ancianos que se repetía constantemente. Un día la esposa enfermó. Fue al doctor, quien le prescribió una medicina y un baño caliente. Eso del baño caliente era más fácil decirlo que hacerlo, pues no había agua corriente. Había que coger agua del pozo más próximo, que a menudo estaba a una o dos manzanas de casa. A la anciana enferma le costó lo suyo llenar su bañera galvanizada y luego cargar con la leña desde el patio y hacer el fuego para calentar el agua. Dedicó medio día a esas tareas. Cuando estaba a punto de meterse en la bañera, recordó la toalla. Salió de la habitación para cogerla. Cuando regresó, su marido estaba sentado en la bañera.

Ella le gritó a su esposo: «¿Qué estás haciendo? El médico me ha dicho que debo darme un baño caliente. He trabajado muy duro. ¿Por qué te has colado? Ya sabes que estoy enferma».

«Yo también estoy enfermo», contestó él.

Más tarde ella fue a buscar su medicina. Había desaparecido. «La he gastado yo —reconoció su marido—. Yo también estoy enfermo». Ella se quedó sin baño y sin su medicina. La pobre mujer murió.

En su funeral, su esposo no podía parar de llorar y de hablar de lo mucho que quería a su mujer y de lo mucho que la echaría de menos. Concluyó su largo y lacrimógeno panegírico diciendo: «¡Oh, Necha, Necha, eras tan buena! Jamás te olvidaré. Ni siquiera retiraré tu fotografía de la pared cuando vuelva a casarme».

Otra historia agridulce fue la comidilla de la ciudad durante semanas. Había un zapatero judío que no podía ganarse la vida para mantener a su mujer y a sus seis hijos. Día tras día buscaba trabajo, pidiendo desesperadamente a todo el mundo cualquier cosa que pudiera ayudarle en su calamitosa situación. Suplicaba un empleo, comida, limosna. Imploraba la ayuda divina, pero todo era en vano. Un día, un oficial polaco antisemita le propinó una paliza terrible. Además de las desdichas que ya le abrumaban, aquel hombre patético, flaco y azotado por la pobreza tenía ahora una cojera permanente.

Temeroso de ser acusado de la paliza, lo cual habría resultado tremendamente embarazoso para él, el oficial agresor fue al encuentro del zapatero y le dio veinte eslotis. Interpretando aquello como una señal de Dios, el desdichado zapatero quedó extasiado, pensando que ahora podría proporcionar lo esencial para su familia. Pregonó por

toda la ciudad su dinero caído del cielo. Sin embargo, no tardó mucho en percatarse de que los veinte eslotis no eran suficientes. Pronto se le oyó exclamar: «¿Dónde puedo encontrar a otro oficial que me dé otra paliza a cambio de otros veinte eslotis?» Aunque a los vecinos se les antojaba un cuento trágico, la ridícula súplica del zapatero les hacía reír.

Aunque judíos y gentiles se entremezclaban bien a nivel personal, seguían existiendo las desigualdades institucionales habituales, que tornaba vulnerables a los judíos ante la población gentil. A título de ejemplo, a ningún judío de Lenin se le permitía ocupar cargos públicos. En consecuencia, los judíos solían sentirse intimidados cuando necesitaban acudir a una oficina gubernamental y hablar con los burócratas de turno.

En cierta ocasión, un vecino llamado Lazar Rabinovich necesitaba un pasaporte para su hija. Sin él, esta podía ser arrestada como extranjera o como espía. Temblando de miedo, entró en el edificio gubernamental. Se encontró frente a un hombre imponente con bigotes sentado en una gran silla tras un enorme escritorio. El oficial bramó: «¿Qué quiere usted?» Rabinovich le contestó. «¿Cómo se llama?» Rabinovich logró responderle también. «¿Y cómo se llama su hija?» Aquello fue demasiado para Rabinovich. ¡Presa del terror, quedó sin voz y olvidó el nombre de su hija! Mientras se volvía hacia la puerta, le murmuró al oficial: «Un minuto...» y se fue corriendo a casa. En cuanto vio a su mujer, exclamó: «¡Chaya, Chaya!, ¿cómo se llama nuestra Luba?» Incógnita despejada; regresó a la oficina de pasaportes. La noticia de aquel incidente se propagó rápidamente.

Cuando llegaba un invitado de América para visitar a un pariente judío en Lenin, toda la ciudad lo celebraba conjuntamente. Llevaban al visitante a todas partes: al río, al puente, al hospital, a los enormes barracones militares y a los magníficos huertos. Se le daba la bienvenida formal delante de cada una de las dos sinagogas y se organizaban fiestas para toda la comunidad. Y cuando llegaba el momento de la partida, la comunidad entera acompañaba al visitante al autobús para despedirse. En tales ocasiones, la ciudad en bloque se convertía en una gran familia.

2. Mi familia

En aquellos tiempos, en la Europa del Este la vida giraba en torno al hogar y la nuestra no era una excepción. Mis padres, mis seis hermanos y yo formábamos una familia muy unida. El hecho de que no tuviéramos familia extensa en Lenin estrechaba más aún nuestros vínculos. Nos parecía natural ayudarnos unos a otros y sacrificarnos mutuamente; ni siquiera pensábamos en ello. Conforme los hijos íbamos creciendo, todos contribuíamos al mantenimiento de la familia.

Vivíamos en una casa grande y laberíntica que había construido nuestro padre. Tenía tres entradas: una para nuestro uso privado, otra para el restaurante regentado por mi madre y una tercera para el estudio de fotografía que funcionaba a temporadas en nuestra casa.

Nuestro patio trasero estaba atestado de pequeñas estructuras. Había una cabañita que hacía las veces de congelador —el único de la ciudad—, aislada con paja para conservar los grandes bloques de hielo a lo largo de los calurosos días estivales. También teníamos un establo para la vaca que nos daba nuestra leche diaria y para el caballo prestado a mi padre para sus viajes de negocios cuando era representante de máquinas de coser y ruecas. Detrás de la casa se alzaba un desvencijado cobertizo donde se almacenaban los diversos productos que vendía mi padre, así como el grano y el maíz para nuestro propio consumo. De niños nos encantaba nuestro abarrotado patio trasero y jugábamos entre las ruinosas estructuras.

Mi padre, Yakov Lazebnik, nació en la localidad de Motol, próxima a la ciudad de Pinsk, en torno al año 1887. Motol era asimismo el lugar de nacimiento de Chaim Weizmann, que llegaría ser el primer presidente del Estado de Israel. Weizmann resultaba ser pariente suyo. Cuando mis padres se casaron, se establecieron en Lenin, donde había nacido y se había criado mi madre.

Mi madre, Rayzel Migdalovich, nos contaba a menudo que en su juventud le habían presentado a muchos buenos partidos, pero ella era muy particular. Por ejemplo, había rechazado a uno de sus pretendientes porque este sostenía su cucharilla y mezclaba el azúcar en su té de una manera sumamente peculiar. Los modales en la mesa se le antojaban muy importantes.

En cambio, a mi padre le consideraba excepcional. Le gustó al

instante. Era culto y devoto, venía de una buena familia, tenía unos modales exquisitos y era realmente encantador, sensible y amable. También era apuesto. Cuando le pidió la mano a mi madre, ella se convirtió en la envidia de todas las chicas.

Mi padre solía decir: «Hay dos clases de personas en este mundo: las que dan y las que reciben. Como yo no soy de los que reciben, tengo que ser de los que dan». Y, en efecto, daba, con frecuencia más de lo que podía permitirse.

Antes de mi nacimiento y durante mi primera infancia, nuestra familia era muy pudiente. Mis padres eran dueños de una gran tienda de telas, tan abarrotada de mercancías que las estanterías eran insuficientes. Las telas se apilaban a menudo en medio de la tienda como un enorme montón de heno.

Los padres de Faye: Rayzel (Migdalovich) Lazebnik y Yakov Lazebnik.

A pesar de su duro trabajo en la tienda, con el tiempo esta ya no les permitía ganarse la vida. El principal problema era la naturaleza generosa de mi padre; era pródigo en exceso. Cuando los pobres acudían a su tienda lamentándose de que sus hijos se estaban muriendo de hambre y rogándole unos pocos metros de tela para trocarlos por comida, mi padre era incapaz de negarse. A veces cortaba incluso más tela de la que le pedían, sabedor en todo momento de que jamás le pagarían. Esa generosa y nada práctica costumbre se prolongó durante años. Al final no quedaba nada en la

tienda, salvo las estanterías vacías.

Mi padre probó suerte entonces en otros varios negocios, para los cuales tenía que pedir dinero prestado. Durante algún tiempo vendió máquinas de coser Singer y ruecas, viajando en coche de caballos por el campo con sus mercancías. Pero con demasiada frecuencia vendía esas máquinas a crédito a personas que no podían permitirse pagarlas. Una vez más perdió su dinero y fue incapaz de saldar sus deudas. Mi padre era honesto y caritativo; pero la realidad resultante era su fracaso como hombre de negocios que no podía mantener a su propia familia. Nosotros, su familia, le queríamos a pesar de todo.

Mi padre se tomaba sus fracasos empresariales con filosofía. Se consagraba a la sinagoga y a la comunidad judía, a las que servía con orgullo. Nació siendo un *kohan*, la designación sacerdotal que se transmitía patrilinealmente y le otorgaba un prestigio automático en la comunidad religiosa, un prestigio que se trasladaba a la vida comunitaria. Fue elegido como uno de los tres dignatarios de la ciudad que actuaban como árbitros para el *bet din*. Si surgía una disputa en la comunidad judía, en lugar de llevarla al tribunal civil, la comunidad organizaba el *bet din*, su propio tribunal autónomo. Solo un ciudadano considerado honorable y digno de confianza por toda la ciudad podía actuar como juez en esas audiencias. Mi padre era uno de los pocos elegidos, junto con el rabino.

La alta estima que la comunidad profesaba a mi padre se tradujo asimismo en su elección como presidente de la sociedad judía de préstamos comunitarios. Esas sociedades se creaban para ayudar a los emprendedores judíos a poner en marcha nuevos negocios. La Sociedad Judía de Préstamos de Lenin no tardó en quedarse sin fondos porque mi caritativo y poco práctico padre daba el dinero a los pobres, en lugar de a los empresarios a quienes estaba destinado. La comunidad respetaba tanto a mi padre que cerraba los ojos ante ese pequeño problema.

Toda su vida adulta mi padre trabajó como el *gabbe*, el oficial encargado del negocio de nuestra sinagoga. Se trataba de un puesto no remunerado que incluía la responsabilidad de las exiguas finanzas de la sinagoga, el pago del personal (el rabino, el cantor y el bedel), la gestión del mantenimiento y las reparaciones del edificio, los pedidos de suministros y la entrega de limosnas a los pobres en nombre de la congregación. En ese cargo mi padre tuvo más éxito, toda vez que nunca se manejaba mucho dinero.

Quienes se consagraban desinteresadamente a la vida religiosa eran

con frecuencia pobres. El mejor amigo de mi padre era el rabino Moishe Milshtein, con quien pasaba muchas horas estudiando y discutiendo la Torá. Los exiguos ingresos del propio rabino se incrementaban con el pequeño negocio de su mujer: la venta de levadura y velas a la comunidad.

Otra responsabilidad del *gabbe* era recibir a los visitantes judíos de nuestra ciudad y buscarles alojamiento y comida sin costo alguno. Ello estaba en consonancia con el precepto judío que, conforme a las enseñanzas de la Torá, contempla la hospitalidad como una importante obligación. Cada vez que un visitante judío se encontraba varado en Lenin en *sabbat* o en cualquier otra festividad, era dirigido a nuestra casa. En lugar de buscar un lugar para el viajero con una familia judía adinerada, como era la costumbre, mi padre solía invitarle a cenar y a dormir en nuestra casa.

Recuerdo las muchas horas agradables que pasaba nuestra familia extendiendo esa hospitalidad a nuestros huéspedes, especialmente en *sabbat*. Nuestro invitado recibía un puesto de honor en nuestra mesa. El mantel blanco y almidonado se cubría con los mejores alimentos que nuestra familia podía permitirse, expertamente cocinados por mi madre. A la mañana siguiente, después del desayuno, mi padre llevaba al visitante a la sinagoga para las oraciones. Al visitante se le asignaba un asiento especial y se le dispensaban honores adicionales durante el servicio.

Toda la familia apreciaba y respetaba la devoción de mi padre por la comunidad judía. Le profesábamos una inmensa admiración. El hecho de que no pudiera mantenernos no nos preocupaba. Conforme íbamos creciendo, todos estábamos encantados de contribuir económicamente al sustento familiar lo mejor que podíamos. Lo hacíamos con la misma devoción que mis padres habían extendido hacia nosotros en otros sentidos.

Con el nacimiento de cada hijo, nuestra familia crecía y mis padres se empobrecían cada vez más. Era mi madre quien dedicaba la mayor parte de su tiempo y su energía a ganarse la vida. Esto no era algo inusual en los hogares judíos de la época. En aquellos tiempos se consideraba *yiches*, un honor, que el hombre de la casa se consagrase al estudio religioso y a la oración. La mujer de la casa aceptaba su papel consistente en ocuparse de todos los aspectos prácticos del hogar y la subsistencia.

Mi padre dedicaba cada vez más tiempo a la sinagoga. En consecuencia, mi madre se hacía cargo de la casa y de su sustento

financiero. Trabajaba duro a diario durante largas horas. Cuando cierro los ojos y trato de imaginarme a mi madre, la veo trabajando en la cocina cortando, horneando y gobernando unas ollas inmensas. Era una cocinera excelente. Cuando las dificultades financieras se lo exigieron, abrió un restaurante en nuestra casa para incrementar los ingresos familiares. El restaurante atraía a muchos oficiales polacos encantados con su cocina, que se desplazaban varios kilómetros para comer en su mesa.

Mi madre estaba entregada a nosotros. Trabajaba muy duro para criar a sus siete hijos en un hogar pobre pero bien mantenido. Nos enseñó la lealtad mutua y el respeto a los demás. Nos inculcó una sólida ética familiar y un gran amor por el judaísmo. Toda la familia se reunía a diario para desayunar y cenar en torno a nuestra gran mesa. Nuestra cena del *sabbat* los viernes por la noche, que todos aguardábamos con impaciencia, era el momento culminante de nuestra semana. Tenía una calidez y un sentido de pertenencia que han permanecido conmigo durante toda mi vida.

Mi madre se ocupaba asimismo de los aspectos prácticos y sociales de nuestra vida; quería que vistiésemos bien y cultivásemos los buenos modales en la mesa. Siempre deseaba que tuviésemos amigos de buenas familias. Ella misma gustaba de vestir a la última moda. Imponía la disciplina en nuestra familia y teníamos miedo de hacerla enfadar. Pero también era muy sociable y una gran amante de la diversión. Apreciaba la buena compañía y podía mantener una conversación animada con cualquiera.

Mi madre tenía una hermana y un hermano en Estados Unidos. Recibíamos a menudo paquetes de su hermana Yetta. A mi madre le encantaban los vestidos usados que su hermana le enviaba. Para mi madre eran lo último en moda y le hacían sentirse muy elegante.

La familia Lazebnik a mediados de los años treinta. Detrás, de izquierda a derecha: Faye, Sonia, Moishe, Esther. En medio: Yakov, el hermano de Yakov, Rayzel. Delante: Boruch, Grainom. Kopel se había marchado ya de Lenin para cursar sus estudios religiosos en la yeshivá.

En cierta ocasión, mi madre le escribió a su hermano para decirle que le gustaría llevar a nuestra familia a Estados Unidos y para pedirle apoyo financiero. Él le respondió: «Mi querida hermana, en América hay que trabajar muy duro. Tú no eres tan fuerte. América no es para ti». Obviamente estaba equivocado respecto de mi madre y no sabía nada acerca de su vida. Tampoco fue consciente en aquel momento de que había perdido trágicamente una oportunidad de salvar muchas vidas.

Para nosotros, nuestros padres eran sagrados. Éramos unos hijos obedientes, hacíamos pocas preguntas y rara vez cuestionábamos su autoridad. Así funcionaba el mundo por aquel entonces. Nos sentíamos muy queridos por nuestros padres. Creo que fue ese amor el que me brindó la seguridad y los recursos que tan bien me sirvieron posteriormente en mi vida. El testimonio de la capacidad de mi madre y la naturaleza amorosa de mi padre me otorgó la independencia y la fortaleza personal que me ayudarían a sobrevivir en mis momentos más arduos.

*

Mi madre tuvo sus hijos cada dos años: tres niñas (Sonia, Esther y yo) y cuatro niños (Moishe, Kopel, Grainom y Boruch). Mi hermano mayor, el primogénito, era Moishe. Mientras que mis hermanos pequeños eran muy religiosos, Moishe estaba más interesado en el sionismo que en la religión. A los judíos no les estaba permitido ir a la universidad para recibir una formación profesional superior. Dado que las profesiones estaban vedadas, mis padres querían que Moishe practicase un oficio especializado. Él se decantó por la fotografía. El centro grande más próximo con una escuela de fotografía era Pinsk, la capital de la Rusia Blanca occidental. Mis padres tuvieron que pedir dinero prestado para pagar sus estudios.

Cuando hubo aprendido su oficio, Moishe abrió un estudio de fotografía en nuestra casa de Lenin. Iba a los pueblos cercanos y hacía muchas fotos de los soldados polacos. Pronto era Moishe quien ayudaba a mantener a toda la familia. Todos colaborábamos en el revelado y la impresión de las fotos en casa. Recuerdo que yo pasaba horas en el cuarto oscuro cuando era niña, revelando negativos.

Cuando Moishe se casó, se marchó de casa y se mudó a otra ciudad, Sienkevich, donde abrió un estudio fotográfico. Mis padres me enviaron a trabajar para él en Sienkevich porque necesitaba ayuda. Mientras continuaba viviendo en Sienkevich, Moishe abrió un segundo estudio en Luniniec. Yo solo contaba dieciséis años, pero enseguida partí para dirigir el nuevo negocio en Luniniec.

Trabajar para mi hermano no era fácil. Con demasiada frecuencia me mandoneaba y me trataba como a su hermana pequeña, y en efecto lo era. Sin embargo, a mis dieciséis años había asumido las responsabilidades adultas de dirigir un negocio. Lo hacía sorprendentemente bien. Mis clientes estaban contentos con mi trabajo porque trataba de retratarles de la manera más halagadora. Estudiaba sus rostros antes de hacer sus fotos, deseosa de hacerles parecer vivos en sus retratos. Continué trabajando como fotógrafa en Luniniec hasta el estallido de la guerra.

*

Sonia era la hija mayor de nuestra familia. Trabajaba como secretaria para el único abogado de la ciudad, que era ciego. Sonia también ayudaba económicamente a mis padres. Pese a ser aparentemente callada, era también muy sociable y tenía muchos amigos. Era la persona a quien todos confiaban sus secretos, porque era sabia y se

podía contar con que mantendría la confidencialidad.

Todo el mundo quedó pasmado cuando Sonia se comprometió con Yitzhak Koziolek, un rabino. Su novio procedía de Lodz y había estudiado en la Yeshivá de Mezrich, el seminario talmúdico más ortodoxo de Polonia. Les había emparejado nuestro hermano Kopel, quien a la sazón estudiaba en esa misma yeshivá. La gente se preguntaba por qué querría casarse Sonia con un rabino y someterse a tantas restricciones religiosas. El matrimonio con un rabino implicaba que habría de cambiar su forma de vida. Tendría que vestir ropas modestas y una *sheitel*, la preceptiva peluca que llevaban las mujeres judías muy religiosas. Ya no podría seguir yendo al cine a ver las películas que le gustaban. Y en su hogar necesitaría cumplir con los estrictos requisitos *kosher* prescritos por los rabinos. Aun cuando nosotros fuésemos observantes, en el hogar de nuestra infancia no estábamos acostumbrados a esas estrictas restricciones.

Sonia, la hermana mayor de Faye, y su marido, el rabino Yitzhak Koziolek.

Cuando el prometido de Sonia acudió de visita a Lenin justo antes de su matrimonio, pronunció un discurso impresionante en nuestra sinagoga e inmediatamente estuvo en boca de toda la ciudad. Fue entonces cuando todos nos percatamos del honor que supondría tener un esposo tan instruido. Todo el mundo decía que era un buen partido

después de todo.

Tras su boda, Sonia fue a vivir con su marido en Lubartów, una localidad próxima a Lublin. El marido de Sonia había llegado a ser el director de su propia yeshivá. A mis catorce años, mi madre me envió a vivir con Sonia durante seis meses. Yo podría ayudar con el constante flujo de invitados y huéspedes que se alojaban en casa de Sonia, todos ellos ligados a la yeshivá.

Aquello fue antes de que trabajase para mi hermano Moishe en Luniniec; era la primera vez que salía de casa. ¡Qué diferente la vida fuera de Lenin! Para empezar, en Lubartów me encontré por primera vez con el antisemitismo flagrante. Un sábado por la tarde, mientras caminaba con dos amigas por una acera concurrida, sentí súbitamente que me ardían los ojos. Un muchacho polaco nos había lanzado alguna clase de polvo que había rociado mis ojos. Mis amigas, ambas de Bais Yakov, una escuela religiosa para niñas, vestían el uniforme escolar, por lo que éramos reconocibles como niñas judías. Quedé cegada momentáneamente. Mis amigas me condujeron hasta la puerta más cercana, que daba a una pequeña tienda. El tendero me dejó lavarme los ojos. Se me hinchó la cara y pasé una semana con los ojos rojos.

Aquel fue mi primer encuentro antisemita, pero no el último.

En otro incidente una mañana, había ido al pozo próximo a nuestra casa y encontré pedazos de cerdo flotando en el agua. Quienquiera que los hubiese arrojado sabía que aquel pozo era usado por los judíos del seminario cercano. Dado que a los judíos no nos está permitido comer cerdo, habían vuelto inservible el agua para nosotros.

Pese a esos incidentes, yo era feliz en casa de mi hermana. Su hogar era muy cálido y agradable, y siempre estaba lleno de gente de la yeshivá. Todos tenían el mayor respeto por mi cuñado, que era el *rosh* o director de la yeshivá. Todos los días a la hora de la cena, profesores y estudiantes de la yeshivá se reunían para contar chistes, cantar bendiciones y entonar cantos religiosos después de cada comida. Era un ambiente muy alegre y religioso, y aquella experiencia me marcaría profundamente. Aprendí de memoria la gracia después de las comidas y rezaba tres veces diarias. En la atmósfera del hogar de mi hermana y mi cuñado, mi religiosidad se tornó mucho más profunda.

Ayudaba a mi hermana a cocinar y a servir las comidas a todos los invitados, y colaboraba con los numerosos quehaceres domésticos. A cambio, ella y su esposo me buscaron unas clases particulares de arte en el estudio de un profesor de arte judío. Yo era uno de los cuatro

estudiantes que acudían a diario a aprender fotografía artística y pintura. Aprendí a teñir fotos en blanco y negro —por aquel entonces no existían las fotografías en color— y estudié diseño, color y perspectiva. Dadas mis inclinaciones artísticas, disfruté de lo lindo mis seis meses de formación mientras vivía con mi hermana, de los que sacaría partido en todo mi trabajo futuro.

*

Mi hermano Kopel, el tercero de los hijos, era inteligente, resuelto y tan bondadoso como nuestro padre. Si deseaba hacer algo, nada podía retenerle. Decidió estudiar la Torá. En Lenin no había yeshivás, por lo que mis padres le mandaron a Pinsk. Un estudiante apasionado, estudiaba día y noche. No quiso alquilar un apartamento porque pensaba que no tendría tiempo para ir a casa a dormir. En lugar de ello, dormía en un banco junto a sus libros religiosos.

Mis padres estaban preocupados por la salud de Kopel. Aunque apenas teníamos suficiente para nosotros mismos, mi madre se las ingeniaba para enviarle paquetes de comida con regularidad. Más tarde nos enteraríamos de que regalaba esos paquetes a los muchachos hambrientos que estudiaban con él. Desnutrido, cayó enfermo. Mis padres querían que regresase a casa, pero los rabinos no se lo permitían; le enviaron a recuperarse a un balneario. En lugar de descansar, mi hermano organizó una yeshivá en el *spa*, instando a los chicos a aprender el Talmud. Una vez más, no tuvo ningún reposo.

Koper se trasladó posteriormente a la academia talmúdica más religiosa de Polonia, la Yeshivá de Mezrich. Los rabinos reconocieron enseguida su ardor y su genio. Deseaban retenerle allí. Cuando mi madre escribió una carta a Kopel pidiéndole que fuese a casa durante las vacaciones, él se negó. Los rabinos no querían dejarle marchar, pues temían que sus padres no le permitiesen regresar. Mis padres seguían preocupados por la salud de Kopel. Un día, mi madre decidió ir a Mezrich y llevárselo a casa, con la esperanza de enviarle a una escuela menos rigurosa.

Cuando llegó a Mezrich, los rabinos no le permitieron ver a su hijo. Mi madre se puso furiosa. Aporreaba la mesa con los puños, gritando y amenazando con llamar a la policía. Los rabinos le dijeron que volviese a casa; dejarían que Kopel fuese a ver a su familia en vacaciones. Con el corazón roto, regresó a Lenin sin ver a su hijo. Fieles a su palabra, los rabinos enviaron a Kopel a casa para las vacaciones.

En aquella ocasión mi padre dijo: «Hasta aquí hemos llegado. Puedes estudiar la Torá, pero no en esa yeshivá; es demasiado ortodoxa. Irás a la Yeshivá de Baranovich. Nuestro rabino conoce a su director. Tendrás una buena recomendación». Kopel no protestó.

Mi padre le llevó a la estación de tren, le compró un billete a Baranovich y volvió a casa con la sensación de haber conseguido algo. «Gracias a Dios, ahora puede que Kopel cambie y deje de ser un *mussarnic*, un místico. Y también será capaz de disfrutar de la vida».

Mientras tanto Kopel había subido al tren, había bajado en la siguiente parada, había cambiado su billete y había regresado a Mezrich. Mis padres tiraron la toalla. Sabían que no podían hacer nada más.

Pasaron unos años. A Kopel le llegó la hora de ingresar en el ejército polaco para realizar el servicio militar obligatorio. Llegó a ser un excelente tirador y un buen soldado, de modo que el capitán le dejaba acudir todos los *sabbats* a la sinagoga más cercana. Por supuesto, Kopel seguía siendo religioso; el rabino local consiguió que le sirvieran comidas *kosher* a diario. Pero cuando empezaron las maniobras y tenía que estar en el campo, no había comida *kosher* disponible. Kopel no comía y se debilitó enormemente. Cuando finalmente se desplomó, fue trasladado a un hospital. Tras su alta en el hospital logró completar su servicio militar y obtener un licenciamiento honorable. Posteriormente regresó a Mezrich.

En 1939, cuando estalló la guerra y Polonia quedó dividida entre la Unión Soviética y Alemania, Mezrich cayó bajo la ocupación nazi. Los judíos fueron expulsados y Kopel volvió a Lenin, donde prosiguió sus estudios con nuestro rabino local Milshtein.

*

Mi hermana Esther era hermosa. Era solamente dieciocho meses mayor que yo. Tenía el pelo rubio y ondulado, lo cual era infrecuente en una chica judía. Yo envidiaba su belleza y estaba resentida por la atención especial que le prestaba mi madre. Era frágil, resfriada y con tos cada dos por tres. Mi madre atribuía su fragilidad a un grave episodio de neumonía que Esther había sufrido en su niñez.

Yo tenía la impresión de que mi madre trataba a Esther como a una reina. A pesar de que ella era mayor, yo era la que tenía que hacer todas las tareas domésticas: limpiar, fregar el suelo, traer agua del pozo, ir al mercado y ayudar a mi madre en la cocina. Por aquel entonces yo no era consciente, pero mi madre hacía lo correcto. Yo

era más fuerte y saludable que mi hermana y, por tanto, era apropiado que hiciese los trabajos pesados.

Mis celos hacia Esther fueron disminuyendo a medida que me hacía mayor y ganaba confianza en mí misma. En un baile anual organizado por la comunidad judía de Luniniec, donde estaba trabajando para mi hermano Moishe, fui elegida la Reina del Baile. Con mi vestido rojo de gasa, que yo misma había cosido para la ocasión, me sentí hermosa por primera vez en mi vida. En realidad era probable que me hubiesen concedido ese título porque me consideraban una invitada en la ciudad, pero la distinción que acababa de conseguir fortaleció mi confianza y me hizo sentir que probablemente no fuese tan poco agraciada después de todo. A partir de entonces era menor mi resentimiento cada vez que oía alabar a alguien la belleza de Esther.

A pesar de mis celos mezquinos, Esther y yo siempre habíamos sido buenas amigas. Como estábamos muy próximas en edad, teníamos muchos amigos en común. A menudo acudíamos juntas a los bailes y a otros eventos sociales. Ella era una estudiante excelente, mientras que yo tenía poca paciencia para los estudios. En virtud de su bondad natural, con frecuencia se compadecía de mí y me ayudaba con mis deberes.

Ante todo, mi hermana Esther y yo nos reíamos mucho juntas. Yo tenía un novio en otra ciudad a quien había conocido en Sienkevich en la época en la que estaba trabajando allí para mi hermano Moishe. En el calor del cortejo, me escribía cartas a diario. Como yo odiaba escribir, le pedía a Esther que le respondiese en mi nombre. Él nunca supo la verdad. Esa correspondencia duró muchos meses, con gran regocijo por nuestra parte.

Esther se casó con Meyer Feldman, un joven alto y apuesto de Pinsk que había llegado a Lenin en 1939 durante la ocupación soviética. Era uno de los dos médicos internos del hospital. Por entonces Esther trabajaba en el hospital como secretaria. Esther y su doctor se conocieron, se enamoraron y se casaron.

*

Recuerdo a mi hermano Grainom como un chico muy guapo, dos años más joven que yo. Le veía poco porque apenas estaba en casa. Por las mañanas iba a la escuela polaca. Luego volvía corriendo a casa, comía un bocado, hacía sus deberes y salía pitando al *cheder* para estudiar la Torá.

En 1939, cuando los soviéticos tomaron nuestra ciudad, prohibieron el estudio de la Torá. Grainom se marchó a Vilna, en Lituania, para continuar sus estudios en una yeshivá. A mis padres les preocupaba que un muchacho de trece años estuviese lejos de casa en el extranjero. Pidieron a la familia de mi padre en América que patrocinaran a Grainom en los Estados Unidos. Cuando al fin llegó la postal confirmando los arreglos necesarios, era demasiado tarde. A los judíos ya no les estaba permitido salir de territorio ocupado por los nazis. Más adelante mi hermano Grainom, que había permanecido en la yeshivá de Vilna, se convertiría en otro mártir en la larga lista de rabinos y estudiantes lituanos de la Yeshivá asesinados por los nazis.

*

Mi hermano menor, Boruch, a quien yo más quería, era un chico inocente de voz suave que era el favorito de todos. Era tan callado que a veces no sabíamos siquiera si estaba en casa. Cuando los nazis ocuparon nuestra ciudad, Boruch, que contaba doce años, fue condenado a trabajos forzados. Trabajaba muy duro en una granja lechera donde se fabricaba mantequilla y queso. Jamás se quejaba. Estaba enormemente orgulloso cuando traía su «paga» semanal al gueto cada viernes. Era una botella de *peregon*, el agua agria exprimida del yogur para hacer queso. Antes de la guerra mi madre daba *peregon* a nuestra vaca. Pero Boruch estaba orgulloso de sus ganancias y todos nosotros estábamos orgullosos de él, con dolor en nuestros corazones y lágrimas en nuestros ojos.

*

Han transcurrido más de cincuenta años desde que mi vida con mi querida familia fue destruida. He tratado de hacer una semblanza de nuestra vida juntos tal como la recuerdo antes del Holocausto. Los años que siguieron y la tragedia de su muerte suponen todavía para mí un doloroso recuerdo.

3. Bajo la ocupación soviética

El 1 de septiembre de 1939 los nazis invadieron Polonia. Ese mismo mes, conforme a un acuerdo secreto firmado con anterioridad entre Hitler y Stalin, la ocupación de Polonia se dividió entre la Alemania nazi y la Unión Soviética. Por el momento, la Unión Soviética asumía el control del lado oriental del país y los nazis ocupaban el lado occidental. Polonia, tal como la habíamos conocido, ya no existía. Nos hallábamos bajo la dominación soviética.

Aunque nuestra forma de vida se transformó inevitablemente bajo el comunismo, seguíamos manteniendo una cierta semejanza con nuestras viejas vidas. Y, para la mayoría de los ciudadanos de Lenin, el resultado era bastante tolerable. Habida cuenta de que, bajo el régimen comunista, el trabajo era obligatorio para todos, la mayor parte de la población tenía un empleo. Los salarios eran exiguos, pero la gente era capaz de ganarse la vida a duras penas. Bajo un régimen que no aprobaba la religión, aquellos que, como mi padre, mantenían las prácticas religiosas tenían especiales dificultades para encontrar un trabajo que les permitiese observar el *sabbat*.

Las pocas familias adineradas de Lenin se llevaron la peor parte. Los soviéticos las veían como capitalistas y, por ende, explotadoras de la gente, y todas ellas fueron encarceladas sumariamente o desterradas a Siberia. El gobierno se incautó de sus negocios y posesiones personales. Habiendo perdido nuestro negocio varios años antes, mi familia no fue objeto de ataques. Irónicamente, el exilio a Siberia podría haber preservado y no destruido nuestras vidas.

Mi hermana y yo asistíamos a clases nocturnas para aprender ruso, dado que el ruso se había convertido ahora en la lengua oficial. Sabíamos que nos sería útil a la hora de trabajar. Habiendo regresado de Luniniec al estallar la guerra, continué trabajando como fotógrafa en el estudio en casa de mis padres. Ahora estaba sacando mucho partido de mi experiencia en el negocio de mi hermano, así como de las clases de pintura y fotografía artística que mi hermana Sonia me había animado a tomar mientras vivía con ella. Tenía una profesión exitosa y ganaba una asombrosa cantidad de dinero.

Tras pasarme el día entero haciendo fotos, le entregaba a mi padre mi puñado de rublos sin molestarme siquiera en contarlos. Veía que él estaba agradecido, así que le daba alegremente todas mis ganancias. Mi padre se había visto obligado a pedir dinero prestado para llegar a

fin de mes. Ahora podía comenzar a saldar sus deudas. Yo estaba feliz y orgullosa de contribuir a los ingresos de mi familia. Eso me convertía en una adulta responsable a una edad muy temprana. Me sentía muy importante en mi madurez recién descubierta.

Los soviéticos decretaron que todos los individuos del territorio ocupado debían tener un pasaporte con una foto. En consecuencia, no me faltaba trabajo y conocí toda clase de personas en el proceso. Para algunas, la fotografía era pura hechicería. Los campesinos que nunca habían ido a la escuela ni salido de su casa se presentaban sin previo aviso en mi estudio fotográfico. En cierta ocasión le pasé un espejo a un nuevo cliente y le di instrucciones para que se cepillara el pelo. El campesino se observó en el espejo. Acto seguido me miró y exclamó confuso: «¿Quién es ese? Se parece mucho a mí». Aquel hombre únicamente conocía su aspecto por su reflejo en el río o en un balde de agua; jamás había visto su propia imagen en un espejo.

Había momentos difíciles y también divertidos. Recibí el encargo de hacer fotos de pasaporte en una localidad llamada Mikashevich, a dieciocho kilómetros de casa. Para cuando hube terminado mi trabajo era tarde y el cochero que me había llevado se había marchado ya. No tenía modo alguno de regresar y debía esperar hasta la mañana siguiente. Estaba anocheciendo. No había ningún hotel disponible y yo no conocía a nadie en la ciudad. Decidí pasar la noche cobijada en la estación de tren. Llevaba un abrigo con los bolsillos llenos de pasaportes y película, y la cámara colgada al hombro. Exhausta, me tumbé en un duro banco de la estación. Pese a mis enormes esfuerzos por permanecer despierta, me quedé dormida durante varias horas.

Por la mañana acudió el cochero y partimos para Lenin. Cuando llegué a casa, vacié los bolsillos de mi abrigo y advertí que faltaba un pasaporte. Con toda probabilidad se me habría caído del bolsillo mientras dormía en la estación de tren. En un principio no me alarmé, inconsciente de las posibles implicaciones y consecuencias de semejante pérdida. Todavía me estaba familiarizando con las nuevas leyes soviéticas, pero pronto caí en la cuenta de que podía ser acusada de confiscar el pasaporte y podría ser considerada una espía. El espionaje era una acusación común en la Unión Soviética; muchas personas eran arrestadas y enviadas a Siberia bajo sospecha de espionaje. Al cobrar conciencia de la gravedad de la situación, me asusté.

Durante los días siguientes, después de que las autoridades se enteraran de la pérdida del pasaporte, comencé a notar un cambio de actitud cuando me encontraba con los oficiales soviéticos en la calle.

Estaba acostumbrada a los amables saludos en las calles de Lenin de los miembros del NKVD, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos y predecesor de la KGB. Ahora me evitaban. Conjeturaba que podía ser una candidata para Siberia.

Afortunadamente, tras cuatro días angustiosos, alguien encontró el pasaporte extraviado y se lo entregó a la policía. Quedé libre de toda sospecha y pronto volvieron los amables saludos de los oficiales soviéticos.

Como ciudadana de un territorio ocupado, me sentía especialmente vulnerable. Había varios rusos destinados en nuestra ciudad que deseaban ser fotografiados en privado por puro placer, pero pocos podían permitírselo con sus exiguos salarios. Acudían a mí de todos modos y me dejaban a deber el dinero. Por ese motivo empezaron a estar resentidos conmigo. Yo temía que quisieran deportarme a Siberia. Sintiendo su creciente animosidad y su poder sobre mí, comencé a decirle a cada ruso que sospechaba que no estaba dispuesto a pagar: «No se preocupe, es un regalo. No tiene que pagarme». Ellos apreciaban y agradecían mi gesto. Al final, esas personas llegaron a ser mis amigas.

En el verano de 1940, tras un año de duro trabajo, mi salud comenzó a deteriorarse. Tenía frecuentes fiebres, dolores de garganta y resfriados. Mi madre me llevó al médico, quien nos informó de que tenía que extirparme las amígdalas un cirujano. Tendría que ir a operarme a Pinsk.

Mi madre me llevó a Pinsk, para mi primera experiencia en un hospital. El hospital era un edificio enorme cuyo interior parecía completamente blanco y esterilizado. En aquel momento me resultó aterrador. Cuando la enfermera me pidió que la siguiera, me volví para mirar a mi madre. Su semblante de preocupación y angustia me dio ganas de llorar. Semanas más tarde apenas recordaba el dolor de la operación, pero el recuerdo del rostro de mi madre seguía siendo vívido.

Cuatro días después de la operación me dieron de alta del hospital. Mi madre y yo cogimos el tren de Pinsk a Mikashevich y pensábamos coger un carro tirado por un caballo para los dieciocho kilómetros de trayecto de regreso a Lenin. Sin embargo, en cuanto nos apeamos del tren, nos abordaron varios oficiales soviéticos, que se apresuraron a decirnos que me esperaban sesenta comandantes del ejército para que les hiciese sus fotografías del pasaporte. Todos ellos habían acudido expresamente a Mikashevich a esperar mi llegada.

Seguía teniendo un insoportable dolor de garganta y aún era incapaz de hablar. Escribí en ruso que en un papel que acababan de operarme, que no podía hablar y que ni siquiera llevaba conmigo mi cámara. «No se preocupe —respondieron—. Ya hemos pensado en eso. Le hemos traído su cámara. Se la pedimos a su padre. Háganos las fotografías y las llevaremos a casa a usted y a su madre en nuestro coche».

En silencio, gesticulando lo mejor posible con las manos, hice las fotos de los sesenta oficiales soviéticos. Después nos condujeron a mi madre y a mí hasta casa. Por aquel entonces solo el ejército tenía coches. Ningún civil podía permitirse uno. Yo estaba agradecida por no tener que recorrer dieciocho kilómetros en un carro tirado por un caballo por aquellas accidentadas carreteras; el viaje me habría destrozado la garganta.

*

Era viernes por la noche. Mi madre había encendido las velas del *sabbat* y mi padre acababa de volver a casa de la sinagoga. Toda la familia estaba sentada a la mesa y mi madre estaba preparada para servir la cena. Las velas de los bruñidos candelabros de plata iluminaban la mesa y los *challahs* estaban cubiertos con un bonito paño bordado en el lado opuesto de la mesa. Mi padre bendijo los alimentos que estábamos a punto de comer. Todos estábamos disfrutando el sagrado *sabbat*, nuestro día de descanso.

De repente llamaron a la puerta. Mi padre abrió y se encontró con un oficial soviético que quería ser fotografiado. Yo le dije: «Lo lamento. No hago fotos el *sabbat*. Es nuestra festividad y hoy no nos está permitido trabajar».

El oficial insistió en que debía hacerle su foto de pasaporte de inmediato. «Me he desplazado sesenta kilómetros —anunció—. Y me han dicho que aquí hay una fotógrafa». Las solicitudes de fotos para el pasaporte siempre se formulaban con un tono de máxima urgencia.

Respondí enfáticamente: «No puedo ayudarle esta noche. No hago fotos en *sabbat*». Estaba resuelta a no trabajar en *sabbat* aun cuando aquello me costase la vida. Tal era mi terquedad juvenil.

En vista de mi implacabilidad, el oficiar recurrió a tácticas intimidatorias. Amenazó con denunciarme al NKVD. Yo me mantuve firme en mi posición. Tras un rato de discusión, miré a mi padre y percibí su pesadumbre. No podía pedirme que obedeciese ni podía aconsejarme que no lo hiciera. Por fin, el oficial soviético se marchó y

mi padre rompió en llanto. Con voz quebrada, declaró: «Ya puedo morir en paz, hija mía. Sé que serás una buena judía. Escrito está en el libro del Éxodo: "Recuerda el día del *sabbat* para que siga siendo sagrado" y tú has obedecido».

Aunque nos estábamos acostumbrando a semejantes perturbaciones de nuestra vida cotidiana, la Polonia bajo la ocupación soviética seguía siendo relativamente segura para los judíos. Al mismo tiempo, estos estaban huyendo a millares de la Polonia occidental ocupada por los nazis. Durante el invierno de 1940-1941, la nueva frontera entre la Polonia ocupada por los soviéticos y la ocupada por los nazis no estaba completamente cerrada todavía, y la huida era posible aunque difícil.

Llegaban a nuestra ciudad muchos refugiados judíos del oeste. Habiendo dejado sus hogares y con frecuencia incluso a sus familias, ahora se encontraban sin comida, sin techo y sin trabajo. Como no teníamos camas sobrantes para ofrecer a esos refugiados, mi padre esparció paja por el suelo de todas las habitaciones de la casa, abrió la puerta y declaró: «Todo aquel que no tenga un lugar donde dormir es bienvenido. Esta casa está abierta para todos». Consiguientemente, nuestro hogar estaba siempre lleno de gente, que dormía donde podía encontrar algún sitio en el suelo.

Mi madre servía comidas a todos. Muchos huéspedes se alojaban con nosotros durante largo tiempo, en tanto que otros permanecían solo brevemente antes de proseguir su viaje hacia el este para entrar en la Unión Soviética. Todos hablaban de lo malas que eran las condiciones en Polonia occidental bajo los nazis.

Mis padres estaban tremendamente preocupados por mi hermana Sonia, que vivía en la Polonia occidental ocupada por los nazis. Esperaban que Sonia y sus dos hijos pequeños se reuniesen con nosotros en Lenin por seguridad. Entre los muchos refugiados que pasaban por Lenin, no había ni rastro de Sonia. Imaginándose que mi hermana podría hallarse entre los refugiados detenidos en la frontera de la Polonia ocupada por los nazis y la ocupada por los soviéticos en Brest-Litovsk, mis padres me enviaron allí en su busca. Tal vez Sonia se hubiera quedado sin dinero y ella y los niños estuvieran hambrientos.

Mi madre empaquetó para mí víveres para unos pocos días y partí hacia Brest-Litovsk. Una vez que llegué, fui arrastrada hacia una multitud frenética que me empujaba desde todas las direcciones. La estación estaba abarrotada de familiares que habían quedado

separados y se buscaban unos a otros. Vi a ancianos, a madres jóvenes con sus bebés, y a hombres y niños de todas las edades, todos ellos asustados y demacrados, profiriendo frenéticamente los nombres de sus seres queridos. Me abrí paso a empellones entre el gentío, buscando a mi hermana en aquel hacinamiento humano.

No tuve suerte. Todos los rostros eran desconocidos. En un extremo de la estación, advertí que un soldado soviético estaba reuniendo un grupo de refugiados. Me di cuenta de que estaban siendo enviados para volver a cruzar la frontera de la Polonia ocupada por los nazis. El gobierno soviético no alentaba la acogida de refugiados. Cuando los soldados soviéticos cogían a las personas que atravesaban la frontera, les hacían regresar al oeste.

Con aprensión, me encaminé al lado opuesto del edificio. Había por doquier personas desplazadas y abatidas, sentadas o tumbadas en el frío suelo. Sentí un impulso feroz de salir corriendo lo más lejos posible. Pero, tras tan largo viaje, ¿cómo podía volver a casa con las manos vacías? Me senté en el suelo para recobrar la compostura y saqué algo de pan y queso del paquete que me había preparado mi madre. Un niño pequeño que estaba sentado cerca de mí me miraba fijamente mientras comía. No profirió una sola palabra, pero podía leer sus ojos. Sentí lástima por él; era mucho más joven que yo y estaba evidentemente hambriento. Corté un buen pedazo de pan y un trozo de queso para él. Se limitó a decir: «Muchas gracias». A medida que comía, sus ojos se serenaban. Cuando hubo terminado su modesta comida, se arrimó a su madre, que estaba durmiendo a su lado, cerró los ojos y cayó dormido.

Me levanté y reanudé mi búsqueda con escaso entusiasmo. Me sentía indefensa, al borde de las lágrimas, pero no estaba dispuesta a rendirme. De vez en cuando buscaba furtivamente los rostros detrás de los abrigos y las mantas, pero no había signo alguno de Sonia. Entretanto había caído la noche y el interior de la estación de tren estaba poco iluminado, lo cual complicaba más aún mi tarea. Abrumada por la fatiga, encontré un espacio vacío en el suelo y caí dormida.

Pasé cuatro días vagando por entre las multitudes de refugiados, escudriñando millares de rostros. No cesaba de llegar gente. Estaba decepcionada y exhausta, y ya no confiaba en encontrar a mi hermana. Además, había agotado mis provisiones, y tenía hambre y sed. Finalmente tuve que admitir la derrota.

Enojada conmigo misma por haber fracasado, regresé a casa hecha un

mar de lágrimas. Mi madre intentó consolarme. «No te preocupes —dijo estoicamente—. No nos daremos por vencidos. Ahora le toca ir a Kopel. Hemos de traer a casa a Sonia». Kopel, que era cuatro años mayor que yo, interrumpió sus estudios de la Torá para ir en busca de Sonia.

Kopel tampoco logró encontrar a nuestra hermana en la estación de Brest-Litovsk. Sabiendo cuán amarga sería la decepción de mi madre, decidió cruzar el río Bug para entrar en la Polonia nazi y viajar hasta Lubartów. Tal vez Sonia jamás hubiese salido de casa.

Aquella fue una empresa peligrosa a la par que costosa. Los granjeros que escoltaban ilegalmente a los judíos al cruzar el río cobraban unas tarifas exorbitantes por cruzar en barca de noche a los refugiados. La corta travesía estaba plagada de peligros. Si los soviéticos detectaban la embarcación, ordenaban a sus ocupantes que se diesen la vuelta; si estos se negaban, los soviéticos abrían fuego contra ellos. Kopel decidió no pagar por cruzar la frontera; en vez de ello, se coló en un grupo de refugiados a quienes los soviéticos estaban devolviendo a la Polonia ocupada por los nazis. No tardó en hallarse en el otro lado de la frontera.

Tal como esperaba, Sonia seguía en su casa. Su marido no podía desmantelar la escuela. Estaba firmemente convencido de que, mientras sus estudiantes permaneciesen allí, su deber consistía en estudiar la Torá con ellos. La enseñanza de la Torá era sumamente importante para él. Su objetivo ahora era llegar a Vilna, donde todavía estaban permitidos los estudios religiosos, y planeaba enviar a buscar más adelante a su mujer y a sus hijos. Decidieron que Kopel acompañase a Sonia, su hijo de tres años y su hija de uno para reunirse con su familia en Lenin. El esposo de Sonia se quedó en Lubartów, donde sería finalmente asesinado por los nazis.

El viaje de regreso a Lenin fue arduo y duró una semana entera. Cuando llegaron a casa en Lenin, mi madre se volcó de inmediato en la tarea de restablecer la salud de los niños. Estaban enfermos, sucios e infestados de piojos. A Leah, mi sobrina de un año, le cortaron sus magníficos rizos de oro a fin de librarla de los parásitos. Bajo los amorosos cuidados de mi madre, los dos niños se recuperaron pronto y crecieron sanos.

Sonia logró mantener el contacto con su marido. Todos estábamos cada vez más preocupados por él. Otros muchos residentes de Lenin mantenían asimismo correspondencia con sus parientes y amigos del otro lado de la frontera. Las cartas que recibíamos no contenían

ninguna noticia alarmante. Por el momento, parecía que los habitantes de la Polonia ocupada por los nazis que habían optado por permanecer allí seguían adelante con su vida cotidiana como de costumbre.

Un día, los soviéticos anunciaron que todos aquellos que desearan regresar al territorio ocupado por los nazis debían registrarse. Los refugiados se vieron enfrentados a un terrible dilema. Muchos estaban cansados de escapar. En la Polonia oriental no disponían de un lugar permanente donde vivir, no sabían hablar ruso y no tenían forma de conseguir un empleo. Las familias habían quedado dolorosamente divididas. Unos habían dejado atrás a sus padres; otros habían dejado esposas y hermanos. Miles de personas, confiando en las noticias de que la situación en Polonia occidental no era tan mala como les habían hecho creer, se registraron para regresar.

Mi hermana tenía que decidir si quedarse o volver. Ninguno de nosotros nos sentíamos capacitados para aconsejarla. Discutíamos interminablemente su situación; ella anhelaba estar con su esposo. Al final decidió no registrarse. Se limitó a declarar: «Estoy cansada de huir. Aquí conozco a mis hijos y tengo un hogar». Mis padres se alegraron de su decisión.

Se sintieron doblemente aliviados al enterarse de que los soviéticos les habían jugado una mala pasada. Citando el clásico proverbio ruso, *Khto nyeh snameh tot protchev nas* [quien no está con nosotros está contra nosotros] —que significaba que aquel que prefiriese ser un súbdito alemán a un súbdito soviético sería considerado un enemigo —, enviaron a todos los que se habían registrado a Siberia en lugar de a sus hogares en el oeste, tal como habían prometido. Vimos a millares de personas hacinadas en trenes partir en la dirección equivocada, y posteriormente recibiríamos cartas con direcciones siberianas en el remitente.

En aquel momento, el destino de esos individuos se consideraba trágico. Mi hermana, al igual que todos aquellos que habían decidido quedarse, se sentía enormemente aliviada. Nadie podría haber previsto que, irónicamente, Siberia sería el lugar más seguro para un judío. Pese a todas las adversidades, los judíos fueron capaces de sobrevivir en Siberia, toda vez que la dominación nazi jamás se extendió tan hacia el este. Lo cierto es que resultaba imposible tomar una decisión verdaderamente informada. Ojalá toda mi familia se hubiese registrado.

4. El reinado del terror nazi

El 22 de junio de 1941, las fuerzas nazis atacaron la Polonia ocupada por los soviéticos y la Unión Soviética. Aquella noche me despertó un extraño alboroto. Algo estaba ocurriendo fuera. El ruido sonaba cada vez más cerca. Toda nuestra familia se había levantado. Mirábamos por la ventana sin encender las luces dentro de la casa.

El espectáculo era dantesco. Innumerables personas caminaban por el medio de la calle, encadenadas unas a otras por los pies. Estaban demacradas y sus rostros transpiraban dolor. Como la luna brillaba intensamente, podía verlas con claridad a poco más de un metro de la ventana. Las veía arrastrarse con lo que parecían sus últimas fuerzas. Sus ropas eran harapos desgarrados que colgaban de ellas. Estaban encorvadas casi por la cintura y apenas eran capaces de levantar sus pies encadenados. De vez en cuando alguno caía. Inmediatamente era golpeado por un guardia y acto seguido se levantaba para continuar caminando.

Exceptuando el estrépito de las cadenas, reinaba un silencio mortal. Transcurrió mucho tiempo hasta que pasaron todos ellos, que se contaban al menos por centenares. No dijimos ni una sola palabra; la escena era ya suficientemente dolorosa. Cabizbajos, volvimos a nuestras camas.

A la mañana siguiente nos enteramos de que se trataba de prisioneros evacuados de la cárcel soviética de Pinsk, que estaban siendo conducidos hacia el este, adentrándose en la Unión Soviética. Los soviéticos se habían anticipado a su derrota y habían decidido trasladar a sus prisioneros. El único delito cometido por algunos de aquellos presos había sido ser dueños de una tienda; eso les convertía en explotadores y enemigos del comunismo.

Sentí por vez primera la penetrante amargura y el horror de la guerra. No podía imaginarme que lo peor estaba por llegar.

*

Dos días después, el 24 de junio, el ejército nazi ocupó nuestra ciudad sin resistencia. Los soviéticos habían huido presas del pánico dos días antes. Su pacto de no agresión con los nazis, que había terminado abruptamente con la invasión nazi, junto con otros factores, había hecho que el gobierno soviético no estuviese preparado para la guerra.

Los veintiún meses de dominación soviética sobre nuestra ciudad habían llegado a su fin. Los soviéticos estaban desorganizados y solo tuvieron tiempo para desmantelar su gobierno y evacuar a sus prisioneros.

Durante dos días, nuestra ciudad, habitualmente bien custodiada, fue un absoluto desgobierno. La población judía tenía miedo de un pogromo. Sabedores de que nadie podría detenerles, los campesinos de fuera de la ciudad estaban dispuestos a asaltar y saquear los hogares judíos. Entraban en la ciudad con grandes sacos, que esperaban llenar con el botín robado. A medida que se tensaba la situación, los jóvenes judíos se fueron organizando y haciendo guardia día y noche. Aunque la patrulla judía no tenía armas, los campesinos sabían que estaban siendo vigilados y vacilaban. Pronto fue demasiado tarde.

Dos días después, los nazis entraron en la ciudad con sus tanques, su artillería pesada y sus grandes batallones de soldados. Los campesinos antisemitas habían perdido su oportunidad.

Las fuerzas nazis avanzaban sin cesar hacia el este, rumbo a la Unión Soviética, sin impedimentos. Para entrar en Rusia tenían que cruzar nuestro puente de Lenin atravesando el río Sluch. Nuestra ciudad se convirtió una vez más en el punto focal de la actividad militar. Día y noche, los destacamentos del ejército nazi marchaban a través de la ciudad. En el camino invadían casas y cogían cuanto deseaban. Gustaban especialmente de sacar los vestidos de seda de los armarios y rasgarlos para hacer bufandas, que lucían a modo de trofeos alrededor de sus cuellos militares.

Entonces comenzó para nosotros el auténtico terror. Los nazis empezaron a implementar su persecución de los judíos. La población judía de Lenin, que había estado tan aislada de la actividad antisemítica, quedó aterrorizada de inmediato por las atrocidades aleatorias y los saqueos que seguían a los nazis en todas sus conquistas. Los soldados nazis se divertían conduciendo a los judíos al cementerio y ordenándoles bailar alrededor de las lápidas. Si no tenían tiempo para llevarles al cementerio, les ordenaban que bailasen encima de las mesas de sus propias casas. Todo ello era alentado por el mando nazi.

Las dificultades para nuestra familia comenzaron pronto. Poseíamos una casa grande con tres puertas principales. Los que tenían una puerta de entrada sufrían el saqueo de un grupo de nazis. Nosotros teníamos tres. Una noche nos despertó el aporreo en una de nuestras

puertas. Teníamos que abrir; de lo contrario los nazis echarían la puerta abajo y nos fusilarían. Nos constaba que eso había sucedido ya en otras casas.

Entraron dos nazis y nos ordenaron a mi hermana Esther y a mí que nos desnudásemos y nos pusiésemos de cara a la pared. Estábamos juntas contra la pared, temblando, cuando ella me susurró: «Nos van a fusilar». Continuó susurrándome sus temores.

Los dos nazis estaban detrás de nosotras, apuntándonos a la espalda con sus rifles, gritándonos y maldiciendo: «¡Sucias judías! ¡Tenéis que ser eliminadas! ¡Soy unas sucias perras!» Yo no entendía todo lo que gritaban. Todos sus chillidos se mezclaban en mis oídos hasta que lo único que oía era un fuerte ruido. No sé qué habría ocurrido si no hubiesen entrado corriendo otros dos nazis para decir que llegaban tarde. Los soldados debían alcanzar al resto de su brigada. No tenían tiempo para acabar con nosotras.

Me resulta difícil explicar mis sentimientos en aquel momento, mientras estaba con mi hermana contra la pared. Habíamos pensado que estábamos a las puertas de la muerte. Por la mañana tenía el cuerpo cubierto de un sarpullido de puntos rojos. Mi cuñado el médico decía que era una reacción nerviosa.

Todos estábamos obligados a trabajar para los nazis sin cobrar. Al comienzo de la ocupación me enviaron con un grupo de cuatro o cinco chicas judías a trabajar en las casas de Lenin ocupadas por los nazis. Los nazis exigían chicas de la limpieza para sus residencias y oficinas. Nos obligaban a fregar los suelos de madera, pelar patatas, lavar los platos y hacer su colada a mano. Teníamos que cargar pesados cubos de agua desde el pozo y limpiarles los zapatos. Con frecuencia nos daban palizas. Recuerdo que todos nos gritaban continuamente. La cosa empeoraba cuando no estaban satisfechos con nuestro trabajo. Gritaban más fuerte y nos obligaban a trabajar más deprisa y más duro.

Aunque era desagradable y humillante, el trabajo doméstico tenía sus ventajas. Cuando me tocaba limpiar las mesas de las fiestas de la noche anterior, a menudo quedaban sobras de sus extravagantes comidas. A veces encontrábamos pan en el suelo debajo de la mesa. Cada vez que tenía ocasión, llevaba comida a casa para mi familia. El acceso a la comida se había vuelto cada vez más escaso y pasábamos hambre a menudo.

Cada día se seleccionaban entre cincuenta y cien judíos para trabajar

para las tropas nazis. Se les obligaba a barrer las calles y las carreteras, limpiar sus caballos, fregar los suelos y lavar su ropa interior. Para todos nosotros era un duro día de trabajos forzados sin paga ni comida. Cuando amanecía, rogábamos que llegase la noche para poder ir a casa a descansar. Por la noche, rezábamos para ir a trabajar al día siguiente, pues temíamos que nos matasen durante la noche.

Durante la primera semana de la invasión nazi, nuestra familia fue despertada una noche por tres nazis armados con fusiles. Gritaban: «¡Arriba! ¡Arriba! ¡A la cocina!» Y luego: «¡Tumbaos en el suelo! ¡Boca abajo!» Riéndose entre ellos, se divertían observando cómo yacíamos mudos y aterrorizados, esperando que nos disparasen. Nos ordenaban que cantásemos. Petrificados por el miedo, nadie emitía ni un sonido. Uno de los nazis dejó de reír, se enfadó y gritó: «¡Cantad u os fusilo!»

Mi hermano Kopel, que estudiaba en la yeshivá, empezó a cantar. Cantó el *Kadish*, la oración del doliente. Nos unimos a él temblando de miedo. Mi corazón parecía dejar de latir. Sentí el dolor de la bala que aún no había recibido. ¿Era el final esta vez?

Finalmente, los nazis se marcharon. El suplicio había terminado. Nos levantamos y permanecimos un largo rato en silencio, como pegados al suelo de la cocina, incapaces de movernos. Estábamos conmocionados. Empezamos a movernos lentamente y volvimos a nuestras camas para pasar el resto de la noche. Los incidentes de esa índole llegaron a ser comunes.

Al cabo de unas semanas, cesó el tráfico de miles de soldados nazis marchando hacia el frente a través de Lenin. En esos momentos la línea del frente estaba ya a varios cientos de kilómetros al este dentro de la Unión Soviética, mucho más allá de nuestra localidad. La ciudad de Lenin estaba sometida ahora a un gobierno militar nazi permanente.

Cuando el nuevo gobierno nazi asumió el control, comencé a trabajar de nuevo como fotógrafa. Los nazis me «contrataban» para procesar sus fotografías, un empleo por el que a veces recibía algo de comida extra. Por lo demás, mi labor formaba parte del trabajo de esclavos que los judíos estábamos obligados a realizar. Los nazis estaban obsesionados con la documentación de sus actividades y tomaban muchas fotografías. Con frecuencia esas fotos mostraban a los nazis mofándose de los judíos y matándoles. Aunque yo odiaba aquel trabajo, también sabía que podía salvarme la vida. Pronto me granjeé asimismo una reputación por mis retratos en color y estaba

permanentemente ocupada.

En el proceso de mi trabajo, conocí a muchos alemanes, cientos, quizás miles, a su paso por nuestra ciudad. De todos los alemanes con los que traté, recuerdo solamente uno que fuese compasivo. Era uno de los alemanes destinados en la ciudad. Revelé un retrato de su esposa y una ampliación de una fotografía de sus hijos. Para revelar los negativos necesitaba mucha agua. Todos los días, y a veces un par de veces diarias, tenía que coger el balde e ir al pozo. Por el camino debía pasar por su oficina. Aquel alemán me observaba por la ventana mientras yo llevaba mi pesado cubo.

Aunque trabajaba como una adulta, era todavía una muchacha, delgada y hambrienta. En cierta ocasión, cuando me dirigía al pozo con un balde vacío, salió corriendo delante de mí. Fue hasta el pozo, se detuvo un instante y se marchó a toda prisa en la otra dirección. Yo me asusté. No sabía lo que estaba haciendo. Cuando llegué al pozo me sentí aliviada al ver que me había dejado un trozo de pan. Oculté el pan en mi bolsillo. Cuando llegué a casa, rompí a llorar y le di el pan a mi madre. Él repitió aquello varias veces antes de desaparecer. Más adelante me enteré de que aquel soldado había sido arrestado por negarse a obedecer una orden de matar a alguien.

Mis experiencias como fotógrafa no siempre fueron tan gratificantes. En otra ocasión entró un policía nazi y gritó que quería una foto para el pasaporte de inmediato, en una hora. Si no estaba lista, me dejaría «kaput». Se pasó la mano por la garganta indicando mi muerte. Le hice la foto y traté de revelarla enseguida. El problema era que el negativo tenía que secarse antes de poder imprimirse. Soplé sobre él sin cesar, pero seguía mojado. El tiempo pasaba demasiado deprisa; solo faltaban treinta minutos y el negativo seguía húmedo. Comencé a buscar entre las botellas de la casa hasta que encontré un pequeño frasco de alcohol. Metí rápidamente el negativo y lo agité unas cuantas veces, luego soplé sobre él. El negativo se secó. Ahora podía hacer sus copias.

El nazi regresó exactamente una hora después. Cuando le entregué sus fotos, se quedó perplejo. Las examinó, parecían gustarle, pero no cambió de actitud. Volvió a gritarme: «Tienes suerte, maldita judía», y se marchó. Aquella fue su muestra de aprecio.

Con el gobierno nazi permanente de Lenin, en toda la comunidad judía afrontábamos cada vez más restricciones en nuestras vidas. Se promulgaban uno tras otro nuevos decretos contra los judíos. Debíamos llevar estrellas amarillas por delante y por detrás. Ya no nos

estaba permitido ir a la escuela, viajar ni poseer un negocio. Se decretó que los judíos no podíamos caminar por la acera. Las calles quedaron prácticamente vacías, exceptuando a los soldados nazis que patrullaban con perros sin correa. Cuando los nazis señalaban a un judío y gritaban «*¡Jude!*», los perros atacaban y destrozaban a la persona.

Los nazis establecían asimismo cuotas a los judíos, exigiendo equis pares de guantes de cuero, equis almohadas, mantas, abrigos de piel, relojes de oro y suma y sigue. El primer abrigo de pieles que recibieron pertenecía a mi hermana Sonia. Tomaban rehenes y los nazis advertían que les matarían si no cumplíamos sus órdenes.

Los nazis crearon un consejo judío llamado el *Judenrat*, cuyos miembros eran cuidadosamente seleccionados por los nazis para agilizar sus pedidos. Y el *Judenrat* estaba siempre extremadamente ocupado. Ya no se trataba de un abrigo de pieles, o un reloj de oro o una cadena de oro. Ahora existía la orden que prohibía a los judíos la posesión de abrigos de piel. No solo los abrigos de pieles, sino también todos los cuellos de piel cosidos a abrigos de paño tenían que ser arrancados y entregados a los nazis. Mi madre pasó horas quitando los cuellos de piel de todos nuestros abrigos.

A continuación, a los judíos se nos prohibió poseer oro. Cualquier cosa hecha de oro era requisada por los nazis: monedas, relojes, anillos, cadenas, pulseras, broches. Los judíos habíamos usado esas cosas para intercambiarlas por pan. Ahora no nos quedaba nada que ofrecer a los agricultores a cambio de comida.

Teníamos pocos alimentos en nuestra casa. Los nazis ya se habían llevado la vaca, por lo que no había leche para los niños. Mi madre estaba preocupada; apenas comíamos. Sus sopas estaban hechas ahora con poco más que harina y sal, y la patata ocasional añadida al agua. Ya no había suficiente comida.

Los asesinatos aleatorios de judíos ocurrían a diario. Mi padre fue uno de los varios judíos a los que se ordenó que enterrasen a doce adolescentes judíos muertos a manos de los nazis. Mi bondadoso padre jamás había sido capaz de soportar la visión de la sangre. Nunca olvidaré la angustiada expresión de su rostro cuando me corté accidentalmente mientras le ayudaba a cortar leña. Y aquí debía ocuparse de cadáveres ensangrentados. Como no tenía elección, acudió al lugar indicado. Tan pronto como vio las víctimas sin vida envueltas en sangre, se desmayó. Los otros le reanimaron y le mandaron a casa.

Otra noche los nazis se llevaron a quince chicos para matarles gratuitamente. Los muchachos indefensos marchaban con los rifles apuntándoles. Les advirtieron de que si un nazi resultaba herido o muerto, los nazis matarían a cien judíos más. En su camino hacia el lugar favorito de los nazis para las matanzas —el patio de los edificios gubernamentales—, los chicos tuvieron que cruzar el pequeño puente sobre el lago que dividía la ciudad vieja y la nueva. Uno de los quince muchachos, Yitzhak Brodocky, decidió no conceder a los nazis el placer de matarle. En lugar de ello saltó al lago desde el puente. Los otros catorce fueron fusilados.

Los nazis no pudieron sobreponerse a la vergüenza de permitir que escapara un judío. A la mañana siguiente cogieron cuatro rehenes adicionales: el rabino, mi padre y otros dos hombres prominentes de nuestra ciudad. Los rehenes eran elegidos siempre en función de su relevancia para la comunidad. Los nazis creían en las represalias colectivas. Si se sentían burlados por un judío, la comunidad entera sería castigada. Si Yitzhak no aparecía, los cuatro serían asesinados.

Todos estábamos preocupados, especialmente mi madre. Nadie sabía dónde estaba Yitzhak. E incluso si alguien lo hubiera sabido, ¿quién lo habría contado? Poco después se encontró el cuerpo de Yitzhak flotando en la superficie del lago: se había herido mortalmente al saltar desde el puente. Los nazis quedaron satisfechos y mi padre y los otros rehenes fueron liberados.

Dos nazis especialmente despiadados llegaban con frecuencia a Lenin en un carro tirado por un caballo desde una aldea situada a unos quince kilómetros. Venían para atracar y destrozar las casas judías, y a menudo mataban a los judíos que se cruzaban en su camino. En un principio pensábamos que se trataba de oficiales nazis, pero en realidad eran paracaidistas nazis que habían caído tras las líneas del frente soviético. En lugar de regresar a su unidad, permanecían en la región para aterrorizar a la población judía.

Cada vez que aquellos dos matones aparecían en la ciudad, todos estábamos demasiado asustados para salir a la calle. La ciudad estaba silenciosa, y la gente aguardaba, indefensa, hasta que terminase el suplicio. Con sus rifles cargados, los matones entraban en las casas poniéndolo todo patas arriba y cogiendo cuanto se les antojaba. Si alguien se oponía, le disparaban.

Un día, una anciana judía llegó corriendo a nuestra puerta, llorando y suplicando que fuese a su casa el doctor, mi cuñado. Tras pedir vodka y tabaco, los dos nazis habían disparado a su esposo, pero este aún

seguía vivo. Mi cuñado sugirió esperar hasta que los nazis se marcharan de la ciudad, pero la mujer insistía en que fuera inmediatamente. Consciente de que estaba poniendo el peligro su propia vida, mi cuñado se fue con ella para ocuparse del hombre herido. Regresó a casa temblando. «Me han visto», nos contó. Tenía miedo de lo que ocurriera entonces. Los dos rufianes volvieron a la casa de aquel hombre y le metieron tres balas más. Ahora estaban seguros de haberle matado.

Mi hermano Kopel me contó que uno de los dos había entrado más tarde en nuestra casa ese mismo día y le había puesto contra la pared con su arma apuntándole a la cabeza. «Dime quién tiene armas o municiones en la ciudad», le había exigido el nazi. Casi sin pensarlo, mi hermano le había respondido con serenidad: «Hace algún tiempo, el gobierno local ordenó que todos los ciudadanos entregásemos las armas y la munición a la policía, y todos lo hicimos». El nazi pareció satisfecho con la respuesta y se largó.

Se acercaba el invierno y todos estábamos muy hambrientos. Había un anciano rico en la ciudad, un gentil, dueño de muchas tierras. Sus patatas estaban listas para la recogida. Sintiendo lástima por nosotros, nos dijo a los judíos que podíamos cogerlas.

Mis dos hermanas y yo fuimos a coger patatas con nuestras manos. No teníamos herramientas. Era un hermoso día otoñal. Los pájaros cantaban en lo alto. El aire transportaba el aroma de la cosecha en los campos. Por un momento me sentí sumamente libre y pensaba: «¡Oh, si esta calma durase para siempre! ¡Si pudiéramos vivir en paz y no pasar hambre!»

El silencio fue perturbado por el estruendo de un carro. Alcé la vista. Mientras se acercaba, reconocí a los jinetes. Eran los dos matones nazis. Continué hablando nerviosamente con mis hermanas, sin apenas respirar. «¡El carro se ha detenido! Están bajando los dos. ¡Están apuntando con sus armas!» Seguí su línea de visión. «¡Están apuntando a un judío anciano. ¡Oh, no, es nuestro padre!», exclamé aterrorizada. Mi padre estaba en camino para ayudarnos a coger patatas.

Dios estaba con mi padre en aquella ocasión. Sucedió un milagro: los rifles no se dispararon. Probablemente hubiesen agotado toda su munición la noche anterior y habrían estado demasiado ebrios para recargarlos. Mi padre se dio la vuelta rápidamente y salió corriendo. La belleza del entorno se había tornado oscura y aterradora. Regresamos a casa; era suficiente por aquel día.

La justicia divina acabó alcanzando a esos dos nazis. Un día aparecieron colgados de un poste delante de las oficinas del ejército nazi. Con el tiempo habían enfurecido a los campesinos gentiles sometiéndoles a la misma crueldad. El comandante del ejército nazi no quería disturbios civiles. Los dos desertores fueron juzgados en un consejo de guerra y ahorcados públicamente para pacificar a la furiosa población local. Su muerte nos dio la falsa esperanza de que, con el tiempo, podría prevalecer todavía la justicia.

Los soldados nazis nos utilizaban con frecuencia para su entretenimiento. Cada día se les ocurrían ideas nuevas. Era invierno y hacía mucho frío, veinte o treinta grados bajo cero y con una tormenta de nieve. Los judíos recibimos órdenes de limpiar las calles, las aceras, los caminos e incluso las carreteras con palas, en caso de tener alguna. Luego se les ocurrió otra idea: teníamos que limpiar la nieve de los tejados de las casas en las que vivían. Los más jóvenes de entre nosotros queríamos librar a nuestros mayores de esa tarea, pero los nazis no lo permitían. Les parecía más divertido ver a los ancianos trepar, resbalar por un tejado helado y empinado, caerse y romperse una pierna, un brazo o un par de costillas.

En otro entretenimiento para los nazis se vio involucrada una joven pareja con sus gemelos de seis meses. Un día, dos nazis entraron en su casa y sacaron a los gemelos al patio trasero. Uno de los nazis cogió a los bebés, les arrancó los brazos y las piernas y los lanzó al aire bien alto. El otro nazi apuntó y disparó a aquellas extremidades para hacer prácticas de tiro. Se divertían y se reían hasta que los dos bebés quedaron hechos pedazos.

Cada día, al levantarme, lo primero que hacía era mirar por la ventana. Si veía algo malo, se lo contaba a mis padres, que salían para averiguar lo que había ocurrido durante la noche. Una mañana, miré conmocionada y aterrorizada. Justo delante de nuestra casa yacían los cuerpos de dos personas, con las manos y las piernas apuntando al aire. Empecé a chillar. Todos los de la casa acudieron corriendo hacia la ventana.

Posteriormente averiguamos que aquella joven pareja había intentado resistirse al arresto y había sido fusilada *in situ* cerca de nuestra casa. No murieron en el acto, sino que giraron y se retorcieron durante algún tiempo en la gélida noche. La cantidad de sangre que perdieron se congeló a su alrededor. Finalmente sus extremidades se detuvieron, congeladas en las grotescas posiciones que yo había visto. Aquellos jóvenes eran los padres de los bebés gemelos de seis meses que habían sido despedazados y habían padecido ya tanto sufrimiento.

Los transportes a los campos de trabajos forzados comenzaron en mayo de 1941. Un grupo de trescientos cincuenta jóvenes de nuestra localidad fueron conducidos a un *Arbeitslager*, un campo de trabajo esclavo establecido en la ciudad de Gancevich.

Seguirían otros transportes al campo de trabajo. Gancevich estaba ubicada en el corazón de la región de Polesia y se hallaba rodeada de pantanos. Antes de la guerra muchos judíos se ganaban la vida en los bosques maderables de aquella localidad. Ahora los judíos de Lenin y Pogost Zagorodski eran forzados a realizar trabajos penosos en los aserraderos, construyendo carreteras y descargando vagones de tren en la línea Baranovich-Luniniec.

Al ser joven y soltero, mi hermano Kopel fue seleccionado para aquel primer transporte. Todos pensábamos que Kopel tenía menos probabilidades de sobrevivir porque nunca había sido físicamente fuerte y porque se negaría a comer cualquier alimento que no fuese *kosher*. Mi padre decía que iría él en el lugar de Kopel, pero este se negó. «Padre, ¿acaso sabemos con certeza que es más seguro quedarse aquí en la ciudad? El destino me ha llamado al campo de trabajo, así que iré yo».

En la ciudad todos estaban preocupados por Kopel. Varios muchachos de su edad se ofrecieron voluntarios para acudir a la estación de tren de Mikashevich para reemplazarle, pero cuando llegaron allí el abarrotado tren ya había partido. La preocupación cundió incluso entre los miembros del *Judenrat*, que intentaron devolver a Kopel a casa desde el campo de trabajo, pese a haber sido ellos quienes le habían asignado inicialmente al transporte. Escribieron cartas al jefe de la Gestapo pidiéndole que dejase marchar a Kopel. Le explicaron que estaba indispuesto y no soportaría las condiciones del campo. El *Judenrat* creía todavía que los nazis estaban dispuestos a entrar en razón y mostrar humanidad. En 1941 nadie era consciente aún de las matanzas masivas.

Un día, el supervisor judío del campo de trabajo de Gancevich fue informado de que se había cavado una fosa y uno de los trabajadores judíos iba a ser fusilado. Al día siguiente, varios nazis fueron a ver al director del campo de trabajo, preguntando por un tal Kopel «Lazebik» (en lugar de «Lazebnik»), que estaba enfermo y, por consiguiente, no era apto para el trabajo. El supervisor se percató de que pretendían matar a Kopel. Le mostraron el nombre en una lista. Por fortuna, el apellido de mi hermano estaba incorrectamente escrito. El supervisor dijo que en el campo no había nadie que respondiese a ese nombre. Además, les aseguró, todos los trabajadores estaban sanos y eran

productivos. Los nazis se dieron por vencidos y se marcharon. Kopel estaba destinado a sobrevivir.

5. Gueto y liquidación

El 10 de mayo de 1942 los nazis crearon un gueto en Lenin. Sin previo aviso, obligaron a la población judía a dejar sus casas para dirigirse a la parte vieja judía de la ciudad, en una zona tan reducida como dos manzanas. En cada casita se hacinaban de cincuenta a sesenta personas. Cerca de dos mil judíos atestaban esas pocas casas.

El gueto estaba rodeado de alambre de púas, con una sola puerta de entrada. Los judíos tenían prohibido salir del gueto. Solo aquellos que tenían permisos especiales para trabajar fuera del gueto podían aventurarse a salir y en tal caso tenían que ir y volver del trabajo acompañados por los soldados. El gueto era una prisión de la que no había escapatoria. Los nazis y sus colaboradores vigilaban la entrada día y noche, pertrechados con ametralladoras. En el lado este estaba el río Sluch. Al oeste se encontraba el lago. Al norte y al sur había pantanos.

Para entonces, la mayoría de los varones judíos con edades comprendidas entre los dieciséis y los cincuenta años aproximadamente ya habían sido deportados al campo de trabajos forzados de Gancevich. En el gueto solo quedaban las mujeres, los niños, los enfermos y los ancianos. Nuestra población había mermado desde cerca de seis mil hasta menos de dos mil habitantes. Algunos habían escapado; otros habían sido asesinados.

Los nazis impusieron numerosas restricciones en nuestra vida en el gueto. Los que quedábamos allí éramos tratados por los nazis como mano de obra esclava. Teníamos miedo de enfermar, porque entonces nos considerarían una carga y podrían fusilarnos. No podíamos ser demasiado jóvenes ni demasiado viejos, ya que entonces no podríamos trabajar. Estaba prohibido incluso dar a luz a un hijo.

Intentábamos hallar formas de adaptarnos a esos atroces requisitos. Algunos se registraban como más jóvenes. Los jóvenes declaraban más edad e intentaban parecer mayores. Las niñas llevaban tacones altos. Los niños se ensuciaban la cara para disfrazar su piel joven e inocente, y vestían las ropas de los mayores. Los enfermos se guardaban su dolor para sus adentros.

Las condiciones de vida en el gueto eran pésimas. No había alimentos durante días, no teníamos ropa de abrigo para el frío y sufríamos enfermedades rampantes como el tifus. Los niños tenían el rostro y la

barriga deformados por el hambre. La inanición y la enfermedad en el gueto causaban docenas de muertes diarias. Los cristianos de nuestra ciudad intentaban a menudo pasarnos comida de contrabando en el gueto, pero se trataba de una actividad sumamente peligrosa, punible con la muerte. Quienes se arriesgaban a ello eran muy valientes.

Desde la mañana temprano hasta muy entrada la noche, la gente se congregaba en los patios traseros de las pequeñas casas para intercambiar noticias, lamentarse y llorarse unos a otros, y para apoyarse siempre que se terciaba la ocasión. Las mujeres estaban preocupadas por sus maridos y hermanos deportados a los campos de trabajo. Los niños jugaban para olvidar su hambre y sus miedos. Todos nos preguntábamos cuánto tiempo se prolongaría el sufrimiento. ¿Llegaría alguna vez a su fin aquella guerra?

Al ser médico mi cuñado, estábamos alojados en una vivienda relativamente buena del gueto, la última casa de la calle y la más próxima al río. Mis padres, mis dos hermanas Esther y Sonia, mi hermano pequeño Boruch, el marido de Esther, los dos hijos de Sonia y yo vivíamos en aquella casa con otras varias familias, la mayoría de las cuales eran desconocidas para nosotros. Por aquel entonces Grainom residía en Vilna y tanto Kopel como Moishe habían sido trasladados al campo de trabajos forzados de Gancevich. La casa que nos asignaron era una vivienda bien equipada, con bonitos y antiguos muebles de madera tallada, aunque de buena gana habríamos cambiado el mobiliario por un pedazo de pan. El propietario de la casa era un viejo judío cuya hija Basia era amiga de Sonia. Antes de la creación del gueto, Basia y él eran los únicos habitantes de la casa. Ahora la vivienda estaba abarrotada, con una familia por habitación.

Yo era una de las personas afortunadas que tenía un permiso que me permitía salir del gueto para seguir con mi trabajo en el estudio de fotografía ubicado en nuestra vieja casa. Nuestro hogar permanecía desocupado por el momento. El equipo y el material fotográfico seguía todavía allí, así como el cuarto oscuro. Todas las viviendas judías de fuera del gueto estaban ahora abiertas, bajo el cuidado nominal del *soltis*, el jefe de la comunidad gentil. Todos los muebles y otras pertenencias valiosas fueron seleccionados por los nazis para su eventual envío a Alemania.

Al tener acceso al mundo fuera del gueto, podría haberme arriesgado a escapar, pero temía que hiciesen daño a mi familia. Sabedores de la importancia de los estrechos vínculos familiares en nuestra comunidad, los nazis con frecuencia sacaban partido de nuestra vulnerabilidad. Muchos jóvenes fuertes y osados deseaban huir a los

bosques y unirse a los combatientes partisanos, pero tenían miedo de que los nazis matasen a sus familias en represalia. Eso planteaba muchos dilemas. ¿Debía un hijo o una hija dejar a sus ancianos padres y poner en peligro sus vidas? ¿Debía un marido abandonar a su esposa y a sus hijos? Otros creían que su responsabilidad era permanecer con su comunidad. ¿Era moralmente más correcto abandonar la comunidad del gueto y enfrentarse al enemigo por su cuenta y riesgo, o bien quedarse para proteger a la población? Nunca antes habíamos encarado cuestiones morales de esa magnitud.

Durante mis visitas a nuestra antigua casa, con frecuencia hacía trueques con los granjeros. Ellos necesitaban zapatos, vestidos, abrigos, blusas y camisas, y yo me las ingeniaba para obtener esos artículos en el gueto con el fin de intercambiarlos por alimentos. Sabiendo que me encontrarían allí, los agricultores acudían a mi casa con pan, patatas y granos. Durante el verano también traían verduras y cualquier otra cosa que pudieran pasar de contrabando sorteando a los nazis.

Arriesgaba mi vida consiguiendo comida para mi familia y también para otras personas. Una joven judía que vivía con nosotros en el gueto me pidió que me llevara un traje caro para negociar con los campesinos. Incluso sin el cuello de piel —cortado anteriormente para los nazis—, seguía siendo un precioso vestido, hecho de una tela de mucha calidad. Conseguí sacar a escondidas su vestido burlando la vigilancia de los guardias de fuera del gueto. Desgraciadamente aquel día no se presentó ningún granjero para comerciar. Como no podía correr el riesgo de volver a introducir el vestido en el gueto, lo escondí en el ático de nuestra casa entre el tejado y el techo, donde había ocultado otras cosas que no pude vender.

Cuando regresé a trabajar a la mañana siguiente, había desparecido todo lo guardado en el desván. Lo habían robado los vecinos. Se me cayó el alma a los pies. Naturalmente, no podía denunciar el robo. Nadie de la población gentil podía saber que estaba comerciando con los granjeros. Para un judío, eso significaría la muerte si los nazis se enteraran. Me sentía especialmente mal por la mujer que me había entregado su bonito traje para cambiar por comida. No iba a recibir por él ni un mendrugo de pan.

Un día, mientras trabajaba en nuestra casa, se presentó mi hermano Boruch de camino de su trabajo. Él también trabajaba fuera del gueto, en una granja lechera, y formaba parte de un grupo de trabajadores judíos que salían del gueto a diario. Parecía muy cansado y le sugerí que descansase un rato. Yo necesitaba lavar los negativos que estaba

revelando en ese momento y le pedí que estuviera pendiente de la película mientras yo salía por un balde de agua.

Cuando volví, encontré a Boruch muy pálido y asustado. Estaba en el rincón, apretujado contra la pared. Con culpa en sus ojos, me contó con una voz casi inaudible que un grupo de chicos gentiles locales habían entrado en la casa, habían cogido uno de los rollos de negativos colgados para secar y habían salido pitando con él.

Yo estaba aterrorizada por haber perdido la película de los nazis. Le grité a mi hermano: «¿Por qué les has dejado llevárselo? ¿Sabes lo que me harán ahora los nazis? Mi vida está acabada. ¡Nos matarán a toda la familia!» Más tarde me sentí avergonzada por haber perdido los estribos con mi pobre hermano pequeño de doce años.

Mi hermano se echó a llorar. Había tenido miedo de los muchachos gentiles y no se había atrevido a plantarles cara ni a correr tras ellos. Sabía que un niño judío no tenía ninguna posibilidad en una lucha con un grupo de gentiles. Además, había sido educado para ser amable con la gente, no para pelear.

Recobrando mi compostura, corrí a casa del *soltis*, el jefe de la población gentil nombrado por los nazis, y le conté lo que había sucedido. Sabía que, como judía, tenía prohibido entrar a la casa de un gentil, pero en aquel momento hice caso omiso.

El propio *soltis* estaba asustado, pues los nazis le habían ordenado que protegiese los hogares judíos contra el saqueo de la población local. Él era el responsable de los bienes que los nazis pretendían enviar a Alemania. Tras darle vueltas al asunto, fue a la casa de unos muchachos de los que sospechaba y, con ayuda de sus padres, averiguó que los chicos habían tirado la película al lago.

La película medía más de un metro y fue hallada flotando en el agua. El *soltis* en persona se metió al lago en una barca y pescó la película. Aliviada, regresé a la casa, lavé la película y la colgué para secarla. Acto seguido me senté y pasé un rato llorando. Los nazis jamás se enteraron de esa pérdida temporal.

En aquellos tiempos de sufrimiento y dolor, había veces en las que sentíamos un resurgimiento de la vida, aunque tan solo fuese durante un momento fugaz. Un día me tomé la libertad de llevarme al trabajo a Leah, la hija de dos años de mi hermana. Cuando llegamos a la casa, Leah la reconoció y salió corriendo alegremente al patio trasero. Empezó a bailar y fingía volar como una mariposa, cantando, saltando

y gritando. Sus ojos se iluminaron de emoción y libertad. Nuestro viejo patio abarrotado era un deleite para Leah, como lo había sido para nosotros en nuestra niñez.

Al contemplarla, me embargó la emoción. Sobrinita mía, pensaba, ¿quién sabe cuánto tiempo más serás capaz de bailar y conservar esta felicidad? ¿Qué clase de futuro te aguarda? Sentía un nudo en la garganta; tenía ganas de llorar, pero ¿cómo podía hacerlo cuando ella parecía tan feliz en su inocencia? ¡Era tan joven, inocente y hermosa! Jamás había sentido hasta entonces semejante terror de la profunda incertidumbre. Mi propio futuro parecía intrascendente comparado con el suyo. Las circunstancias me habían obligado a contemplar la vida como una adulta muy prematuramente. Cuando la llevé finalmente de regresó al gueto, Leah había olvidado su hambre.

*

Eran las cinco de la mañana. El cielo estaba oscuro, las nubes estaban bajas y a punto de caer sobre nosotros. El gueto fue despertado. Por primera vez nos ordenaron que nos reuniésemos; nuestra primera redada de los nazis. Pensábamos que nos iban a matar y que aquel era el final. Todos sabíamos que habían cavado tres largas fosas varias semanas atrás en una pequeña colina en las afueras de la ciudad, cerca del hospital. Antes de ser enviados al campo de trabajo de Gancevich, algunos de nuestros jóvenes varones judíos en buenas condiciones físicas habían sido obligados a preparar esas zanjas. Sabíamos que las fosas habían sido cavadas para nosotros y nos sentíamos desamparados. Cuando estábamos congregados en la plaza, los nazis nos contaron varias veces y acto seguido nos ordenaron que regresásemos al gueto. Aquellas personas que no habían acudido a la reunión fueron descubiertas posteriormente por los nazis y asesinadas.

Varios días después, el *Gebiets-kommissar*, la máxima autoridad nazi de la zona, llegó a la ciudad y todos nos asustamos de nuevo. ¿Qué hacía en Lenin ese alto funcionario nazi? ¿Qué iba a ocurrir ahora? Un soldado nazi se presentó en nuestra casa del gueto gritándome que le acompañase al cuartel general de la Gestapo donde tenía que hacer un retrato al *Gebiets-kommissar*. Cuando llegamos a la oficina de la Gestapo, el *Gebiets-kommissar* se sentó en una silla delante de mi cámara y gritó: «¡Más te vale que sea bueno, o estarás *kaput*!» Me daba miedo mirarle, contemplar la cara de un animal salvaje, un hombre responsable de una multitud de muertes. En vez de ello, miraba a través de la lente de la cámara.

Hice una fotografía y entonces tuve miedo de que no le gustase la

expresión bestial y cruel de su rostro. Me dije a mí misma: «No es buena. Me matará con toda seguridad». Con voz trémula, le pedí que sonriese para una segunda foto. Yo, una judía, le estaba pidiendo efectivamente al *Gebiets-kommissar* que sonriese. Y él lo hizo. Con sus ojos amenazadores, me seguía pareciendo una bestia. Hice dos retratos y los teñí con colores naturales. Afortunadamente quedó satisfecho con ellos.

Nubes pesadas colgaban sobre el gueto. Era una nueva mañana, pero seguía reinando la oscuridad y la mayoría de la gente dormía. De repente, voces fuertes y luego gritos: la segunda reunión. Volvieron a sacar a todos los ocupantes del gueto. En la plaza de la asamblea los niños lloraban, despiertos y hambrientos. Nos contaron una vez más y después nos hicieron regresar a nuestras casas. Fueron menos los que se escondieron en esta ocasión. Todos recordábamos el destino de los primeros evadidos. Una vez más, aquellos que no habían acudido para el recuento fueron descubiertos y fusilados.

*

Al atardecer del 13 de agosto de 1942 el gueto estaba silencioso. Otro día de hambre, palizas y duro trabajo tocaba a su fin. En nuestra casa nadie dormía todavía. Volvieron a llamarme para que cogiese mi cámara y acudiese al cuartel general de la Gestapo. Para mí, ir a la *Ortkommandature* a hacer fotografías se había convertido prácticamente en una rutina. Sin embargo, en esa ocasión era diferente. Cuando llegué, me dijeron que dejase la cámara y me marchase a casa.

Estaba preocupada. Me preguntaba por qué me habrían hecho dejar la cámara. Sin ella, ya no me necesitarían nunca más. La cámara era mi vida. A cambio de una fotografía podía conseguir ocasionalmente un pedazo de pan. ¿Qué iba a hacer ahora? De regreso al gueto no paré de llorar.

Cuando llegué a casa, mi familia me miró: «¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás llorando?», me preguntó mi madre. Contesté: «Se han quedado con mi cámara».

Mi madre me puso la mano en el hombro y trató de consolarme. «¿Por qué lloras por una cámara? —imploró—. Fíjate en todo lo que hemos perdido. Hemos perdido nuestra casa, nuestra ropa, nuestras joyas, nuestros abrigos de piel, nuestro oro, nuestra plata y nuestra libertad. La cámara no es nada en comparación».

A las pocas horas se presentó otro oficial nazi. Yo le conocía; me había traídos varios retratos de su familia en blanco y negro para teñir, un encargo que todavía no había terminado. Me pidió que le devolviese sus fotos de inmediato; había cambiado de opinión. Conocía muy bien su verdadero motivo para recuperar las fotografías, pero no dijo ni una palabra. Se limitó a coger sus fotografías y se marchó.

A raíz de aquellos acontecimientos, tuve una premonición de la tragedia que estaba a punto de acaecer. Una y otra vez repetía: «Se han quedado con mi cámara. El oficial se ha llevado las fotografías de su esposa. ¿Qué significa todo esto?» Nadie más de mi familia era consciente de que esos sucesos no presagiaban nada bueno. Los nazis sabían que la mañana siguiente sería la última para nosotros. Por eso se quedaron con mi cámara y recuperaron las fotografías. Si mis padres hubieran prestado más atención a lo que estaba diciendo, ¿podrían haber tenido tiempo de esconderse o de huir?

Aquella noche estaba tan preocupada que no pude dormir. Era todavía una niña, pero nuestras circunstancias me habían impuesto la madurez. Habiendo asumido responsabilidades adultas a una edad temprana, me sentía responsable de toda mi familia. Tras un largo tiempo, me quedé al fin dormida.

Nos despertaron al alba: «¡Afuera! ¡Afuera! Otra asamblea. ¡Todos afuera!» Medio dormida, me levanté de un salto y miré a mi alrededor. En la casa todos habían salido ya, excepto mi hermana Sonia y sus dos hijos. Ella quería desesperadamente vestir a sus hijos con ropas limpias. Tal vez supiera de algún modo lo que se avecinaba. No podía dejarla sola —podrían matarla si la encontrasen en la casa —, así que la ayudé a vestir a los niños: ropa interior limpia, una camisa limpia, pantalones limpios, un vestidito limpio para Leah. Los niños estaban muy callados y se dejaron vestir muy deprisa. Se diría que también sabían lo que estaba pasando. Podía verse en la tristeza de sus ojos. No fui capaz de decirles nada. En vez de ello, les abracé, sintiendo sus tiernos cuerpos jóvenes contra el mío. Les estreché entre mis brazos sin decir palabra.

Cuando llegué a la plaza de la asamblea, sabía que aquella vez era diferente. Alguien me gritó: «Camina al frente hacia los alemanes». A día de hoy sigo sin saber de quién era aquella voz. Pero, cual autómata, me dirigí adonde me indicaron. Acabé justo delante del *Gebiets-kommissar* cuyos retratos había realizado varias semanas antes. Él me reconoció al instante y me llamó, separándome del resto de la multitud.

Yo le supliqué: «Déjeme estar con mi hermano pequeño». Deseaba desesperadamente que Boruch estuviera conmigo en la última hora de nuestra vida. Pero el *Gebiets-kommissar* no me escuchó. Con su cara de animal, le hizo un gesto con la cabeza a un soldado de las SS que estaba a su lado. El soldado me asestó un culatazo con el extremo de su fusil y gritó: «¡En marcha!»

No sabía adónde me llevaban. ¿Iban a fusilarme? Caminaba como si estuviera hipnotizada. No hay forma de describir el terror del momento. Continuaba andando mientras el soldado me encañonaba con su fusil por la espalda. ¿Cuánto tiempo más, cuántos minutos o segundos más de vida me quedaban? Esperaba la bala.

Los dos hijos de Sonia: Borchke y Leah.

De repente, el soldado me ordenó que girase en dirección a la sinagoga, alejándome del terreno de la matanza. La esperanza destelló por mi mente. ¿Me libraría? ¿Sería yo la única superviviente de casi dos mil personas? El soldado nazi me ordenó que entrara en la sinagoga y se marchó.

Entré en la sinagoga y encontré a un grupo de judíos en el santuario, elegidos igualmente entre el resto de la población. Mi retraso mientras había ayudado a mi hermana con sus hijos había hecho que me perdiera la selección. Entonces caí en la cuenta de que, cuando todos nos habíamos congregado esta vez, los nazis habían reunido a unos cuantos artesanos cuyos talentos podrían necesitar. Habían escogido a

los que tenían familias pequeñas, menos personas a las que mantener con vida. Un sastre con seis o siete hijos era mucho menos deseable que otro con dos o tres.

Salvaron un total de cinco familias judías de la ciudad de Lenin: las de un carpintero, un zapatero, un sastre, un herrero y un pintor. Entre todos sumaban veintiséis personas. Yo era la número veintisiete y la última. Me había vuelto valiosa para los nazis como fotógrafa y reveladora de fotografías. En su obsesiva necesidad de registrar sus actos malvados, me habían salvado la vida. Al haber sido una elección del último momento, era asimismo la única sin familia.

Sabía que aquellos eran los últimos minutos de vida de mi familia. Sentí que me ahogaba en un océano de dolor y pesar. No quería que me abandonasen a mi suerte. ¿Qué sentido tenía ser la única superviviente de mi familia? Deseaba salir corriendo y morir con ellos. Las otras personas de la sinagoga me retuvieron dentro contra mi voluntad. Decían que, si yo salía corriendo, les matarían a todos.

Subí al desván de la sinagoga y, por una pequeña ventana, vi camiones descubiertos que se cargaban con personas y acto seguido se dirigían a las tres fosas. Otros caminaban en pequeños grupos hacia las zanjas, encañonados con rifles por la espalda. Más tarde supe que entre ellos estaban mi hermana Sonia y sus dos hijos. Por el camino, había suplicado a los gentiles con los que se cruzaban que salvasen a sus hijos. Nadie se ofreció a acogerles. También me contaron que, en las fosas, los nazis y sus cómplices lituanos que aguardaban allí obligaron a muchos a desnudarse por completo, incluidos los niños y los ancianos.

14 de agosto de 1942. La fosa de Lenin.

Oí que los nazis abrían fuego con sus ametralladoras. Las fosas estaban lejos, pero oí los gritos de mi pueblo, gritos que todavía resuenan en mis oídos. Todavía me embarga una tristeza indescriptible cuando pienso cómo llegaron a su fin. Incluso hoy me sigo estremeciendo cada vez que oigo el rugido de una muchedumbre en un estadio deportivo al aire libre, sonidos que reverberan.

Todos fueron asesinados y enterrados en esas tres largas zanjas, incluidos mi padre, mi madre, mi hermano pequeño Boruch y mis dos hermanas Sonia y Esther, el marido de Esther, así como los dos hijos de Sonia, de dos y cuatro años respectivamente. Mi madre y mi padre apenas contaban cincuenta años cuando fueron ejecutados por los nazis. Sonia fue fusilada y sus dos hijos fueron enterrados vivos en una de las fosas, al igual que mi hermano pequeño Boruch. Los nazis no desperdiciaban balas con los niños. La esposa y el hijo pequeño de Moishe, que habían retornado a Lenin al comienzo de la guerra, también fueron asesinados. Los nazis habían ofrecido salvar la vida del

marido de Esther debido a sus habilidades como médico. Pero cuando este les pidió que salvaran también la vida de Esther, se negaron a hacerlo. Él se unió a Esther en las fosas.

La masacre de los judíos en la localidad cercana de Mikashevich.

Mil ochocientos cincuenta judíos fueron ejecutados por orden del *Gebiets-kommissar*, con la asistencia de los hombres de las SS, sus colaboradores lituanos y la policía local de nuestra ciudad. Los nazis hicieron fotos de la matanza. Más tarde me dieron las películas para que las revelase e hice copias para mí misma. ¿Para eso me habían salvado la vida?

Cuando terminó la matanza, bajé del desván y caminé hasta el arca donde se guardaban las Torás. Me senté delante de aquel símbolo familiar de mi pueblo. No lloré; estaba petrificada del *shock*. No podía

mover ninguna parte de mi cuerpo. Me limitaba a observar fijamente la cortina tras la cual estaban guardadas las Torás. ¡Oh, Dios!, ¿tendré alguna vez la posibilidad de vengar estos actos? ¿Dónde estás, Dios mío? ¿Dónde estáis las buenas personas? ¿Dónde está la justicia?

*

No me separé del arca hasta horas después, cuando unos hombres de las SS nos condujeron de nuevo hasta el gueto, que continuaba bajo vigilancia. Nos instalaron en una casa grande con cinco habitaciones, cada familia en un cuarto. Para mí no había ninguna habitación. Yo dormía en el suelo del vestíbulo.

A la mañana siguiente me permitieron salir de la casa y pasear por el gueto. Me dirigí inmediatamente a la casa donde había vivido mi familia y a la habitación en la que había ayudado a Sonia a vestir a los niños justo el día anterior. Reinaba un silencio sepulcral. Todas las habitaciones estaban vacías. La víspera, aquella casa estaba rebosante de personas hambrientas, abatidas, preocupadas, pero vivas todavía. Ahora todas ellas estaban muertas. Rompí en llanto. Ahí podía llorar. Ahora nadie podía verme.

Las paredes desnudas de la habitación me miraban fijamente. El suelo estaba cubierto con la ropa descartada de los dos hijos de mi hermana, que había caído al suelo en nuestras prisas por salir. Empecé a recoger las prendas. Fui doblando con esmero cada una de ellas, abrazándolas y besándolas. Guardé cuidadosamente las ropas en un cajón, una tras otra. Sabía que los niños jamás volverían a vestirlas. Pero de algún modo sentía que, al doblar su ropa, estaba consolando a los niños, abrazándoles. Eso me ofreció un consuelo momentáneo.

Cuando cerré los ojos, me imaginé a mi madre bendiciendo las velas un viernes por la noche y a toda la familia a mi alrededor. Añoraba a mi familia y mi vida anterior. Se me hizo un nudo en la garganta. Volví a pensar en la brutalidad sin sentido y en la crueldad inhumana que había abocado al final de mi mundo. Apoyé mi cara contra las frías paredes desnudas y lloré amargamente.

Salí al patio de la casa, que había estado lleno de gente. Los acontecimientos de la víspera siempre se habían comentado allí: cuántos muertos había habido en los últimos días, cuántos habían muerto de hambre y cuántos continuaban luchando por seguir con vida. Ahora el patio estaba vacío. Lo crucé hasta el establo. Su puerta estaba abierta y entré.

De repente oí un ruido procedente de las vigas del establo. Alcé la cabeza y descubrí dos ojos grandes brillantes. Luego vi un rostro. Era Basia, la amiga de mi hermana Sonia en cuya casa habíamos vivido. Había estado escondida en el heno desde la redada final. Me susurró: «¿Está viva Esther?» Le respondí: «No, está muerta. Todos han muerto». Basia me preguntó: «¿Qué debo hacer?» Le contesté: «Escóndete y luego, si puedes, huye lo antes posible». Salí del establo. Temía ponerla en peligro si alguien nos oía hablar.

Salí de la casa atravesando el gueto silencioso y sin vida. Parecía un cementerio en el que cada casa era una lápida. Unas puertas estaban abiertas y otras cerradas. De vez en cuando oía un grito: gatos en busca de comida. No quedaba nadie que les abriese las puertas.

Todos los reclusos de nuestra casa volvimos paulatinamente a la faena. Enviaron a trabajar fuera a los hombres, mientras las mujeres hacían las tareas domésticas para los nazis. A mí volvieron a convocarme en el cuartel general de la Gestapo. Pero ahora estaba totalmente apática. No me importaba nada. Me sentía abatida y llena de aflicción.

Antes de la guerra, los granjeros de las aldeas vecinas acudían a la iglesia los domingos y llevaban sus productos para intercambiar con los judíos. La actividad se detuvo cuando estábamos confinados en el gueto. Los granjeros habrían tenido que atravesar el gueto, lo cual no estaba permitido, para llegar hasta la iglesia. Aquel domingo volvieron de nuevo, sabedores de que ya no existía un gueto ni una población judía en Lenin. En lugar de ir a la iglesia, centenares de granjeros gentiles de la vecindad se plantaron en las inmediaciones del pequeño puente limítrofe con el gueto.

Para llegar al cuartel general de la Gestapo tenía que cruzar aquel puente. Jamás olvidaré el momento en el que hube de enfrentarme a los granjeros gentiles. Me sentía humillada y abrumada por la pérdida; todo mi pueblo estaba muerto. ¿Cómo podía mirar a las caras de aquellos gentiles congregados en el puente?

Eché a andar pausadamente con el corazón palpitante. Mientras me aproximaba al puente, veía que la gente miraba en mi dirección. Me forcé a alzar la cabeza en desafío. Ellos tampoco eran capaces de mirarme a los ojos mientras cruzaba el puente. Para alivio mío, todas las cabezas se apartaban de mí. Quizá tuvieran miedo de encontrarse con los fantasmas de esas gentes que habían sido sus vecinas, sus amigas. Tal vez estuviesen avergonzadas de esos otros que se llamaban a sí mismos cristianos. Atravesé a la deriva el puente y desaparecí.

*

En la actualidad el único indicador de vida en Lenin es un monumento erigido por los soviéticos tras la guerra en el sitio de las tres zanjas. Reza: «Aquí yacen 1850 ciudadanos rusos asesinados por los fascistas». No indica que esos asesinados eran judíos. Cada año, en el aniversario de la masacre, se colocan flores sobre las fosas.

El monumento soviético a los masacrados el 14 de agosto de 1942 en Lenin; no se menciona que las víctimas eran judíos.

6. Uniéndose a los partisanos

En el cuartel general de la Gestapo los nazis me trataban como si no hubiese pasado nada. Me devolvieron mi cámara y me asignaron como ayudante una chica ucraniana llamada Marisha. Me dieron instrucciones de que le enseñara mi oficio. Era evidente que ella iba a reemplazarme y que no tardarían en despedirme.

Durante casi dos semanas, trabajé con Marisha en el cuarto oscuro. Yo le enseñaba lo menos posible, pero ella era persistente. Quería saber más y más. Le enseñé a no abrir jamás la película sin revelar ni el papel fotográfico, ni siquiera en la luz más tenue. Ello me permitía guardar todas las fotografías de mi familia en el cuarto oscuro; ella pensaba que eran materiales sin revelar y cuidaba bien de ellas.

De regreso al gueto en medio de otra incómoda noche en el ventilado vestíbulo, me desperté presa del pánico pensando: «¿Qué va a ser de mí? La muchacha ucraniana aprenderá pronto mi oficio y me matarán. Aquí no me espera nada más que la muerte. He de huir». Pero si huía, pondría en peligro las vidas de otras veintiséis personas.

Habían transcurrido dos semanas desde el asesinato de mi familia. Vivía en aquella casa con cinco familias, los únicos supervivientes judíos de Lenin, pero me sentía totalmente aislada. Las cinco familias se tenían los unos a los otros y yo me había quedado sola en el mundo. Fuera de la casa, estaba rodeada de enemigos. Daba vueltas en la cama cavilando sobre mi terrible dilema.

De repente oí disparos y sirenas fuera. Todos los de la casa se despertaron y miraban por las ventanas. La gente corría por las calles: nazis, colaboradores y partisanos. Supimos que los partisanos soviéticos habían atacado Lenin.

¿Qué debíamos hacer ahora, salir corriendo o permanecer allí? Yo deseaba correr a unirme a los partisanos. Los otros dijeron: «¡No! Tú quieres huir porque estás sola. Nosotros tenemos familias. Corremos demasiado peligro». El tiroteo se estaba intensificando por momentos.

Sonó un golpe seco en la puerta. En la entrada estaba un partisano, un muchacho judío joven y alto de nuestra ciudad, que vestía ropas medio militares medio civiles, con una pistola y varias granadas colgando de su cinturón. Tenía en sus manos un fusil automático. Nos dijo: «Estamos al tanto de lo que os ha pasado. He venido a deciros

que huyáis. ¡Poneos a salvo! ¡Corred lo más rápido que podáis! Hemos matado a muchos de los asesinos. Si os quedáis, mañana todos seréis torturados y fusilados».

Entonces el grupo decidió escapar. Con las balas surcando el aire todavía, corrí con todas mis fuerzas en la dirección del bosque, huyendo del gueto y de la ciudad. Había cadáveres por todas partes. Cuando llegué a las afueras de nuestra localidad, una pareja de partisanos me detuvieron. «¿Adónde te diriges?», me preguntaron. Yo les contesté: «Estoy huyendo del gueto. Deseo unirme a los partisanos. ¡Dejadme ir con vosotros!»

Ellos respondieron: «No tan deprisa. Primero has de tener permiso del comandante». Resultaba difícil que un judío desarmado fuese aceptado por los partisanos, especialmente tratándose de una mujer. Me señalaron la dirección en la que habían visto por última vez al comandante. Seguí corriendo, preguntando a todos los partisanos con los que me cruzaba: «¿Dónde puedo encontrar al comandante?» Cuando al fin di con él, estaba temblando de miedo. Vestía uniforme militar soviético, con pistolas a ambos lados de su cinturón y un fusil automático. Me preguntó cómo me llamaba. Cuando le dije mi nombre, supo quién era. Sabía que los nazis me habían mantenido con vida para que trabajase para ellos como fotógrafa. También sabía que mi hermana estaba casada con el doctor Feldman y que ambos habían sido fusilados. Entonces presumió que, dado que mi cuñado había sido médico, yo sabría cuidar a los heridos. «Vendrás con nosotros», ordenó.

El combate había terminado. Los partisanos estaban regresando a sus bases y yo estaba con ellos y seguía viva. Aquello parecía un sueño. ¡Me habían aceptado los partisanos soviéticos! No estaba segura de lo que me aguardaba ahora, de qué clase de vida tendría. Pero sabía que era muy afortunada. Ahora era una partisana y ya no tenía miedo de los nazis. Me arranqué la estrella de David amarilla. Comenzamos nuestro viaje por los bosques.

*

Al cabo de un par de horas de caminata por el terreno accidentado hacia el bosque, estaba exhausta. Mis zapatos no eran adecuados para el escabroso camino y los pantanos, y no tardaron en romperse. A veces me hundía en el cieno hasta las rodillas.

Los heridos graves eran transportados en un carro. Abarrotado de partisanos heridos, el carro de madera traqueteaba por el áspero

terreno a la zaga del único caballo que tiraba de él. Puedo imaginarme cuánto dolor debieron de haber sentido los heridos. El caballo era pequeño y escuálido. También él estaba agotado.

Escuché a un partisano diciéndole a otro: «El caballo está sudando. Tenemos que cubrirlo. De lo contrario, no tirará mucho más. Pero no hay mantas». Si el caballo colapsaba, tendríamos que llevar los heridos a hombros hasta el siguiente pueblo donde podríamos conseguir un caballo descansado. Yo era la única que llevaba un abrigo. Sin vacilación, me lo quité y lo entregué para cubrir el caballo.

Un par de horas después continuábamos en marcha. Solo hacíamos descansos muy breves, ya que era demasiado peligroso entretenerse. El enemigo estaba cerca. Para los partisanos que habían salido de su base la víspera, era el segundo día de caminata. A esas alturas yo andaba arrastrándome. No estaba acostumbrada a caminar distancias tan largas y era delgada y estaba desnutrida. Mis zapatos se habían roto. Andaba descalza y mis pies rozados sangraban. Aunque hablaba perfectamente ruso, tenía miedo de preguntar cuánto tiempo más tendríamos que caminar. Ahora formaba parte de los partisanos soviéticos y sabía que en la Unión Soviética no se hacían demasiadas preguntas. Sabía que me observaban para comprobar mi estado físico.

Súbitamente, un partisano joven y rubio me entregó un precioso par de botas. «Estas son para ti. Póntelas», dijo. Comprendí que habían pertenecido a un soldado nazi. Con una sensación de ironía y con lágrimas en los ojos, me las calcé. Eran demasiado grandes, pero tenía los pies hinchados y al menos con las botas estarían cubiertos. No podía pagarle las botas. El dinero no existía entre los partisanos y desde luego yo no tenía nada. Creo que me dio las botas como un gesto de agradecimiento por haberles entregado mi abrigo para cubrir al caballo.

Se estaba poniendo el sol. Cuando llegamos a la base partisana ya había oscurecido. Solo la luna nos regalaba algo de luz. Mientras permanecía agotada junto al carro, una mujer joven y alta llamada Tania se me presentó en ruso. Me dijo que era enfermera y que yo trabajaría con ella.

Tania me explicó: «Tenemos muchos heridos y hay mucho trabajo por hacer. Pero ahora mismo has de descansar. Debes de estar agotada».

Le pregunté en voz baja: «¿Dónde me acuesto?» Estábamos en medio del bosque sin construcción de ninguna clase en las cercanías. Ella se apresuró a responder: «Puedes dormir aquí mismo. El bosque es

grande. Busca un lugar cualquiera y túmbate a dormir».

Me acosté bajo un árbol alto y viejo. Sus prominentes raíces presionaban contra los huesos de mi cuerpo de cuarenta kilos. Era incapaz de dormir. Cobré conciencia de que, a partir de entonces, mi cama sería la hierba, mi techo el cielo y mis paredes los árboles. Intenté arroparme con mi abrigo, que me habían devuelto. Estaba empapado del sudor del caballo. El hedor era casi insoportable.

¿Era suficientemente dura para soportar aquellas condiciones de vida? ¿Sería lo bastante fuerte como para seguir el ritmo de los partisanos en una misión? La mayoría de ellos estaban entrenados para luchar y habituados a vivir en esas condiciones. Cerré los ojos y recé: «¡Oh, Dios mío! Dame la fuerza y el coraje para afrontar todo esto, y dame vida y salud para ser capaz de realizar mi labor».

Me sentía agradecida por estar viva y era consciente de la suerte que tenía de hallarme entre los partisanos y lejos de los asesinos nazis. Sabía que muchas chicas judías se sentirían felices de estar en mi lugar. El ciclo de mi vida había girado. No más esclavitud, no más ojos clavados en mí, no más amenazas. Aunque mi vida seguía corriendo peligro, volvía a sentirme humana. El dolor físico y emocional acechaba, como lo hacían el hambre, el sufrimiento y la primitividad de nuestra existencia. Pero estaba viva. Tendría que aprender a adaptarme.

Ahora tenía un arma en la mano. Aprendería a disparar, a apuntar al enemigo. Ahora, si el enemigo me apuntaba con su arma, yo podía devolver el tiro. Tenía la oportunidad de vengar la sangre de mi madre, mi padre, mis hermanas, mi hermano y los dos hijos de mi hermana. No tenía miedo de que me matasen. Responsable solamente de mí misma, ya no tenía mucho que perder exceptuando mi vida. Estaba preparada para hacer todo cuanto estuviera en mi poder para ayudar a los partisanos en su lucha contra nuestro enemigo común. Estaba orgullosa de unirme a las filas de los combatientes por la libertad que vivían y luchaban en territorio ocupado.

También me daba fuerzas el hecho de saber que era uno de los miles de jóvenes judíos entre los partisanos. Eran judíos de ciudades y granjas, judíos de pueblos y aldeas, hombres y mujeres jóvenes educados en una tradición de aprendizaje y cultura para respetarse los unos a los otros. Eran un pueblo amante de la paz que no sabía nada de la guerra. Eran pocos los que habían manejado un fusil alguna vez; ahora se veían forzados a luchar por sus vidas. Arrancados de las vidas que antaño habían conocido, se levantaban y luchaban como leones.

Los jóvenes partisanos judíos eran conocidos como los más osados de todos.

Recuerdo que antes de la guerra, cuando algún oficial polaco se presentaba en nuestra casa y apoyaba su rifle en la esquina de la sala, yo me mantenía lo más alejada posible de él. Mis padres me habían enseñado que un rifle significaba peligro. Pero ahora un rifle era un amigo. Significaba supervivencia, venganza y autodefensa.

Un destacamento partisano en la Rusia Blanca.

Nunca había soñado que llegaría a pensar de esa forma. Jamás había esperado sostener un fusil, y no solo sostenerlo, sino también aprender a desmontarlo y limpiarlo a diario. Aprendí todo eso y más, con el fin de que el rifle que yacía a mi lado en el suelo mojado funcionase cuando lo necesitara. Entre los partisanos, un rifle era un pasaporte; era asimismo mi almohada. Mientras continuase la guerra, jamás me separaría de él. Resolví ofrecerme voluntaria para las operaciones de combate activo, para luchar por mi pueblo —por la dignidad y el honor de los judíos— y por el fin de la máquina de matar nazi.

*

Fui partisana desde septiembre de 1942 hasta julio de 1944, cuando fuimos liberados por el ejército soviético. Éramos guerrilleros que luchábamos principalmente en operaciones de combate sobre el

terreno a pequeña escala, peligrosas pero sumamente efectivas a la hora de hostigar al enemigo. Destruíamos vías férreas, volábamos trenes enemigos cargados de municiones y alimentos destinados a la línea del frente. Destrozábamos carreteras, tendíamos emboscadas, atacábamos ciudades y pueblos ocupados por los nazis. Demolíamos puentes y fortificaciones, cortábamos las comunicaciones y las líneas de suministro a las tropas enemigas. Participábamos en la contrapropaganda e intentábamos conseguir el apoyo de la población local. Nuestro objetivo era poner todos los obstáculos posibles al enemigo.

Mi brigada era la Brigada Molotava. Se decía que nuestra brigada contaba con los mejores y más disciplinados luchadores de la provincia de Minsk. Estaba integrada básicamente por oficiales y soldados soviéticos experimentados, que habían huido de los campos de prisioneros nazis. Otros eran soldados que habían permanecido en los pantanos de Polesia y las aldeas circundantes cuando el ejército soviético se había retirado en el verano de 1941. Se habían quedado en el territorio ocupado con el fin de librar la guerra de guerrillas contra los nazis. Nuestra brigada, comandada por Misha Gerasimov, constaba de más de dos millares de combatientes. Bajo nuestra brigada había nueve destacamentos. Pocos miembros eran identificables como judíos. Quienes lo eran lo guardaban para sí mismos. Cuando yo ingresé, éramos ocho mujeres, dos de nosotras enfermeras.

Nuestra base estaba ubicada en los bosques de Polesia entre Pinsk y Lenin. El área llegó a albergar cinco brigadas bajo el mando de Vasily Zakharovich Komarov (Korzh) y Alexei Yefimovich Kleschov. Komarov, un veterano de la guerra civil rusa natural de Pinsk, figuraba entre los primeros que organizaron grupos partisanos en la zona de Lyuban, Lenino Zhitokovichi, Starobino y Pinsk. Kleschov fue el primer secretario del Partido Comunista en la provincia de Pinsk. La *Sodjenie* Komarov/Kleschov, como nos llamaban, era una fuerza que había que tener en cuenta. Más al oeste, en torno a Brest-Litovsk, funcionaba otro grupo de brigadas comandadas por Sergei Ivanovich. Teníamos comunicación efectiva unas con otras así como con Moscú.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética tenía la organización partisana más grande, que incluía el mayor número de partisanos judíos. Se calcula que había aproximadamente doscientos mil en el apogeo del movimiento partisano soviético, y entre veinte y veinticinco mil eran judíos. En relación con la población judía, se trataba de un porcentaje desmesuradamente elevado. En lo que antaño se conocía como la Rusia Blanca, los partisanos judíos estaban a la

vanguardia de la propaganda, la resistencia y el sabotaje contra los nazis.

Al enfrentarse a la muerte en el gueto o a la deportación a un campo de concentración, muchos judíos huyeron a los bosques y las marismas en busca de seguridad. Algunos estaban resueltos a unirse a los partisanos. Muchos muchachos y muchachas judíos fueron rechazados por los partisanos por ser judíos y carecer de armas de fuego. La fuerza física y la experiencia militar eran los prerrequisitos más importantes para ser aceptado por los partisanos. Si no se cumplía alguno de esos criterios, bastaba con la posesión de un arma. No obstante, no era fácil conseguir una. Con frecuencia los gentiles eran reticentes a vender armas a los judíos. Estos tenían que recurrir a menudo a la compra ilegal, el robo o la adquisición en la batalla. Usando falsos rifles improvisados para intimidar, a veces conseguían engañar a los campesinos para que les suministrasen fusiles y pistolas.

El judío que llegaba al bosque tenía que enfrentarse a una serie de nuevas tribulaciones: la adaptación a la vida en los bosques, la búsqueda de armas de fuego, la hostilidad de aquellos partisanos que eran antisemitas, el incesante deambular en busca de comida. Existía asimismo el peligro constante de exposición al ir desarmado, crítico cuando las áreas circundantes estaban pobladas por campesinos y aldeanos hostiles. Imperaba la falta de confianza y comunicación entre los judíos y las comunidades del entorno. Ello obedecía en parte al antisemitismo y en parte al temor declarado a las represalias de los nazis por colaborar con sus enemigos judíos, partisanos y comunistas. Con excesiva frecuencia los habitantes locales se apresuraban a traicionar a los judíos.

Aquellos que eran demasiado jóvenes, enfermos o ancianos para luchar iban a ocultarse en el bosque e instalaban campamentos civiles. Algunos civiles trabajaban para los partisanos como sastres, zapateros, soldadores, panaderos, barberos y otros oficios esenciales.

Los partisanos judíos estaban comprometidos con el apoyo a esos campamentos civiles. Los protegían y con frecuencia les llevaban alimentos y ropa. Consideraban su deber salvar tantas vidas judías como les fuese posible, por más que un número elevado de civiles en los bosques incrementara el peligro de ser descubiertos. Un frecuente motivo de controversia entre partisanos judíos y gentiles era si ofrecer o no ayuda y protección a aquellos refugiados judíos.

En los bosques, los partisanos judíos se encontraban luchando contra una multitud de grupos de bandidos locales patrocinados por los nazis,

que eran especialmente antisemitas y andaban siempre al acecho de los judíos. Había varios grupos de bandidos: Acovces, Bulbovces, Bandarovces y Vlasovces por mencionar tan solo unos cuantos. Los Vlasovces, por ejemplo, eran soldados del ejército de liberación ruso, organizado por los nazis y bajo el mando del teniente general Andrei Vlasov. Un general del ejército soviético, Vlasov había sido apresado por los alemanes en el verano de 1942. Les había convencido para crear un «ejército» reclutado entre los prisioneros de guerra soviéticos. Aquel «ejército» se había organizado para luchar del bando de los nazis, derrocar el régimen comunista en la Unión Soviética y establecer un Estado ruso pronazi. El ejército de Vlasov se utilizaba para operaciones en contra de los partisanos y participaba en acciones antijudías. La mayoría de los grupos de bandidos luchaban entre sí y todos ellos mataban a los judíos.

Centenares de judíos fueron asesinados por nuestros propios partisanos soviéticos. En 1941 el movimiento partisano atravesaba graves dificultades. Abundaban los espías, los traidores y los colaboradores nazis entre la población. Muchos partisanos sufrían emboscadas y eran asesinados. En su frustración, el comandante de las unidades partisanas de Pinsk emitió una orden de matar a todo desconocido en los bosques que no estuviese vinculado a algún grupo partisano.

Los forasteros no afiliados eran fusilados de inmediato. La mayoría de ellos eran judíos que habían escapado de los guetos o los campos y se estaban escondiendo en los bosques. No pertenecían a ninguna unidad de combate porque los partisanos no les aceptaban. ¡Qué crueldad que quienes habían tenido la fortuna de huir de los nazis refugiándose en el bosque acabaran siendo fusilados como espías! A centenares de ellos les dieron muerte antes de que el comandante se percatara de su error; estaba apuntando a judíos inocentes y no a espías nazis. Para cuando quiso suspender la orden, ya era demasiado tarde para demasiada gente.

La persecución que sufrían los judíos dondequiera que fuesen —en los guetos, en los campos de concentración, en los campos de trabajos forzados— prosiguió incluso en el seno del movimiento partisano. Todos los partisanos, tanto judíos como gentiles, se enfrentaban a los mismos riesgos básicos en misiones peligrosas. Pero los judíos afrontaban además complicaciones irresolubles. Tenían que demostrar su valía en la batalla ofreciéndose voluntarios para las misiones más peligrosas. Entre los partisanos al igual que entre los nazis, el judío estaba sujeto a la responsabilidad colectiva. El fracaso de un partisano judío era el fracaso de todos los judíos, pero sus triunfos se

consideraban mérito del destacamento y de su comandante.

Los partisanos judíos se hallaban bajo escrutinio permanente y en una lucha constante por justificar su derecho a luchar. Si un judío era valiente y caminaba a la cabeza de la fila para ser el primero en atacar, los antisemitas decían: «¡Oye! ¿Por qué vas delante? ¿Acaso eres mejor que nosotros? ¡Te has puesto al frente!» Si el combatiente judío se quedaba atrás, decían: «¡Oye! ¿Por qué te quedas detrás? ¡Debes de ser un cobarde!» No había nada peor entre los partisanos que ser etiquetado de cobarde.

Armonía en la muerte. Partisanos judíos y gentiles enterrados en una tumba; 1943.

Pese a los problemas de antisemitismo en el seno de la organización partisana, los partisanos judíos luchaban heroicamente. Con frecuencia llegaban a ser líderes en los bosques: los judíos estuvieron a la cabeza de aproximadamente doscientas bandas de partisanos. Los judíos participaron en muchas de las organizaciones soviéticas clandestinas, si bien con frecuencia no abiertamente como judíos. Los partisanos judíos murieron asimismo en un número mucho mayor que sus compañeros gentiles.

7. Enfermera, soldado y fotógrafa partisana

Me nombraron enfermera de nuestra unidad partisana de la Brigada Molotava. Sin formación médica alguna, no era tarea fácil. Aunque en un principio los partisanos me habían aceptado porque sabían que mi cuñado había sido médico y habían supuesto que yo tendría destrezas médicas, lo cierto es que carecía de toda formación o experiencia médica.

Mi primer reto consistió en superar mi temor y mi aprensión a la sangre y a las heridas abiertas. Antes de poder aprender cuanto precisaba saber sobre el oficio, tenía que acostumbrarme a ocuparme de los heridos, los enfermos y los moribundos. Trataba de imaginarme a mí misma tumbada en el suelo, acribillada a balazos. ¿No desearía acaso que alguien cuidara de mí y vendara mis heridas sangrantes? Solo mediante semejantes imágenes podía hallar la fortaleza para vencer mis miedos y aprender a atender a los heridos.

Recibí capacitación práctica del doctor principal de nuestra brigada, Ivan Vasilievich. Originario de Rusia oriental, había sido mayor del ejército soviético y se había formado como veterinario. Llegó a ocupar su posición de médico debido a la escasez de doctores entre los partisanos. Pocos médicos gentiles estaban dispuestos a dejar a sus familias y participar en la difícil y peligrosa vida de los partisanos. Era mucho más seguro y cómodo ejercer en los pueblos y en las ciudades. Ni que decir tiene que los médicos judíos tenían una motivación mayor para unirse a los partisanos. Esa era una manera de escapar de los nazis. Pero demasiados doctores judíos, como mi cuñado, habían sido asesinados ya por los nazis. Por consiguiente, no era de extrañar que nuestro doctor principal fuese un veterinario; al menos había recibido formación en medicina.

A veces, la capacitación veterinaria de Ivan Vasilievich venía de perlas. Una mañana, el cocinero me preguntó qué podía preparar para los heridos. Yo señalé un cordero despellejado y lavado que colgaba de un árbol. El cocinero lo miró y lo rechazó; el cordero estaba cubierto de gusanos. Cuando se lo conté a Ivan, se le iluminó el rostro. Dijo con una sonrisa: «Voy a examinar esa carne. Ya sabes que soy veterinario. Sé más de animales que de personas». Examinó el cordero colgado y volvió enseguida a hablar con el cocinero. «No te preocupes,

puedes cocinarlo. Este tipo de gusano solo infesta la carne fresca». El problema estaba resuelto. El cocinero sacudió los gusanos y procedió a preparar una buena comida a los partisanos heridos.

Ivan era muy amable y paciente conmigo y se convirtió en mi mentor y mi amigo. Yo le recordaba a su hija, que tenía aproximadamente mi edad. Él apreciaba mi fiabilidad y sentía que podía contar conmigo. A cada oportunidad, Ivan me enseñaba todo lo que podía sobre medicina, brindándome una capacitación médica intensiva sobre cómo tratar y lidiar con toda clase de heridos.

Faye atendiendo a un partisano herido durante una incursión.

Ivan me enseñaba asimismo muchas cosas relacionadas con la supervivencia, con cómo actuar y qué decir para ser aceptada por los partisanos. Era uno de los pocos oficiales soviéticos que no era antisemita. Esos consejos, y el propio Ivan, me salvarían la vida en numerosas ocasiones.

Ivan Vasilievich ocupaba una posición de prestigio en nuestra brigada y asistía con frecuencia a reuniones en el cuartel general de esta. Conocía a todos los oficiales y sus secretos oficiales: qué estaba pasando, quién iba a ser elogiado, quién estaba en la lista negra.

Hubo una ocasión en la que yo misma fui blanco en esa lista negra. Corrió un falso rumor de que tenía joyas de oro que estaba ocultando

al comandante y, por ende, al gobierno soviético. Durante aquellos difíciles años de la guerra, la gente mataba por un reloj, un anillo, una pulsera, una cadena o cualquier cosa de oro. Yo sabía que era mucho más seguro no poseer oro. Ivan me apoyó diciéndoles a los mandos: «Ella se ha distinguido haciendo sacrificios personales y ayudando a nuestros camaradas partisanos ante el peligro». Él mismo se hizo responsable de mí, garantizando que yo no tenía oro. De algún modo Ivan logró persuadir a los mandos de mi integridad. Le sigo estando agradecida por su ayuda, su devoción y su amistad, así como por su contribución excepcional al enseñarme a curar a las personas.

Con la ayuda de Ivan, pronto me sentí capaz de cuidar de los partisanos heridos en cualquier parte del cuerpo, por cualquier tipo de bala, metralla o proyectil. Una herida causada por una bala que atravesaba limpiamente el cuerpo para salir de nuevo no era demasiado mala. Pero cuando la bala se alojaba en el cuerpo, la situación era mucho más grave y teníamos que operar. La circunstancia más difícil era cuando una bala explosiva alcanzaba el cuerpo y arrancaba partes de la carne. La medicación era muy limitada en el bosque. El agua salada era el único desinfectante disponible para los heridos. Por consiguiente, nunca podíamos reservar sal para cocinar. El vodka era el principal anestésico.

Siempre había una tremenda escasez de vendas. Con tantos partisanos críticamente heridos, con frecuencia tenía que usar sábanas rasgadas en tiras para los vendajes. Cuando se ensuciaban, las lavaba y las esterilizaba en un cubo de agua hirviendo sobre la fogata. Tenían que utilizarse una y otra vez. Desgraciadamente ni siquiera había siempre sábanas disponibles. Todo aquello no estaba mal cuando el tiempo era templado y seco. El invierno, cuando hacía un frío glacial, o los días lluviosos de verano, planteaban otros problemas.

La mayor dificultad surgía cuando teníamos que trasladar a los heridos a lugares más seguros durante un ataque de los nazis. Teníamos que moverles muy deprisa y metódicamente, siempre con poca antelación. Había personas encargadas de ayudar a los heridos; a veces contábamos con carros tirados por caballos. A menudo yo estaba a cargo de todo el procedimiento, pues conocía mejor las capacidades de los heridos.

Dado que Ivan rotaba entre varios destacamentos, a menudo me dejaban sola con los heridos sin la presencia de ningún médico. En situaciones de emergencia, extraía balas, cosía la piel, limpiaba las infecciones y cambiaba los apósitos. Incluso me convertí en cirujana. Todas las operaciones se realizaban al aire libre, con una «mesa de

quirófano» fabricada con ramas cortadas de los árboles.

Recuerdo que, en cierta ocasión, había un partisano llamado Pavel, al mando de un destacamento, que había recibido un disparo en el dedo. Había perdido toda la carne y la piel del dedo, y solo asomaba el hueso. Como la herida no sanaba, tuve que usar mi sentido común. Pensé que, si cortaba el hueso, la carne y la piel sanarían más tarde, y eso fue lo que hice. Mientras mi paciente yacía sobre la hierba, le di un montón de vodka y le emborraché hasta perder el conocimiento. Entonces cogí unos alicates que había esterilizado en agua hirviendo y empecé a cortar el hueso. Aquello no funcionaba satisfactoriamente. A mitad del proceso, retiré los alicates y rompí el hueso con los dientes. Pavel no emitió sonido alguno, pero caía un sudor frío por su rostro. La operación fue un éxito. Pavel se recuperó rápidamente y su herida se curó.

A veces mi trabajo era más tedioso que difícil. Otro partisano había recibido un disparo en el cuello. La bala había explotado, arrancando toda la carne bajo el mentón y dejando un agujero en su cuello. Sus dientes y su mandíbula inferior se habían dislocado. El pobre hombre yacía sobre la hierba en agonía, incapaz de moverse, con sus vendajes empapados de sangre. El olor de la sangre atraía las moscas hacia él como un imán, y me senté a su lado a espantar las persistentes moscas. No podía parar de abanicarle ni siquiera un instante. Resultaba difícil permanecer sentada agitando mi mano por encima de su cara durante horas y horas. Me quedé sentada con él varios días y noches, manteniendo alejadas las moscas, tratando de mantener alta su moral. De vez en cuando alimentaba a mi paciente con yemas de huevo, gota a gota, para darle fuerzas. Con frecuencia la comida no bajaba por su garganta cuando tragaba, sino que se salía por el agujero de su cuello.

Mis compañeros, viendo lo cansada que estaba, me ofrecían su ayuda y me relevaban a ratitos. Las enfermeras inspirábamos un respeto especial entre los partisanos. Mis compañeros sentían también lástima de mí, aunque yo no me quejara. Sabía que, por duro que fuera mi trabajo, mi malestar no era comparable a la agonía de mi paciente. En cierta ocasión había llegado a hacerme un gesto para que le diese un arma; quería quitarse la vida. Cuando recobró fuerzas, Ivan Vasilievich fue capaz de operarle con la ayuda de Tania y la mía propia. Fue una operación complicada. La mandíbula inferior volvió a colocarse en su sitio y se mantenía alineada con alambre. Mi paciente se recuperó y volvió a ser un valiente partisano.

Faye ayudando en una operación. Ya había atendido al partisano de la cara vendada en segundo plano.

Dada mi falta de experiencia, por no mencionar los recientes horrores que había sufrido, ayudar en una operación o cambiar los apósitos a un partisano herido suponía una prueba enorme para mis nervios. Bajo semejante tensión emocional, mi mente comenzaba a vagar y perdía el sentido de la realidad. Súbitamente veía ante mis ojos imágenes extrañas y horribles: mi padre desangrándose hasta morir o mi madre con el cuello atravesado por un disparo. La sangre de las operaciones en las que yo participaba se convertía en la sangre de mis hermanas y hermanos retorciéndose torturados. ¿Habrían recibido disparos en las mismas partes del cuerpo? ¿También habrían sangrado tanto? Cerraba los ojos durante algún tiempo y mi mente regresaba a las tres fosas en las que había sido asesinada mi familia. ¿Cuáles de

mis familiares habrían sido los primeros en morir? ¿Habría visto mi hermana cómo disparaban a mi madre o habría tenido que presenciar la muerte de mi hermano de doce años? Dentro de un año, mi hermano pequeño, a quien tanto quería, habría celebrado su *bar mitzvá*. Todo aquello desfilaba por mi mente, y muchas cosas más.

Un grito de dolor del paciente me hacía regresar a la realidad. Volvía a habitar el presente; había un partisano herido que necesitaba mi ayuda. De vuelta a las realidades prácticas de la vida partisana, continuaba cuidando de los heridos. Gracias a Dios había poco tiempo para ensoñaciones. Mi trabajo me mantenía preocupada.

En aquel otoño de 1942, mi primero entre los partisanos, estuve cuidando a otro partisano gravemente herido. El «médico» a cargo a la sazón —creo que antes de la guerra era solo un estudiante de medicina— le señaló y dijo: «Hay que lavar a este partisano». Yo respondí: «Camarada Doctor, ¿cómo puedo lavarle? Tiene fiebre. Hace frío, sopla mucho viento y no hay ningún refugio». Era finales de otoño; hacía días que las hojas habían caído de los árboles. «No importa, lávale». Se trataba de una orden. No había nada más que decir. Tenía que obedecer a mi superior.

Mientras lavaba a mi paciente, este comenzó a temblar. Su temperatura subió bruscamente. Pasó toda la noche ardiendo y delirando. A la mañana siguiente se calmó. Mientas le colocaba el termómetro bajo el brazo, me dijo: «Aprecio y le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Sé lo mucho que se preocupa. Nunca la olvidaré». Al cabo de diez minutos, volví a quitarle el termómetro. Estaba muerto.

Me asusté y salí corriendo a contárselo al médico. Jamás regresé junto al muchacho muerto porque no podía soportar enfrentarme a él. Le enterraron con el termómetro bajo el brazo. Me había olvidado de sacárselo y me quedé sin él.

*

Además de mis responsabilidades como enfermera, era también una soldado partisana, siempre dispuesta para las misiones de combate. Cuando oí que los partisanos iban a hacer una nueva incursión en Lenin, me presenté voluntaria de inmediato. Cuando estuviese en Lenin, confiaba en recuperar mi cámara y todo mi material fotográfico, y poder retomar así mi trabajo como fotógrafa. Registraría las actividades de los partisanos. Tan importante para mí, si no más, era la oportunidad de encontrar las fotografías de mi familia, que

había escondido en mi casa en una de las cajas de material fotográfico sin revelar.

Partimos de nuestra base al atardecer. Tras largas horas de caminata nocturna, llegamos a las afueras de la ciudad y nos dividimos en pequeños grupos. Cada grupo debía atacar una de las casas estratégicas ocupadas por los nazis. Todavía reinaba la oscuridad. Avanzamos asegurándonos de pasar desapercibidos. Entonces llegó la orden de atacar: un disparo, una fuerte voz que exclamó «¡Fuego!» Nuestros fusiles tronaron quebrantando el silencio de la noche. Hubo explosiones, una cacofonía de ondas sonoras, disparos de armas mezclados con los gritos de centenares de partisanos. El enemigo respondió abriendo fuego erráticamente.

Transcurrida una hora eterna, el tiroteo se fue apagando a medida que el enemigo se batía temporalmente en retirada. Ese era el breve lapso de tiempo del que disponíamos para hacer acopio de los suministros que necesitábamos. Entonces me apresuré a entrar en mi vieja casa para rescatar mi material fotográfico; se había esfumado. Conjeturé que Marisha, mi ayudante, habría «heredado» todas mis posesiones. Resuelta, pedí a dos de mis amigos partisanos que me acompañaran a la casa de sus padres. Allí mi desasosiego se tornó alivio. No fue preciso entrar en la casa de Marisha; su madre había sacado a la acera todo el material fotográfico, incluida mi cámara. Debió de haber adivinado que, cuando los partisanos atacaran la ciudad, yo regresaría para buscarlo. Aunque la madre de Marisha estaba dispuesta a ayudarme a reclamar mis posesiones, la propia Marisha había huido con los nazis; otra colaboradora.

Faye haciendo prácticas de tiro; principios de 1943.

Me sentía agradecida por haber recuperado mis fotografías familiares, mi cámara y mi material fotográfico, incluidos los productos químicos necesarios para fabricar mi propio revelador. Por aquel entonces no existía tal cosa como un revelador ya preparado. Yo sabía de memoria la fórmula para mi propio revelador: los seis ingredientes, su cantidad y su secuencia. Los ingredientes del revelador estaban grabados en mi mente. Mi vida había dependido de ello.

Mientras reunía mi equipo fotográfico delante de la casa, se me acercó una mujer desconocida. Me entregó un abrigo de piel de leopardo que los nazis me habían quitado. Aunque yo no la conocía, evidentemente ella sabía quién era yo. Había comprado aquel abrigo cuando Lenin estaba todavía bajo el dominio soviético. Había llegado desde Rusia una remesa de abrigos de piel de leopardo. Aunque en aquel momento el rescate del abrigo se me antojó harto menos importante que la recuperación de mi material fotográfico, avanzado el invierno en el bosque sería aquel abrigo el que me calentaría. Era un buen abrigo,

ligero y resistente.

Cuando regresamos a nuestra base, mi problema fue pensar cómo mantener a buen recaudo en el bosque mi equipo fotográfico. Andábamos continuamente de acá para allá, de misión en misión. Cada dos por tres nuestro cuartel general sufría algún ataque y teníamos que dispersarnos en grupos pequeños en diferentes direcciones, y hallar nuevos lugares donde instalar el campamento. Cuando el enemigo se largaba, regresábamos por fin a nuestra base, que era el punto de encuentro para reunirnos con el resto de nuestra brigada.

Resultaría imposible cargar con todo mi equipo de un lado para otro. Mi rifle, mi pistola y mi granada pesaban ya lo suficiente. Llevaba además mi maletín médico con todo mi material, las vendas limpias y el agua salada para ser usada como desinfectante para los heridos. La única solución pasaba por dejar todo mi equipo fotográfico enterrado en el suelo cada vez que tuviéramos que cambiar de ubicación durante un breve período. El resto del tiempo el equipo se guardaba bajo tierra en uno de los búnkeres del cuartel general.

Siempre recibía ayuda con mi equipo de mis compañeros partisanos. Estos querían que pudiese hacer fotografías durante las treguas en el combate. De hecho me ordenaban que tomase fotos. Mi propio comandante, Misha, me amenazó en cierta ocasión: «Más te vale que sea una buena fotografía; de lo contrario lo lamentarás». A veces se esperaba que yo misma saliese en la foto. En tales casos preparaba la cámara, enfocaba y le pedía a alguien que apretase el botón.

En el transcurso de mis dos años con los partisanos, hice más de un centenar de fotografías. Las revelaba en las condiciones más primitivas. No disponía de cuarto oscuro ni de laboratorio fotográfico, pero me las ingeniaba con la ayuda de mantas para revelar la película sobre el terreno. Tumbada sobre la hierba en verano o sobre la nieve en invierno, no era tarea fácil, pero había estado practicando la fotografía desde niña y siempre hallaba una manera de que funcionase. Todo cuanto necesitaba era un momento de calma en un lugar sombreado y apartado de todos para no ser molestada.

*

Las incursiones partisanas sobre Lenin eran frecuentes. Otro grupo se estaba preparando para atacar el cuartel general nazi en mi ciudad. Una vez más me ofrecí voluntaria para acompañarles. Había recuperado mi equipo fotográfico, pero con tantos partisanos heridos,

necesitaba desesperadamente más suministros médicos.

Tras el habitual ataque sorpresa y la retirada temporal de los nazis, entré en una de las casas que los enemigos acababan de abandonar. Eché un rápido vistazo a mi alrededor y mis ojos detectaron una caja de cartón de preciosas vendas blancas. Estaba encantada y agarré rápidamente la caja, pensando que tendría vendas para mucho tiempo. Pero, por desgracia, cuando regresé a nuestra base, descubrí que se trataba de vendas para escayolas. Suaves cuando estaban húmedas, al secarse se endurecían como piedras. Tenía que lavar el yeso para poder usarlas.

Cuando volvimos a nuestra base, me percaté de que quitar el yeso no sería una tarea fácil. Necesitaba agua. El río estaba a media hora a pie desde nuestra base y el camino no era muy seguro. Fui por agua y comencé a lavar las vendas. Al restregar vigorosamente los vendajes se me pelaron las palmas de las manos y quedó expuesta la carne. Cuando terminé mi tarea, tenía las manos doloridas, pero no les presté mucha atención. Era hora de cambiar los apósitos a los partisanos heridos. Las vendas estaban limpias, pero tenía la mano inflamada.

Al cabo de unos días, una noche era incapaz de dormir. Mi mano palpitaba violentamente y tenía todo el brazo hinchado. Sabía que tenía fiebre. Mi frente estaba caliente y sentía escalofríos. Evidentemente, el pus de los partisanos heridos a los que estaba atendiendo había penetrado en la carne abierta de mi palma y me había infectado todo el brazo. No existían los guantes de goma. Tenía un dolor terrible y estaba frenética. ¿Qué iba a ser de mí? ¿Debía comunicar a las autoridades por la mañana que estaba enferma? No era una buena idea. Era demasiado arriesgado. Recordaba que, unas semanas atrás, uno de los partisanos judíos tenía un dolor terrible en un dedo. Sentía que no podía apretar el gatillo de su fusil y se negó a participar en una misión. Como las autoridades no creyeron que estuviese gravemente herido y pensaron que estaba eludiendo su responsabilidad, le fusilaron.

Aterrorizada, tenía miedo de enfermar gravemente sin que nadie lo supiera. Había ayudado a una infinidad de enfermos. Ahora necesitaba ayudarme a mí misma. Me levanté de la hierba mojada en la que estaba tumbada y caminé de acá para allá, alzando la vista al cielo en busca de consuelo. La luna llena arrojaba su luz entre las largas sombras de los altos árboles. Fui en busca de mi botiquín y saqué un cuchillo afilado, que lavé varias veces con alcohol. A la luz de la luna, podía ver dónde tenía que abrir la llaga inflamada. Tenía los labios apretados, pero los ojos bien abiertos. Abrí la bolsa de pus. Con la

salpicadura, mis rodillas colapsaron. Tuve que tumbarme, pero no grité. Poco después caí dormida durante toda la noche. Por la mañana me sentía mucho mejor. El dolor, la fiebre y la hinchazón habían desaparecido. Las heridas sanaban muy deprisa en los bosques.

Siempre estaba más cansada que los demás. Habitualmente, cuando finalizábamos una misión y parábamos a descansar, todos se iban a dormir excepto los que estaban de guardia y yo. Era la hora de atender a los heridos, cambiar sus apósitos y darles de comer.

En una misión, estaba tan agotada que caí dormida mientras caminaba y me choqué contra un poste de madera. Me había hecho daño, pero tuve que ignorar el dolor pues necesitaba alcanzar al resto del grupo. Transcurrieron un par de días antes de que tuviera oportunidad de quitarme el lodo del que estaba cubierta. Cuando me limpié la mano, fui capaz de ver una astilla tan grande que estuve a punto de desmayarme. Tenía que extirparla. Cogí unas pinzas de mi botiquín, las lavé en alcohol y saqué la astilla. Después de todos estos años, aún conservo una marca azul en la mano del alquitrán negro con el que estaba pintado el poste y que había penetrado en la carne de mi mano. Ahora soy consciente de lo fatigada que debía de estar para no haber sentido dolor alguno cuando choqué con aquel poste.

Jamás conté a nadie esos percances personales. Estaba completamente sola y únicamente podía confiar en mí misma. A mis diecinueve años, continué tomando por mi cuenta esas decisiones de vida o muerte. Me sentía terriblemente sola y abandonada. A veces no me importaba lo que pudiera ocurrirme, pero la mayor parte del tiempo recordaba que quizá fuese la única superviviente de mi familia. Solo a través de mí continuaría viva su memoria. Ese pensamiento era lo único que me daba fuerzas para seguir adelante.

8. Mis hermanos como partisanos

En realidad yo no era la única superviviente de mi familia. El 14 de agosto de 1942 —el mismo día en que había tenido lugar la liquidación del gueto de Lenin—, cuando los trabajadores de Gancevich acabaron su jornada, un oficial nazi les informó de lo que había sucedido en su ciudad natal. Recibieron con conmoción la noticia de que la comunidad judía entera —sus madres, padres, hermanos, hermanas, esposas e hijos— habían sido asesinados.

En Gancevich, los prisioneros habían sido forzados a realizar duros trabajos en las peores condiciones posibles. Estaban hambrientos, sedientos, infestados de piojos y hacinados cuarenta o cincuenta en una habitación. Muchos habían pensado en escapar al bosque y unirse a los partisanos. Pero habían sido advertidos de que, con que faltase un solo trabajador, matarían a sus familias en el gueto. Pese a las condiciones inhumanas, no estaban preparados para arriesgar las vidas de sus familias. Ahora ya no había nada que les retuviese en Gancevich, nada más que perder. La mayoría de los trescientos hombres huyeron inmediatamente a los bosques. Se dirigieron al este, hacia el territorio partisano, ajenos a los tiros a sus espaldas. Entre ellos estaban mis dos hermanos mayores, Moishe y Kopel.

Los nazis pusieron en marcha al instante una operación de busca y captura. Los veinte obreros que habían estado trabajando en el momento de la fuga y habían quedado atrás fueron asesinados por los nazis como chivos expiatorios.

Estaba atardeciendo y la oscuridad se adueñaba del bosque. Los fugitivos hicieron una pausa para orientarse. Se organizaron en grupos más pequeños. De ese modo, podían dispersarse y pasar más desapercibidos. Su objetivo era llegar y unirse a las unidades de partisanos.

Entre ellos estaba un hombre respetado llamado Dvorin, que deseaba organizar un grupo. Antes de la guerra, Dvorin había sido un adinerado e influyente hombre de negocios. Era perspicaz y competente, y tenía mucha experiencia de la vida. Gracias a sus viajes de negocios, estaba muy familiarizado con el campo circundante. Sus relaciones comerciales le habían convertido en un hombre respetado y valorado por los granjeros y campesinos de la región.

Dvorin le pidió a mi hermano Kopel que se uniese. En un principio, Kopel se sintió halagado de que Dvorin le hubiese escogido. Luego recordó que había tenido un sueño unos días antes en el que había sido advertido de que evitase a Dvorin. Resultaba extraño, pero de algún modo recordaba aquel sueño y decidió no incorporarse al grupo de Dvorin. En vez de ello, Kopel escapó junto con mi hermano mayor Moishe. El sueño resultó ser premonitorio. Los integrantes del grupo de Dvorin fueron capturados y ahorcados posteriormente.

Entre los fugitivos había cinco hermanos que habían sido vecinos nuestros en Lenin. Eran una familia muy unida y habían permanecido juntos durante la fuga de Gancevich. Su grupo también fue capturado el mismo día. Los nazis obligaron a cada hermano a ahorcar al otro, uno a uno. Muchos otros fueron capturados aquel día, pero la mayoría lograron escapar. Mis dos hermanos figuraban entre los supervivientes.

Como todos los judíos refugiados en el bosque, sus vidas estaban constantemente en peligro. Mis hermanos tenían que enfrentarse a un entorno extremadamente hostil sin comida, ropa de abrigo ni armas. No tenían armas y Moishe carecía de experiencia militar. Sobrevivieron seis semanas de lucha y rechazo por parte de varios grupos partisanos, hasta que al fin fueron aceptados en diferentes unidades partisanas. Hubieron de separarse porque era más fácil ser aceptado a título individual.

Me habían llegado noticias de la fuga de Gancevich y estaba desesperada por averiguar si mis hermanos seguían con vida en algún lugar entre los partisanos. Estaba especialmente preocupada por Kopel debido a su mala salud y a su religiosidad. Las creencias religiosas no eran precisamente una credencial para los partisanos soviéticos. En noviembre de 1942 me enteré de que un grupo de partisanos de mi unidad estaban a punto de emprender una misión. Pedí a Tania, que iba a unirse a ellos, que preguntara por mis hermanos dondequiera que fuese. Sabíamos que era como buscar una aguja en un pajar, pero prometió hacerlo por mí.

A su regreso, Tania traía buenas noticias. Había preguntado por mis hermanos a todos los partisanos con los que se cruzaban. Al fin habían dado con un grupo de partisanos llamado Brigada Voroshilava, en el que estaba de guardia mi hermano Kopel. Ella le informó de que yo estaba viva y en su brigada. Tania regresó con una nota de Kopel, que confirmaba que seguía con vida y gozaba de buena salud.

Estaba tremendamente agradecida de que Kopel estuviese vivo. Estaba

desesperada por verle, por hablar con él y contarle lo que le había sucedido a nuestra familia, cómo les habían matado, y por compartir con él los detalles de lo que los nazis habían perpetrado en toda la ciudad. Quería que llorásemos juntos por ellos. No podía seguir guardándomelo para mí sola; necesitaba compartir nuestra tragedia.

No tuve que esperar mucho tiempo. Otro grupo partía hacia el este en una misión y esta vez me dejaron acompañarles. Antes de partir le pregunté a mi comandante si aceptaría a mi hermano en nuestra brigada. Él me contestó: «Si tu hermano es un trabajador tan bueno y un partisano tan valiente como tú, puedes traerle». Yo estaba feliz y agradecida. Nuestra misión incluía una parada a treinta kilómetros de la base de mi hermano, donde teníamos que volar un pequeño puente. Cuando completamos nuestra tarea, fui en busca de mi hermano.

Podía haber ido yo sola, ya que su base estaba cerca. Tenía un rifle, una pistola y siempre llevaba una granada en mi cinturón con la que inmolarme si iban a capturarme viva. Los partisanos judíos solían ser ahorcados en público tras un interrogatorio bajo tortura. Por ese motivo ningún partisano judío se permitía caer vivo en manos nazis. Era preferible quitarse la vida con una granada de mano.

Como judía y como mujer, tenía que extremar las precauciones, incluso con mis propios partisanos. El mero hecho de viajar por mi cuenta daría a los antisemitas de nuestro grupo la oportunidad de acusarme de ser una espía. A fin de evitar sospechas, pedí a un compañero que me acompañara. Nuestra partida estaba prevista para el amanecer.

Mientras me preparaba para dormir, otro partisano me llevó aparte. Me susurró que mi futuro acompañante planeaba asesinarme en el bosque. Me sentí terriblemente agitada. Me enfrentaba una vez más a una decisión de vida o muerte. Hasta donde yo sabía, mi compañero era digno de confianza. Mis instintos me decían que confiara en él. Le conocía tan bien como a su acusador. Tal vez este estuviese mintiendo. Si no iba con él por la mañana, no sería capaz de ver a mi hermano. Y, si efectivamente intentaba matarme, en fin, yo también tenía un fusil.

Decidí ir con él. Partimos al alba. Durante el camino, yo no perdía de vista sus manos. Vigilaba todos sus movimientos. ¿Podía ser cierto que quisiera matarme? ¿O acaso el otro partisano me había gastado una broma cruel? Fue un largo camino a través del bosque, porque teníamos que tomar rutas alternativas que supiésemos que serían seguras. Para cuando llegamos al destacamento de mi hermano, casi

había oscurecido. Y me constaba que se había tratado de una broma o un engaño cruel: estaba segura con mi compañero.

Cuando me encontré cara a cara con Kopel, no cabíamos en nuestro gozo. Ambos estábamos vivos y juntos de nuevo. Ya no estaba sola. Nuestros ojos se llenaron de lágrimas de gratitud y caímos el uno en brazos del otro.

Le pregunté al comandante de mi hermano si permitiría que Kopel se uniera a mi destacamento para que pudiéramos estar juntos. Le dije que mi comandante había dado su permiso. «Dile a tu comandante que no cambiaría diez partisanos rusos por este muchacho judío —contestó—. No dejaré que se marche». Mi hermano me dijo: «Es mejor así. Puede que sea más seguro que nos separemos. Tal vez uno de nosotros sobreviva».

Antes de la guerra, mi hermano había sido un rabino devoto, pero era su servicio militar anterior para el ejército polaco lo que le servía de gran ayuda en esas circunstancias. Kopel era un fusilero experimentado, y siempre se ofrecía voluntario para los ataques y otras operaciones peligrosas. Era con frecuencia el primero en ser enviado como mensajero y el primero en la batalla. Sus compañeros de destacamento le profesaban un respeto muy merecido. No solo iba cuando se lo ordenaban, sino que también se ofrecía voluntario para ocupar el lugar de otros en misiones de exploración. Siendo totalmente observante del *kashrut*, las leyes dietéticas *kosher*, aprovechaba esas misiones para conseguir leche, queso, mantequilla, yogur y otros alimentos que podía consumir. Era algo extraordinario, pero durante todo el tiempo que permaneció entre los partisanos, Kopel logró observar el *kosher*.

Lo más importante para él era prestar apoyo a las familias judías que vivían en los campamentos civiles del bosque, en unas condiciones sumamente precarias. Kopel les ayudaba llevándoles comida y ropa, y brindándoles protección siempre que podía. No era fuerte ni alto, pero era absolutamente intrépido y arriesgaba con frecuencia su vida sin preocuparse de sí mismo.

Un campamento civil judío. Kopel (tercero por la izquierda) ayudaba a las familias llevándoles comida; 1943.

Nos sentamos juntos y comencé a hablar a Kopel acerca del gueto y los asesinatos. Antes de que pudiésemos terminar ese ansiado reencuentro, antes de que pudiésemos hallar consuelo el uno en el otro, fuimos interrumpidos por una alarma repentina. Los nazis estaban atacando. Kopel me miró. «Quién sabe si volveremos a tener otra oportunidad de encontrarnos. Adiós, buena suerte y que Dios te acompañe. Ten valor. Sé fuerte y mantente firme en estos tiempos difíciles». Con esas palabras nos despedimos.

Kopel corrió para ocupar su posición en las trincheras y para defenderse del enemigo, y mi amigo partisano y yo huimos en la otra dirección para regresar con los nuestros. Recé para que mi hermano sobreviviera al ataque nazi.

9. Raika

Los partisanos continuaron sus incursiones en Lenin, con la esperanza de que los nazis abandonasen la ciudad. Pero era de importancia estratégica y los nazis seguían retornando. Pese al coste emocional, yo participaba en aquellas incursiones, primero para recuperar mis preciadas fotografías y mi material fotográfico y más tarde para obtener los tan necesarios suministros médicos. En mi regreso final a Lenin, fui para quemar mi propia casa. Pero en el ínterin, participaba en ataques cada vez que era menester.

Tras una de aquellas incursiones en Lenin, nuestra unidad se había reagrupado y estaba lista para partir. De repente, la mujer del sacerdote, a la que conocía vagamente desde antes de la ocupación nazi, se me acercó corriendo. Estaba escondiendo a una niña judía de ocho años. Justo antes de la liquidación del gueto, la pequeña había aparecido en su puerta con una carta escrita por su madre, que rogaba a la esposa del sacerdote que salvase a su hija. La mujer del sacerdote la había acogido, pero tenía miedo de seguir alojándola en su casa. Su marido era el sacerdote ortodoxo griego que había tomado el relevo del sacerdote de edad avanzada cuyo quincuagésimo aniversario había celebrado toda la ciudad. Su esposo ya había sido enviado a Siberia y la gente estaba empezando a sospechar, pues ella estaba comprando más comida de la que necesitaba para sí misma. Aquello era demasiado peligroso. Decía tener miedo de que, si los nazis descubrían que estaba ocultando a una judía, las matasen a las dos. Sabedora de que yo era judía, me suplicó que acogiese a la pequeña.

Yo sentía que era mi deber salvar a una niña judía, pero necesitaba el permiso del comandante. Cuando hice mi solicitud, el comandante se enfureció. «¡Ya sabes que no podemos aceptar niños entre los partisanos! No sobrevivirá. Y nos pondrá en peligro al resto de nosotros». Yo sabía que era cierto lo que decía, pero, en buena conciencia, yo no podía dejar de ayudar a una niña judía. Me bastaba con pensar en mi hermanito y en mis sobrinos. Estaba dispuesta a soportar adversidades, a poner en peligro mi propia vida asumiendo plena responsabilidad por aquella criatura.

Le imploré al comandante, diciéndole que yo cuidaría de ella al igual que cuidaba de los partisanos heridos. Ella sería mi responsabilidad. Velaría por ella y la cuidaría. Mi coraje y mi insistencia debieron de haberle persuadido; acabó accediendo.

Me sentía feliz de ser capaz de salvar una vida humana. En verdad, fueron dos las vidas humanas que salvé. Consciente de que había sido vista con la niña judía, la esposa del sacerdote se mudó inmediatamente a otra ciudad. Su huida fue exitosa.

Un mes después, en diciembre de 1942, todos los habitantes rusos blancos y gentiles de Lenin, que sumaban unos cinco mil, fueron reunidos y hacinados en un gran barracón. De no haber huido, la mujer del sacerdote habría estado entre ellos. Los nazis rodearon el edificio con artillería pesada y le prendieron fuego. Cualquiera que intentase escapar era fusilado en el acto. Aquel fue el final de Lenin.

Faye y Raika (en el centro) con un grupo de partisanos heridos.

Tras la matanza definitiva de su población, todos los edificios de Lenin fueron incendiados hasta los cimientos. Aquellos que habían huido y regresado después de la guerra encontraron el sitio irreconocible, cubierto de maleza. No fueron capaces de encontrar las calles ni las casas; tan solo desolación, silencio sepulcral y tumbas. Exceptuando las malas hierbas, toda la vida de Lenin había cesado de existir. No quedaba ni rastro de nuestra preciosa ciudad ni de la buena gente que había vivido allí.

Por aquel entonces, yo ignoraba el destino de Lenin y únicamente era consciente del reto al que me enfrentaba. El nombre de la niña era Raika Kliger. Desde aquel momento estuvo conmigo todo el tiempo. Yo cuidaba de ella, salvo cuando me enviaban a diversas misiones y

Raika se quedaba en nuestra base. No era fácil incluir a una niña pequeña entre los partisanos. Causaba muchos problemas. Raika era una niña testaruda y mis expectativas sobre ella eran muy elevadas. Yo no estaba preparada para el papel de madre. A veces era más la obligación que el amor lo que me mantenía ligada a ella. Pero si pudiera elegir, volvería a hacerlo.

Mientras atendía a los heridos, Raika solía jugar en el bosque cerca de mí. Como cualquier niño de su edad, se divertía correteando y jugando a juegos de simulación. A veces traspasaba despreocupadamente las líneas de la guardia, lo cual estaba prohibido. Y con razón. Dondequiera que se estableciera una base partisana, siempre se apostaban guardias para estar pendientes de las posibles emboscadas nazis. Si veían intrusos, los vigilantes daban la voz de alarma y todos corríamos a ocupar nuestras posiciones defensivas. Por consiguiente, estaba prohibido traspasar las líneas de guardia. Pero una niña de ocho años no entendía de normas ni de peligros.

Muchos partisanos sospechaban de Raika. Concluyeron que era una espía. Algunos incluso la llamaban «Espía» en lugar de por su nombre. Y presumían con una lógica ridícula que, si Raika era una espía, también lo era yo. La «lógica» dictaba asimismo que, por consiguiente, ambas deberíamos ser fusiladas.

No obstante, yo también tenía amigos entre los partisanos que me apoyaban. Había arriesgado mi vida mil veces para combatir al enemigo y para ayudar a los heridos; sin lugar a dudas, mi lealtad era evidente para quienes estaban dispuestos a verla. De nuevo fue mi mentor, el doctor Ivan Vasilievich, quien acudió en mi ayuda. Cuando oyó rumores de que otros querían matarnos a Raika y a mí, fue a ver al comandante de nuestra brigada para poner las manos en el fuego por nosotros, jurando que no éramos espías. Una vez más le creyeron. Se levantó el estigma de traición, al menos por el momento.

Cuidar de Raika no era una tarea nada fácil. En cierta ocasión estábamos viajando por un territorio peligroso para cambiar nuestra base. Raika llevaba muchos meses conmigo. Pasamos por las casas de unos granjeros; habíamos estado caminando con dificultad por el bosque y necesitábamos parar a descansar. Era un día de verano abrasador. Sabíamos que los nazis andaban cerca y no teníamos permitido entrar en ninguna de las casas.

Cuando estábamos preparados para proseguir la marcha, me percaté de que faltaba Raika. Pregunté si alguien la había visto, pero nadie sabía nada. No podíamos continuar hacia nuestro destino sin ella. A

los partisanos no les preocupaba en absoluto el bienestar de Raika. Temían que pudiera caer en manos enemigas y revelar a los nazis información vital acerca de nosotros: cuántos éramos en nuestro grupo o en qué dirección íbamos. Semejante información permitiría a los nazis rodearnos, atacarnos y matarnos.

Era mediodía. Raika seguía sin aparecer. El sol estaba alto y hacía mucho calor. Todos estábamos empapados de sudor, fatigados y sedientos. Resultaba peligroso permanecer tanto tiempo en la zona. El comandante estaba furioso. Por supuesto, todos sabíamos que Raika era responsabilidad mía. Yo estaba frenética; buscaba por doquier a mi protegida.

Cuando estábamos a punto de rendirnos apareció Raika. La vi a lo lejos, corriendo hacia nosotros. Estaba muy asustada pensando que nos había perdido y se acercaba rauda desde la distancia. Cuando nos alcanzó, cayó al suelo inconsciente, estremeciéndose con convulsiones. Tenía la cara muy roja. Yo no sabía lo que hacer. Ivan me tranquilizó diciéndome que solo estaba sobreexcitada. Me indicó que la dejase tumbada en el suelo. Volvería en sí en un santiamén y estaría bien. Preocupada, yo aguardaba con impaciencia.

Cuando por fin abrió los ojos, le pregunté dónde había estado. Me contestó inocentemente: «Fui a una casa a pedir leche». Yo repliqué: «Ya sabías que no debías ir a ninguna parte. Has de permanecer con el grupo. Podrían haberte matado y pones en peligro al grupo entero. Y todo por un poco de leche. ¡No vuelvas a hacerlo jamás!» Ella me lo prometió, pero siempre había una primera vez para otra nueva travesura.

No obstante, no todos nuestros suplicios eran por causa de la desobediencia infantil de Raika. Un día, mientras yo andaba atareada atendiendo a los heridos, Raika estaba jugando a unos centenares de metros de mí. De repente comenzó a correr hacia mí gritando. Cayó en mis brazos llorando y señalando en la dirección de otro partisano. El fusil del partisano apuntaba a donde Raika había estado jugando. Yo conocía a aquel joven. Se había enterado de que Raika poseía un reloj que le había regalado su madre por su cumpleaños. Para aquel hombre merecía la pena matar a una niña por un reloj. Era evidente que había estado intentando dispararla.

Cogí el reloj de la muñeca de Raika y lo tiré a los arbustos. La pobre chiquilla se echó a llorar. ¿Cómo podía quedarse sin aquel reloj, su único recuerdo de su madre? Pero yo no cedí. Sabía que estaría más segura sin un reloj. Era por su propio bien, por su supervivencia.

Desde luego, ella no podía comprenderlo y su corazón infantil permaneció inconsolable durante largo tiempo.

Una vez me vi obligada a separarme siete días de Raika durante una misión especial con un grupo de partisanos. Era una misión demasiado peligrosa para llevar conmigo a Raika, de modo que se quedó en nuestra base. Mientras tanto, el resto de nuestra unidad tuvo que trasladar la base a un lugar más seguro. Se llevaron con ellos a Raika, pero nadie cuidaba especialmente de ella. La subieron a un carro con partisanos heridos y con unas muchachas de más edad que se encargaban de buena parte de las tareas domésticas en el campamento.

Era un otoño frío. Una de las chicas mayores le quitó el abrigo a Raika, dejándola temblando de frío. Nadie le prestaba atención; a nadie le importaba. Cuando regresé al cabo de siete días, apenas reconocía a Raika. Había perdido peso; tenía el rostro muy pálido. Pero lo que más me asustó de todo fue que estaba infestada de piojos.

El aseo era una de mis más altas prioridades, a fin de evitar coger la fiebre tifoidea, que era endémica entre los partisanos. El tifus es transmitido por los piojos. Cada día, al hervir los vendajes para esterilizarlos y reutilizarlos, hervía también mi ropa interior y todas mis prendas. De esa manera podía asegurarme de mantener mi aseo. Aunque estaba constantemente alrededor de los enfermos, jamás cogí el tifus. Raika solía dormir a mi lado, pero ahora no podía dejar que se acercase a mí.

Todo lo que Raika llevaba estaba salpicado de piojos. Tenía el pelo plagado de ellos, a millares. Incluso sus cejas estaban cubiertas de piojos. La lavé a fondo. No había más opción que cortarle su hermoso cabello rubio y rizado. Cogí todas sus ropas y las tiré a la fogata. En poco tiempo volvió a la normalidad. Gracias a Dios, nunca cogió el tifus.

Yo hervía mis pertenencias en secreto. Nadie más podía permitirse un lujo semejante. Pensaba que nadie me veía, que nadie prestaba atención a lo que estaba haciendo. Pero el siguiente incidente me demostró que estaba equivocada. Sucedió al amanecer. Yo dormía todavía. Un mensajero llegó corriendo hasta mí y me despertó: «Tienes órdenes de acudir inmediatamente al cuartel general! ¡Como un rayo! ¡Deprisa!» Me preocupaba cuál pudiese ser la emergencia. Como de costumbre, me había quitado la ropa por la noche para lavarla y solamente llevaba la ropa interior. De esa forma tendría ropa limpia y seca al día siguiente. Dormía cubierta con mi chaqueta de piel de

borrego. Sin tiempo para vestirme, me puse mi chaqueta de piel de borrego de tres cuartos encima de mi ropa interior, me abroché el cinturón con la pistola y la granada y corrí con mi fusil al cuartel general.

Pareciendo completamente vestida, me cuadré ante el comandante de la brigada. Tras examinarme de pies a cabeza, dijo: «Te estaba poniendo a prueba. Un partisano ha de estar siempre preparado para el ataque del enemigo. Llegó a mis oídos que dormías desnuda. Está claro que no es cierto. Ya puedes volver». Acostarse desvestida iba en contra del reglamento de los partisanos. Respiré hondo, me di la vuelta y desaparecí en los bosques. Me percaté de que debía ser más cauta todavía. Había ojos vigilándome todo el tiempo.

*

Un día de invierno, un puñado de partisanos de otra brigada vino a visitar nuestro destacamento durante una semana. Acompañaba al grupo un médico judío llamado Blumovich, que nos trajo buenas noticias del principal cuartel general partisano. Estaba previsto el aterrizaje de un avión en una pista segura fuera del alcance del enemigo, que trasladaría a todos nuestros partisanos heridos a un lugar seguro en Moscú. Fue una auténtica buena nueva para nosotros. Yo estaba realmente feliz.

Entretanto quería asegurarme de que el doctor Blumovich recibiese un buen trato. Le servía las mejores comidas, las mismas que a los heridos. Él agradecía mucho mis atenciones. Nos hicimos buenos amigos. Charlábamos y él me contaba muchas historias de cómo los judíos se habían distinguido en la batalla contra el enemigo, y de cómo muchos habían perdido la vida. Por aquel entonces, los judíos estaban más adecuadamente armados y tenían más confianza en que los campamentos civiles en los bosques no serían acosados.

Una de las historias del doctor Blumovich era sobre otra enfermera judía que había trabajado con él. También participaba en todas las operaciones partisanas importantes y era una intrépida saboteadora de trenes. En cierta ocasión, aquella joven había ido con un grupo a volar un tramo de la vía férrea Brest-Pinsk. El grupo cayó en una emboscada enemiga. La situación era extrema y decidieron batirse en retirada. Fue la joven judía quien tuvo el coraje de gritar «¡Cobardes! ¿Adónde vais corriendo? ¡Vamos! ¡Adelante!» Espoleados de esa manera, los partisanos se precipitaron contra el enemigo. Los nazis se dispersaron y huyeron. Lamentablemente, esa valiente joven murió en una batalla posterior.

Cuando el doctor Blumovich se marchó, nos despedimos diciendo: el año que viene en Jerusalén. Ambos debíamos de estar preguntándonos si sobreviviríamos aquel año, por no hablar de la guerra. El doctor Blumovich sí que sobrevivió a la guerra. Cuando fue liberado, partió hacia Israel, donde cambió su nombre por el de Atzmon. Posteriormente llegaría a estar a cargo de los servicios médicos del ejército israelí, donde serviría durante la Guerra de los Seis Días. Yo me reuní con él en efecto en Israel, donde fui su invitada y tuve oportunidad de rememorar con él los viejos tiempos con los partisanos.

Entretanto recibí instrucciones de sumarme al grupo de partisanos heridos que iban a ser evacuados a Moscú. Nos acompañarían partisanos bien armados que nos escoltarían hasta la ubicación donde tendríamos que coger el avión.

Era consciente de que aquella era una rara oportunidad para Raika. Pedí permiso al comandante para llevarla conmigo. Ella también podría ser evacuada a un lugar seguro de Moscú. Aunque, tras más de un año juntas, yo era reticente a verla partir, me constaba que los partisanos apenas toleraban su presencia. Se trataba de una buena ocasión para garantizar su seguridad. El comandante accedió, alegando que sería más fácil para todos que ella se marchase, que sería una buena forma de librarnos de ella.

Corría el mes de diciembre de 1943, un invierno temprano y muy frío. Nos arrastramos en lo que parecía una expedición interminable, aunque no serían más de treinta kilómetros. No era una gran distancia, pero tardamos cerca de tres semanas. No podíamos viajar por carretera, ni siquiera por un camino regular, sino que habíamos de seguir rutas tortuosas. Día y noche se fundían.

Tuvimos varios enfrentamientos con el enemigo a lo largo del camino. Cuando era seguro parar a descansar un rato, como de costumbre era un pantano aislado. Pero la verdad es que no importaba: un lugar podía ser fangoso y a pocos metros hallábamos un sitio seco y congelado confortable. Tanto nos daba que hubiese barro, agua, ciénagas, tierra o hielo, siempre y cuando pudiéramos tirarnos al suelo a descansar o dormir un rato. Mientras estábamos en marcha, los exploradores que andaban por delante de nosotros nos informaban de si los caminos eran seguros o si el enemigo estaba cerca.

Finalmente llegamos sanos y salvos al lugar convenido para esperar el avión. Aguardamos un par de semanas y seguía sin haber señal de avión alguno. Mientras tanto, yo había averiguado que Raika tenía un

tío en uno de los grupos partisanos próximos. Le notifiqué que viniera. Se puso muy contento de saber que Raika estaba viva, que al menos un miembro de la familia no había sido asesinado. Le pedí que se llevara con él a Raika, ya que el avión a Moscú parecía una quimera. Su tío me explicó que no podía llevársela; su base estaba en una zona demasiado peligrosa. Lo comprendí y le aseguré que yo cuidaría de ella. Luego se marchó.

Para entonces habían transcurrido ya seis semanas. Algunos de los heridos ya se habían recuperado. Recibí órdenes de regresar a nuestra base, que había participado en nuevos combates y había sufrido más bajas. Me necesitaban allí. Me resultaba difícil dejar sola a Raika, pero se trataba de una orden y tenía que obedecer. Me despedí de Raika besándola y deseándole buena suerte, y partí.

El avión seguía sin aparecer. Tras mi partida, Raika decidió buscar a su tío por su cuenta. Caminó en solitario treinta kilómetros por los bosques. Llegó a la base de su tío para descubrir que este acababa de morir, cuando solo contaba dieciocho años. No tenía más opción que regresar. Varias semanas después, llegó finalmente el avión. El grupo de heridos, y Raika entre ellos, fueron evacuados a un lugar seguro de Moscú. Raika sobreviviría a la guerra en Moscú. Jamás volví a verla ni a saber de ella.

10. Partisanos amigos y enemigos

Todos pertenecíamos a una brigada. Aprendimos a vivir juntos, comer juntos, luchar juntos y sobrevivir juntos. También necesitábamos llevarnos bien. A veces era difícil sobrevivir un día, por no hablar de años. Reinaba una sólida amistad, cooperación y lealtad entre la mayoría de nosotros, así como una voluntad de ayudarnos mutuamente. En el bosque se entablaban relaciones entre personas dispares. El frío, el hambre y el estrés forzaban a los desconocidos a hacerse como de la familia. También éramos camaradas de armas, que lidiábamos con las mismas circunstancias de vida o muerte. Nuestras vidas estaban ligadas por las peligrosas condiciones en las que vivíamos constantemente. No obstante, existía un vínculo especial entre aquellos de nosotros que habíamos experimentado horrores similares bajo los nazis.

Jean fue mi primera amistad femenina entre los partisanos. Era una judía con unos antecedentes similares a los míos. No nos veíamos con frecuencia porque, aunque ambas estábamos en la misma brigada, ella pertenecía a un destacamento diferente y andaba a menudo en misiones de combate. Sin embargo, el hecho de saber que ella estaba ahí me suponía un gran consuelo.

Jean era natural de Drogichin, una localidad cercana a Pinsk, y era la única superviviente de su familia. En su ciudad, los nazis habían matado a la población judía empleando el mismo método cruel que en la nuestra. Fueron fusilados delante de largas zanjas y luego los cuerpos fueron cubiertos con tierra. En la ciudad de Jean, sin embargo, antes de que los nazis pudieran cubrir las zanjas, fueron advertidos de un ataque partisano. Huyeron dejando las zanjas abiertas y sin vigilancia. Algunas de las víctimas estaban heridas pero vivas. Muchos de los heridos podrían haber sobrevivido, pero carecían de fuerza para salir de bajo los cadáveres que les cubrían.

A Jean le habían disparado en la garganta. Al cabo de algún tiempo recobró la conciencia, aunque, en su conmoción, tardó en convencerse de que seguía viva, a diferencia de los cuerpos que la rodeaban. Logró salir trepando de las zanjas. Desnuda, puesto que los nazis habían desnudado a sus víctimas antes de fusilarlas, fue tambaleándose hasta las casas de los campesinos cercanos. Llamó a sus puertas. Nadie le

dejó entrar. Le cerraban la puerta en las narices.

Llegó a estar tan desesperada que regresó a las zanjas. No se le ocurría qué otra cosa podía hacer. En su desesperación, se tumbó sobre los cadáveres a aguardar la muerte. Pasó el tiempo. Por fin se dio cuenta de que, pese a haber perdido mucha sangre, no se estaba muriendo. Jean llegó a temer que volvieran los nazis con la inminente luz del día. Todos los cuerpos, vivos y muertos, serían entonces cubiertos de tierra. A su alrededor algunos gritaban sin fuerzas pidiendo ayuda. Jean intentó en vano rescatar a los heridos de bajo los cadáveres, pero ella misma se encontraba demasiado débil por causa de la pérdida de sangre.

Faye con otros tres partisanos judíos.

Volvió a salir a rastras de las zanjas. Encontró unos viejos harapos colgados de la cerca de una granja y logró envolverse en ellos. Avanzó tambaleándose con dirección al bosque. Estaba al borde de la muerte cuando un grupo de partisanos de nuestro batallón la encontró unas

semanas más tarde.

Los partisanos la condujeron hasta mí, pues yo estaba a cargo de los heridos. Jean recibió cuidados hasta que recobró la salud y estuvo lista para unirse a los combatientes. Me dijo: «Mi vida llegó a su fin cuando mi familia fue asesinada. Sobreviví por un milagro. Cada día adicional de mi vida no es mío; pertenece a mi familia. Debo vengarles».

Jean se quedó en mi brigada. Se convirtió en una excelente combatiente, intrépida y valiente, un ejemplo para otros partisanos. Fue una de las muchas mujeres combatientes que se ofrecían voluntarias y hacían importantes contribuciones a nuestra defensa. Aunque las mujeres representaban únicamente en torno al dos o al tres por ciento del total de una unidad del movimiento partisano soviético, eran esenciales como exploradoras y agentes de inteligencia. Con frecuencia las mujeres resultaban menos sospechosas que sus compañeros varones. Muchas mujeres que se presentaban voluntarias como partisanas tenían capacitación como enfermeras u operadoras de radio, y una gran proporción de los médicos partisanos eran mujeres. A veces a las mujeres se les asignaban misiones de combate junto con los hombres de forma continuada. Estas eran las heroínas de los partisanos, y Jean era una de ellas. Participaba en una misión peligrosa tras otra, combatía al enemigo y lograba continuar viva. En la actualidad, aunque vive lejos de mí, seguimos en contacto todavía y recordamos nuestras experiencias partisanas compartidas.

*

La vida entre los partisanos era una constante prueba de carácter. La personalidad de Jean, su coraje y su fortaleza, me hacían fácil sentir un vínculo especial con ella. La personalidad podía ser asimismo un factor negativo. Bajo las condiciones extremas en las que vivíamos, las cualidades personales de los miembros de nuestra unidad acarreaban graves consecuencias.

Sergei se consideraba a sí mismo más importante que todos los demás, porque, junto con el comandante de la brigada, había sido uno de los primeros en escapar de un campamento de prisioneros nazi y en organizar un grupo de partisanos. Habían creado el grupo con ocho miembros y este había crecido hasta convertirse en una brigada de tres mil. Cuando Sergei fue herido en una pierna y no podía caminar, creyó que sus necesidades exigían prioridad. Pensaba que debían darle la mejor comida disponible para los heridos. En la mayoría de las ocasiones se salía con la suya.

Un día, Tania estaba sirviendo el almuerzo a los heridos cuando habíamos conseguido hacernos con unos pocos huevos. Para los partisanos los huevos eran un manjar. No era frecuente que los tuviésemos. Ella le sirvió los huevos a otro partisano más gravemente herido que Sergei. Este se enfureció y comenzó a gritar y a maldecir. Los partisanos enriquecían a menudo la lengua rusa con blasfemias. Supongo que eso les ayudaba a aliviar la continua tensión.

Pero Sergei no se limitó a soltar obscenidades. Sacó su pistola y, para perplejidad de Tania, le disparó. Afortunadamente no le dio, errando el tiro por centímetros. Los hombres como Sergei estaban dispuestos a matar por unos huevos.

Grisha era el mejor amigo de Sergei. Había huido con él del campamento de prisioneros nazi y era otro de los ocho partisanos que habían fundado el destacamento. Grisha era un muchacho tranquilo y modesto, con un carácter opuesto al de Sergei. Había sido herido en la pierna, pero se recuperó deprisa. A diferencia de Sergei, Grisha nunca quería nada especial para él mismo.

Yo no conocía bien a Grisha, pero de alguna manera me sentía segura a su lado. Cada vez que coincidíamos en el mismo grupo, yo trataba de estar cerca de él. Inexplicablemente, eso le hacía sentirse incómodo. Siempre me decía: «¿Qué haces aquí? ¿No puedes sentarte en otro sitio? ¿Siempre tienes que estar pegada a mí?» Yo me sentía descorazonada con tales comentarios y no acertaba a comprender por qué Grisha se esmeraba siempre en evitarme. A los demás jóvenes les agradaba mi compañía y a menudo me pedían que me uniese a ellos, que me sentase con ellos a charlar.

Cuarenta años después descubrí el motivo de esa aparente aversión. Mi amiga Jean me contó que Grisha era judío. Nadie lo sabía; había ocultado su identidad, temeroso de reconocer que era judío. Creía que era mucho más seguro que le tomasen por un chico ruso, especialmente con Sergei como su mejor amigo. Esa era la razón por la que no quería que yo me acercase a él, a fin de que nadie sospechase que tenía algo en común conmigo, una muchacha judía.

Comprendí las motivaciones de Grisha, porque yo misma fingía muchas veces ser una chica rusa cuando estaba entre partisanos que desconocían que era judía. Habida cuenta de que los propios partisanos distaban de ser inmunes al antisemitismo, aquello resultaba harto más fácil y seguro. Hablaba ruso con fluidez y sin ningún acento, por lo que nadie sospechaba.

En cierta ocasión recibí órdenes de hacer fotografías estratégicas de lugares y personas concretos que los líderes deseaban documentar. Mi comandante envió a dos partisanos para que me acompañasen para escoltarme y ayudarme. Fuimos a caballo. Resultó que aquellos partisanos no sabían que era judía. Cuando estábamos en el bosque a mucha distancia de nuestra base, nos cruzamos con una chica judía vestida con harapos. Sentí lástima por aquella joven flaca, pálida y asustada, que parecía agotada y desnutrida. Probablemente se estuviera escondiendo en los bosques con su familia porque los partisanos no habrían querido aceptarla. Y o estaba segura de que debía de haber un campamento civil cercano en el que se ocultasen más judíos.

Uno de mis ayudantes dijo: «¡Oh, mirad, una chica judía! ¡Vaya! ¡Cuánto la odio! Odio a todos los judíos. Les mataría a todos». Se volvió hacia mí y dijo: «Mis sentimientos hacia ti son diferentes. Tú eres rusa. Es un placer estar contigo y hablar contigo». Sí, tenía un concepto diferente de mí porque pensaba que era rusa. Mis sentimientos hacia él también cambiaron. Se suponía que era mi escolta. ¿Qué ayuda podía esperar de él si averiguaba quién era yo en realidad? Guardé silencio y no respondí. Cuando llegamos a nuestro destino, probablemente descubriese quién era yo. Jamás volví a verle.

Pese a la afinidad que sentíamos en nuestra lucha común, el antisemitismo no cesaba de crear tensiones entre nosotros. Unos cuatro meses antes, un grupo de partisanos había volado un tren que se dirigía al oeste, hacia Alemania. Era invierno. En los vagones de ganado descubrieron doscientas vacas que los nazis habían confiscado. El grupo regresó a nuestra base con todo el ganado. Los partisanos al mando se percataron pronto de que había que cuidar y ordeñar las vacas. El comandante ordenó que las ordeñasen todas las mujeres de la brigada, tanto judías como gentiles. Aunque sabíamos que la tarea se estaba señalando como un trabajo de mujeres, todas estábamos dispuestas a hacerlo. Sabíamos que era importante volvernos indispensables para los partisanos. Yo también estaba emocionada porque tenía experiencia en ordeñar una vaca. A mis doce años, mi madre se había puesto enferma y no se encontraba en condiciones de ordeñar nuestra vaca. Yo había ocupado su lugar. Mi padre, que había estado observando, había aprobado mi trabajo.

El partisano de la derecha había expresado a Faye su aversión por los judíos, sin saber por entonces que la propia Faye era judía.

Los tres primeros días todo fue bien. Luego comenzó a correr el rumor de que las chicas judías no sabían ordeñar vacas adecuadamente y debían ser excluidas. Yo estaba enojada; sencillamente la acusación no era cierta. Estaba segura de que yo realizaba esa tarea tan bien como las muchachas rusas y además habíamos cooperado bien juntas.

Las acusaciones me asustaron. Nuestra posición como mujeres y judías siempre era endeble. Cualquier signo de que las chicas judías no fuesen útiles para los partisanos pondría en peligro nuestras vidas. Si no nos necesitaban, podríamos ser expulsadas de los partisanos. Semejante presión bastó para hacerme perder la confianza en mí misma. Con gran frustración y ansiedad, comencé a llorar.

Mi amigo Ivan Vasilievich me vio y me preguntó por qué lloraba. Le expliqué: «Sé ordeñar una vaca perfectamente y me han rechazado. Ahora estoy preocupada». Riéndose, trató de convencerme de que no me expulsarían de los partisanos. «No te inquietes, tú haces otras cien cosas, cosas que nadie más sabe hacer. Eres necesaria aquí. Y, además, deberías estar contenta de que no te dejen ordeñar las vacas». Me tranquilizó y superé mis temores. Comprendí que se trataba simplemente de un nuevo gesto antisemita.

Aunque unas veces fuese explícita y otras tácita, la presión siempre estaba ahí. Por ser judía, tenía que trabajar el doble de duro para que me considerasen tan valiosa como las muchachas gentiles. Cuando trabajaba noche y día me decían: «No pareces una chica judía. Te pareces a las chicas rusas». Esas palabras pretendían ser un cumplido. Mi respuesta era siempre: «Sí, pero soy judía». Mi trabajo como enfermera, fotógrafa y ante todo soldado eran razón más que suficiente para andar con la cabeza bien alta y estar orgullosa de mí misma y de mi ascendencia.

Algún tiempo después, por las misiones de reconocimiento supimos que los nazis estaban preparando un bloqueo. Teníamos que encontrar un lugar más seguro. ¿Qué haríamos con las vacas? No podíamos llevarlas con nosotros ni queríamos dejárselas al enemigo. Debíamos abandonar la base rápidamente sin llamar la atención. Decidimos sacrificar las vacas y enterrarlas en el suelo. Era invierno; la carne se conservaría fresca, congelada durante un largo tiempo. Así pues, comenzó la excavación mientras unos centenares de partisanos iban a trabajar. En un día todo estaba listo. La carne estaba enterrada y todos estábamos preparados para abandonar la base temporalmente hasta que se levantase el bloqueo.

Desgraciadamente el bloqueo duró mucho más tiempo del que esperábamos. Tardamos cinco semanas en poder regresar por fin a nuestra base. Entretanto la nieve se había derretido. Toda la carne que habíamos enterrado en el suelo se había estropeado por completo. Estábamos terriblemente decepcionados. La interminable búsqueda de comida tendría que comenzar de nuevo. Todos estábamos hambrientos; durante el bloqueo apenas tuvimos una oportunidad de comer decentemente. No había pan ni agua suficientes, y menos aún carne. Tal era nuestra vida; no teníamos otra opción que adaptarnos a ella.

*

Aunque era la naturaleza la que había causado nuestra decepción con el preciado almacén de carne, la naturaleza humana podía revelarse más traicionera todavía. Una noche me desperté aterrorizada por una premonición de que iba a suceder algo horrible. No fui capaz de volver a dormirme. Minutos más tarde vi a un oficial borracho zigzagueando hacia mí. Apenas era capaz de mantenerse en pie. La luna brillaba; podía ver con claridad su cara roja y sus ojos inyectados en sangre. De pie encima de mí, masculló: «A esta judía no le gustan los chicos rusos. Quiere un judío. Yo no le gusto. Voy a acabar con ella». Cogió su pistola. Yo conocía a aquel oficial y podía haber

predicho que ocurriría algo parecido. Ebrio la mayor parte del tiempo, ese hombre andaba siempre detrás de mí y yo siempre trataba de evitarle. Pensaba que podía hacer lo que se le antojara con una chica judía. Una vez había intentado abrazarme, pero logré escapar. En aquella ocasión me había dicho: «Alguna vez te tendré».

Estaba sentada en el suelo, apoyada firmemente contra el árbol bajo el que había estado durmiendo. El oficial apretó el gatillo, pero no pasó nada. Existía una explicación.

Había pasado toda la noche despierto junto con un grupo de otros oficiales en el cuartel general bebiendo vodka. Después de muchos tragos, se puso en pie y proclamó en voz alta: «Tengo que marcharme. Voy a pegarle un tiro». Tuve suerte solo porque mi amigo Ivan Vasilievich había acudido una vez más al rescate. Aunque él no bebía, Ivan había estado con los bebedores. Cuando el borracho hizo su anuncio, Ivan le quitó subrepticiamente la pistola, la descargó y se la devolvió. El oficial estaba tan ebrio que ni siquiera se dio cuenta. Tambaleándose de un lado a otro, empezó a dirigirse hacia la zona del bosque en la que yo dormía. Ivan y otros dos le siguieron y lograron alejarle de mí a rastras, pero solo después de su primer disparo.

Si quería seguir con vida, tendría que mantenerme alejada de esos hombres. Conocía perfectamente las reglas relativas a la conducta sexual en nuestra brigada. En ella estaba prohibido el sexo. No sé con certeza cuáles eran las reglas en otros grupos partisanos, pero en el nuestro el sexo era punible con la muerte. No faltaban los jóvenes que iban en secreto a buscar mujeres en las aldeas, ignorando los riesgos que corrían. Estábamos rodeados de enemigos y traidores. Los nazis sabían que nuestros chicos andaban en busca de chicas en los pueblos cercanos, de modo que explotaban esa situación inyectando enfermedades venéreas a muchas de las muchachas. En consecuencia, numerosos jóvenes cogían enfermedades de transmisión sexual y enfermaban gravemente.

Con todo, por lo general el sexo no era un problema relevante en nuestro grupo. No pensábamos en términos de hombres y mujeres, de chicos y de chicas. Nos tratábamos los unos a los otros como iguales. Las mujeres no gozaban de privilegios especiales; éramos todos partisanos y sabíamos que la muerte en la guerra no se apiadaba de nadie. Ciertamente en la batalla no existía diferenciación alguna entre hombres y mujeres. Todos nuestros pensamientos se concentraban en derrotar al enemigo. Todos estábamos igualmente comprometidos con la destrucción del enemigo antes de que este pudiera destruirnos a nosotros. La igualdad en esas situaciones de vida o muerte fomentaba

un entendimiento único entre nosotros, derribando las barreras entre los sexos. Muchas veces me asignaban una operación en un grupo en el que yo era la única mujer. El hecho de ser la única mujer entre todos aquellos hombres, a veces cuarenta o cincuenta, no solía preocuparme lo más mínimo. Gustaba de creer que en nuestras misiones se me veía como una soldado y una compañera, no como una mujer.

Era raro que me sintiera cohibida al ser la única mujer, pero alguna vez sí que ocurría. En cierta ocasión, mientras nos desplazábamos de un lugar a otro debido a los ataques nazis, hallamos una choza derruida y abandonada. No tenía tejado, ventanas ni puertas, pero se conservaban en pie cuatro paredes. Aquello supuso un alivio para nuestro grupo, pues estábamos experimentando temperaturas bajo cero. Al menos en el interior estaríamos protegidos del frío viento. Todo nuestro grupo se hacinó en la choza. Yo era la única mujer entre cincuenta hombres. Los hombres se apretujaron sobre el suelo y no tardaron nada en quedarse dormidos. Yo tenía vergüenza de abrirme paso en medio de todos aquellos hombres y tumbarme. En vez de ello, encontré un rincón libre y me acurruqué en él todo lo posible contra las dos paredes para distanciarme de los hombres.

Faye era con frecuencia la única mujer en el grupo de partisanos.

Cometí un gran error. Al cabo de un rato, cuando la choza comenzó a caldearse con tanto calor corporal, todos los bichos que habían estado

aletargados en las paredes cobraron vida. Dado que yo era la más próxima al rincón con dos paredes tocándome, todos los bichos cayeron sobre mí. Los bichos me producían terror; solía decir que, para mí, un bicho y una bala eran lo mismo. Aunque no podía verlos en la oscuridad, podía sentirlos trepando por todo mi cuerpo.

Me sentía tan agitada que era incapaz de dormir. Desesperada, salí corriendo a cuarenta grados bajo cero. Ignorando el frío, me quité toda la ropa y sacudí vigorosamente cada prenda, una tras otra. Acto seguido comencé a restregar mi cuerpo con nieve.

De repente oí una fuerte voz: «¡Santo y seña!» En mi frenesí, había olvidado la contraseña. Cada vez que parábamos a descansar siempre había alguien de guardia en caso de un ataque enemigo. No era capaz de responder, pues era tal mi agitación que no recordaba la contraseña. Afortunadamente el guardia me reconoció y no disparó. Podía haberme confundido fácilmente con un enemigo y haber apretado el gatillo. Me vestí, volví a entrar en la choza y me senté. No me atrevía a tumbarme de nuevo. Pasé toda la noche sentada lejos del rincón con los ojos abiertos.

En mi modestia, había errado. Habría sido más inteligente haberme acostado en medio de los demás. ¡Al menos habría logrado dormir bien esa noche!

*

Solo durante los raros momentos de tranquilidad —cuando no andábamos trasladándonos de un lugar a otro ni luchando— surgían súbitamente las tensiones agridulces entre los sexos. Entonces, especialmente después de una batalla exitosa, cambiaba el estado de ánimo de todo el mundo. En aquellos momentos reparaban en mi condición de mujer. Recibía cumplidos por doquier: «tan joven, tan bonita, tan simpática, tan hermosa».

Esas eran las ocasiones en la que tenía oportunidad de pensar en las dimensiones personales de mi vida que estaban ausentes. Había perdido mi juventud de una manera dolorosa. Debería haberme resultado fácil enamorarme de uno de los muchos chicos jóvenes y apuestos. Pero en lugar de abrazar a un ser querido, abrazaba un fusil.

Creía que sería un crimen por mi parte enamorarme, divertirme, bailar o cantar. Antes de la guerra, en mi adolescencia, me encantaba bailar y bailaba sin parar. Todo aquello se había terminado para mí. Estaba sola en mi duelo, una huérfana con sus recuerdos. Mi familia

había sido asesinada tras sufrir torturas y tratos brutales. No me podía permitir divertirme ni ser feliz. Por aquel entonces sentía que había sobrevivido únicamente para luchar por la libertad y la venganza. Luchar y ayudar a los heridos: tal era mi sino. Mi deber consistía en guardar luto mientras viviese.

11. Misiones peligrosas

Se esperaba que los partisanos fuésemos valientes, nos mantuviésemos firmes y fuertes y jamás mostrásemos debilidad. Se esperaba que corriésemos riesgos increíbles, que exhibiésemos coraje ante las adversidades inimaginables, que mantuviésemos la calma y el optimismo a través de los peligros angustiantes y que nos repusiéramos enseguida de la derrota. Teníamos que prepararnos para toda suerte de entornos difíciles, batallas horrendas y misiones peligrosas. De lo contrario seríamos aplastados. A veces era necesario urdir un intrincado plan de acción, en el que cada movimiento se imaginaba por adelantado y cada decisión se calculaba de antemano, con el fin de que no pudiese surgir nada inesperado. Pero los acontecimientos no siempre sucedían según lo planeado, a pesar de toda la valentía, inteligencia y fortaleza. A veces lo que ocurría era fruto de una premonición fortuita, un golpe de suerte o simplemente el destino.

En la primavera de 1943, un partisano llamado Nicolai y yo fuimos enviados a entregar unos mensajes importantes a otro destacamento de nuestra brigada. Ese destacamento estaba ubicado en una zona muy peligrosa, densamente rodeada de nazis y sus colaboradores, los policías locales. El comandante decidió que sería más seguro que fuésemos en barca.

La víspera de nuestra partida había sido un día precioso y pacífico. Mientras preparábamos nuestras provisiones, nos sentíamos como si nos fuésemos de pícnic. Incluso dedicamos tiempo a hacer algunas fotos. Aunque aquel viaje era peligroso, llegamos a sentir que todo era idílico.

Al atardecer partimos de nuestra base en nuestra canoa. No viajamos por lagos ni por ríos, sino por un canal estrecho pero profundo. Los enormes árboles, los espesos matorrales y las altas hierbas llegaban casi hasta el cielo, con lo que parecía que avanzábamos por un túnel de negras aguas lodosas.

Al poco de partir cayó la oscuridad. Comenzó a llover intensamente. La pequeña canoa empezó a llenarse de agua. Nicolai pilotaba, mientras yo achicaba el agua con un tablón de madera. La tormenta continuaba. A veces Nicolai tenía que dejar de remar y ayudarme a vaciar el agua del bote. Aunque estábamos incómodamente mojados y la canoa parecía a punto de hundirse, habría sido más peligroso aún

para nosotros bajar a tierra, donde podríamos caer en manos nazis. Proseguimos sin que ninguno de ambos emitiese una palabra de queja. La tormenta no cesó en toda la noche. Cuando por fin nos acercamos a nuestro destino estábamos exhaustos. Nos consolábamos mutuamente diciendo que, en cierto modo, teníamos suerte. Si la tormenta no hubiese sido tan fuerte, el silbido de la canoa y el restallido de las ramas sobre nuestras cabezas podrían haber llamado la atención del enemigo.

Faye y Nicolai emprenden su trágica misión; primavera de 1943.

Nicolai era un hombre caballeroso. Sentía lástima por mí porque

estaba empapándome y temblando de frío. Cuando llegamos al punto de desembarco, me dijo: «Espera en la canoa. Yo bajaré primero y tiraré de la canoa hasta la orilla, para que no tengas que meterte en el agua hasta la cintura. Podrás saltar a tierra».

En cuanto Nicolai bajó de la canoa, pisó una mina. Voló en pedazos al instante. La hierba era tan densa y tan alta que no fui capaz de encontrar su cuerpo. Tras una noche tan terrible en la canoa, pensábamos que lo habíamos logrado. Ahora Nicolai estaba muerto.

Me sentía fatal: aterrorizada, congelada y extenuada. El agua chorreaba de mi cuerpo. Para entonces había dejado de llover, pero yo seguía empapada. ¿Qué debía hacer? No tenía ropa seca de repuesto, sino tan solo la que llevaba puesta. No era seguro esperar a que mis prendas se secasen. Me las quité una tras otra y escurrí el agua como buenamente pude. Luego volví a cubrir mi piel helada con la tela húmeda.

Estaba sola en las profundidades del bosque, rodeada de enemigos. ¿Adónde dirigirme? ¿Qué rumbo debía tomar? El suelo estaba cubierto por capas de vegetación silvestre; la mayoría de los árboles eran tremendamente altos. Si me adentraba siquiera un poco en el bosque me sumiría en una oscuridad intensa incluso al alba. Abundaban los animales salvajes.

Alcé la vista al cielo. Las copas de los árboles resplandecían con hermosos colores. Los rayos de sol convergían señalando hacia un estrecho sendero. Miré hacia el otro lado y descubrí una segunda senda. Podía coger dos caminos diferentes, que discurrían en distinta dirección. ¿Cuál elegir? ¿Cuál me llevaría al lugar correcto? Si cogía la senda equivocada, podía caer en manos de los nazis o de los numerosos grupos de bandidos del bosque que se enfrentaban a nosotros. Si me capturaban, me torturarían, intentarían obligarme a traicionar a mi grupo y después me ahorcarían. Me hallaba al borde de la desesperación.

En un momento como aquel era importante no perder la fe. Un sexto sentido me decía que no me diese la vuelta, sino que continuase de frente. Tras la lluvia, que se había prolongado toda la noche, el suelo estaba mojado y blando, fácil de recorrer. El sendero que había escogido serpenteaba, pero ¿adónde conducía? ¿Era el camino correcto? No lo sabía. Caminaba sin parar y la selva parecía no tener fin. No había comido nada en todo el día. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar a la base, a la base correcta, esperaba? El sol estaba alto y brillaba entre los árboles.

De repente oí un ruido. Mientras me aproximaba, advertí que eran voces, gente hablando en ruso. ¡Sí! ¡Sí! Era lo que yo sabía. ¡Eran partisanos! Estaba en el lugar correcto. Aquellos eran mis partisanos.

Cuando me acerqué al grupo de partisanos con mis ropas chorreantes, me miraron cual si hubiera llegado de otro mundo. Me sentía tan feliz que había olvidado lo mojada y sucia que estaba. ¡Había llegado al sitio correcto! Entregué mis mensajes cumpliendo las órdenes recibidas.

*

Las premoniciones me visitaban muchas veces, frecuentemente antes de partir en una misión peligrosa. Me decían: «Esta es una tarea peligrosa. Las oportunidades de salir con vida son muy escasas. Estás arriesgando tu vida». Pero de algún modo me sentía segura y me ofrecía voluntaria. Otros decían que estaba loca, pero de alguna manera yo sabía que sobreviviría. En otras ocasiones, cuando todos coincidían en que una operación era segura, que no había nada que temer, mis instintos me decían que no fuese. Con frecuencia esas eran las misiones que fracasaban y en las que casi nadie sobrevivía. No tengo ninguna explicación para estas advertencias. Formaban parte meramente de mis instintos de supervivencia.

Aquella mañana en particular fue muy ajetreada. Los chicos se movían silenciosa y furtivamente. Hacía frío y viento a finales de marzo, pero esas inclemencias no perturbaban nuestros preparativos. Los comandantes partisanos entraban y salían del cuartel general. Era evidente que estaban planeando una misión. Cuando me percaté de ello, no esperé, sino que me presenté de inmediato en el cuartel general a pedir permiso para participar en la misión.

Todos los oficiales presentes querían rechazar mi solicitud. «Ya has pasado lo suficiente. Te ofreces voluntaria constantemente, con demasiada frecuencia —decían—. Esta vez el grupo va a realizar una misión muy peligrosa, una misión suicida. Esperamos muchas víctimas. Quién sabe cuántos volverán con vida». Luego añadieron: «Es mucho más seguro que te quedes aquí. Este es un lugar tranquilo y seguro».

Pero, como de costumbre, fui persistente: «Déjenme ir, por favor. Quiero luchar contra el enemigo en cada oportunidad que tenga». Mi familia entera apareció de nuevo ante mis ojos diciendo: «Véngate; castiga a los asesinos». No podía quedarme atrás y a salvo. Había decidido ir. Al final, los oficiales cedieron. Me permitieron participar

una vez más gracias a mi tenaz determinación. El comandante dijo: «De acuerdo, prepárate».

Ya sabía lo que significaba «prepararse». No tenía que hacer maletas ni que llevar nada más que mi fusil, una pistola y una granada. «Prepararse» quería decir limpiar el rifle. Aliviada, me senté en el frío suelo bajo un árbol. Cortando un trozo de tela de mi blusa a modo de trapo, me puse a la faena desmontando mi rifle para limpiarlo minuciosamente, asegurándome de que estuviese en buen estado de funcionamiento. Los fusiles tenían que limpiarse a diario. Bajo nuestras cabezas al aire libre sobre la tierra húmeda toda la noche, podían oxidarse con facilidad.

Al anochecer, después de la cena, dejamos nuestro refugio seguro. Las verdes copas de los árboles parecían susurrar sus lamentos por nuestra partida. Sombras funestas se extendían bajo nuestros pies. Caminamos a oscuras durante horas, no por los caminos ni las carreteras, sino por los bosques donde la oscuridad era mucho mayor por causa de los altos árboles. Apenas podíamos ver el cielo.

Todavía me costaba seguir el ritmo del resto del grupo, integrado en su mayoría por soldados soviéticos bien adiestrados y acostumbrados a caminar durante largas y arduas horas en condiciones extenuantes. Aquellos soldados poseían un extraordinario sentido de la orientación. Yo carecía de esa experiencia y sentía que uno tenía que ser un genio para aprender a orientarse en los bosques. Resultaba más fácil de día, pero por la noche, cuando estaba negro como el carbón, yo no veía nada. Caminando en fila india en la oscuridad total, los partisanos avanzaban por el estrecho sendero del bosque cual sombras tragadas por la oscuridad de la noche. Yo me esforzaba para no perder a la persona que me precedía. De lo contrario, estaba segura de que perdería el rumbo.

Pero era joven, saludable y muy persistente. Aquella noche me sentía afortunada porque me habían permitido participar en la misión. En esos momentos no sabía por qué. Aunque la caminata era ardua, una voz interior me alentaba: «Bien, bien, sigue adelante».

Llegamos a un río que teníamos que atravesar. En otros tiempos había habido un puente en las inmediaciones, pero este había sido demolido. Ir en busca de otro puente resultaba demasiado peligroso. Nuestros enemigos estaban cerca. El líder dijo que aquel era el único lugar seguro para cruzar. Pero ¿cómo? Estábamos a finales de marzo y hacía mucho frío todavía. El río estaba solo medio congelado. El centro del río era hielo sólido, pero en los bordes próximos a las orillas el hielo

se había derretido. Debíamos hallar una manera de llegar a la parte sólida del río y luego cruzar hasta el otro lado.

Nos detuvimos en la orilla. Los chicos sabían lo que hacer y se pusieron manos a la obra. Cortaron muchas ramas pesadas y las esparcieron desde la ribera hasta donde el hielo era todavía espeso, construyendo un camino de ramas. Debíamos cruzar de uno en uno para que no se quebrase el hielo. En la oscuridad, no podíamos arriesgarnos a andar: cada uno de nosotros teníamos que tumbarnos y arrastrarnos por las ramas, agarrados a una cuerda por seguridad. Tardamos unas cuantas horas, pero antes del amanecer todos habíamos logrado cruzar sanos y salvos.

Continuamos hacia nuestro destino. Al cabo de dos días y dos noches completamos nuestra misión. El sonido de los disparos de balas fue disminuyendo lentamente. Cuando volvimos a reunirnos, descubrimos que aquella operación había sido realmente peligrosa: faltaban cinco miembros de nuestro grupo. Cinco víctimas. Estábamos consternados. Habíamos perdido a cinco buenos combatientes y buenos amigos. Pero estábamos en guerra. ¿Quién sabía cuánto tiempo más seguiríamos con vida el resto de nosotros? ¿Cuántos de nosotros encontraríamos la muerte al día siguiente?

El sol se estaba poniendo cuando regresamos a nuestra base. Al llegar nos recibió un panorama horripilante. Era cierto que teníamos espías que trabajaban para nosotros, pero también había un sinfín de traidores que trabajaban para los nazis. Alguien había notificado a estos que los partisanos bien armados nos habíamos marchado y que habría poca resistencia en nuestra base. Habían atacado inmediatamente y habían matado a todos los partisanos que habían quedado en la base. Les habían capturado y torturado, cortándoles en pedazos la carne viva. Semejante brutalidad inhumana era característica del trato nazi a los partisanos capturados.

Una vez más mi instinto me había salvado y había sobrevivido. Algo me había impelido a salir de ese supuesto refugio para participar en una peligrosa misión. Pese a las advertencias de todos de que estaba equivocada o era una temeraria, yo había escuchado mis sentimientos. Cada día que continuaba con vida era un regalo de Dios. Quizá fuese simplemente afortunada. Quizá se tratase de una conciencia subliminal de las condiciones necesarias para la supervivencia.

*

Una de nuestras operaciones más importantes —y también una de las

más difíciles— era volar trenes enemigos. Los que se dirigían al este hacia el frente ruso llevaban municiones, equipamiento y personal militar, y alimentos. Los que iban al oeste hacia Alemania estaban cargados de ganado, vacas, caballos y cereal, propiedades que los nazis habían confiscado a los granjeros y a otros civiles. Los nazis saqueaban todo cuanto conquistaban, especialmente las propiedades de los judíos.

Estábamos reunidos esperando la orden de ataque. Los partisanos no esperamos mucho. Un minuto después oímos: «¡Arriba!» Todos estábamos en pie listos para enfrentarnos a lo que se terciase. El comandante de la operación describió brevemente la acción que estábamos a punto de llevar a cabo: teníamos que volar una línea ferroviaria. Esa línea era uno de los principales conductos para los refuerzos, el equipamiento militar y las municiones para los nazis del Frente Oriental. Los trenes viajaban hacia el este a través de la Rusia Blanca. La ubicación para la demolición se hallaba a unos treinta kilómetros de nuestra base; no lejos en comparación con otras operaciones. Teníamos que llegar a las vías después del anochecer. La misión llevaría aproximadamente una hora; tendríamos tiempo suficiente para regresar a nuestra base en completa oscuridad.

Los partisanos hacen volar por los aires un tren nazi.

Estábamos acostumbrados a las excursiones nocturnas. La oscuridad nos protegía. Bajo su amparo avanzamos por los senderos del bosque, por campos arados y por las afueras de las aldeas. No hablábamos mucho. Teníamos una tarea pendiente y así era como procedíamos.

Solamente nos deteníamos para descansar breves períodos. Liábamos un grueso cigarrillo y encendíamos la cerilla bajo una chaqueta. Durante un breve instante de calma, nos sentábamos en un círculo a echar una calada. Mis recuerdos son vívidos todavía: el silencio, el cigarrillo encendido circulando, la punta resplandeciente en la palma de la mano. Cada boca inspiraba una bocanada de humo. Una ronda y luego otra. El amargo tabaco quemado hasta el extremo de su tubo de periódico. «¡En pie!» Al oír la orden, todos nos levantábamos y reanudábamos la marcha.

Las vías férreas siempre estaban fuertemente patrulladas contra saboteadores por los nazis y sus colaboradores. Forzaban a sus trabajadores esclavos a talar los árboles a ambos lados de las vías, tornando peligroso, casi imposible, acercarse a las líneas de tren. Cada quinientos metros se erigían casetas de vigilancia cargadas de cohetes, bengalas, reflectores y lámparas para iluminar toda la longitud de la vía. Los nazis contaban asimismo con perros adiestrados.

Pero todo eso no nos impedía hacer volar por los aires sus trenes. Cuando la operación resultaba exitosa, los partisanos eran capaces de regresar sanos y salvos a la base. Si no lograban volver significaba que el territorio había sido minado y todos los partisanos habían muerto. Tales eran los riesgos que había que asumir. Lo lográsemos o no, lo importante era seguir atacando.

Una noche otoñal, un grupo de participantes en una misión surgimos del bosque y corrimos inmediatamente hacia unas vías de tren. Sabíamos que estaban muy bien custodiadas, pero necesitábamos cruzarlas. El viento soplaba y los árboles susurraban como si nos prometiesen ayudarnos a cruzar sin ser detectados. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras, otra fuente de protección. Nuestro líder nos indicó que cruzásemos en silencio uno a uno. Cada uno cruzaría y, cuando estuviera a salvo en el bosque del otro lado, empezaría el siguiente. No podíamos hacer el mínimo ruido. El enemigo estaba cerca.

Éramos veinte en total, diecisiete chicos y tres chicas. Catorce habían conseguido llegar al otro lado. El decimoquinto tropezó. Su rifle cayó estrepitosamente a las vías de hierro. En un instante, la medianoche se convirtió en mediodía. Los nazis llenaron el cielo de cohetes y bengalas. Muertos de miedo, permanecíamos tumbados e inmóviles en el suelo. Pasamos varias horas petrificados. Éramos un número demasiado reducido para enfrentarnos a los nazis. No obstante, teníamos los fusiles preparados. El tiempo pasaba lentamente, pero ninguno de nosotros movíamos ni un solo músculo. Si necesitábamos

estornudar, teníamos instrucciones de restregarnos la nariz y estornudar con discreción. Finalmente todo se calmó. Dejaron de encenderse las bengalas. Volvió a ser de noche. Probablemente los nazis pensaran que había sido un animal salvaje el que había hecho el ruido. Reemprendimos nuestra marcha.

Cuando nuestro grupo regresó exitosamente a la base, se clavaron en nosotros las miradas. A mí me habían dado por muerta al atravesar las vías, porque otros grupos que iban detrás de nosotros habían encontrado mi sombrero. Para ellos, el sombrero había sido una señal de mi desaparición. Ni que decir tiene que se alegraron de verme con vida, y yo ni siquiera era consciente de haber perdido mi sombrero.

*

La comisaría de policía nazi estaba ubicada en una casa grande e independiente en las afueras de Mikashevich. Los policías eran traidores locales; solíamos llamarles «perros alemanes». Esos cuarenta y cinco colaboradores nazis nos causaban muchos problemas. No cesaban de tendernos emboscadas. Había llegado la hora de destruir su cuartel general y acabar con ellos.

Se organizó un grupo de diez partisanos para atacar a los colaboradores. Recibí instrucciones de unirme a ellos. Mi labor consistía en esperar en las afueras de la ciudad para ayudar con las posibles víctimas. Era evidente que, al ser diez contra cuarenta y cinco, se trataba de una misión arriesgada y que nuestras probabilidades de cumplirla eran escasas. La planificación era crucial. Tras varias consideraciones, decidimos emplear una treta. Llegamos a la conclusión de que, si los chicos locales trabajaban como voluntarios para los nazis, no tenían mucho cerebro. Teníamos muchas probabilidades de engañarles explotando su ignorancia del idioma alemán. Esa era la base de nuestro plan urdido con esmero.

Nueve de los diez partisanos se vistieron de oficiales nazis, con sus botas, sombreros, cinturones e incluso bufandas. El partisano restante se vistió de paisano: tenía que representar el papel de intérprete. Lo irónico era que ese «intérprete» tampoco sabía hablar alemán.

En medio de la noche, los diez partisanos disfrazados se presentaron en la comisaría de policía nazi. El «intérprete» extendió su brazo y saludó enérgicamente a los policías con un «¡*Heil* Hitler!». Acto seguido dijo en ruso, idioma que la policía entendía, que los nueve oficiales nazis se habían presentado sin previo aviso para efectuar una inspección sorpresa de su armamento y de su grado de preparación

para luchar contra los partisanos. Había sido por orden del *Gebiets-kommissar*, el alto mando nazi. Dado que los colaboradores no sabían hablar alemán, no hicieron muchas preguntas. Se limitaron a responder «¡*Heil* Hitler!».

Entonces el intérprete dijo: «La *Wehrmacht* nazi ha ordenado una inspección de sus armas de fuego. Pongan todos sus rifles y pistolas sobre la mesa. Los oficiales van a examinar su limpieza».

«¡*Jawohl*!», contestaron. Y los colaboradores se quitaron los fusiles de los hombros y las pistolas de los cinturones. Su siguiente orden fue que sacaran las balas para que los nazis pudieran ver lo limpias que estaban. Tan pronto como todas las armas de fuego estuvieron posadas sobre la mesa descargadas, resonó un grito en ruso: «*¡Ruki na verch!*» [¡Manos arriba!] Los colaboradores fueron fusilados sin la pérdida de un solo partisano. Así fue como diez partisanos vencieron a cuarenta y cinco traidores.

*

Todo aquello lo padecí sobreviviendo a otros judíos también experimentados. Existen testimonios de sufrimiento harto peores que el mío. Después de todo, yo sobreviví a todas mis misiones peligrosas, en tanto que miles de chicos y chicas judíos cayeron en la batalla, perdiendo su vida heroicamente en su lucha por la libertad. Esos héroes fueron enterrados en los bosques sin monumentos, lápidas ni señales. Nadie sabrá jamás lo que padecieron ni dónde yacen. Los bosques de la Rusia Blanca están repletos de muertos. La tierra está empapada de sangre judía.

Aquellos jóvenes perecieron como si nunca hubiesen estado vivos. El suelo se ablandaba un día con nuevas tumbas. Unas semanas después, se cubría con pastos, malezas y flores del campo recién crecidos, como si no hubiese pasado nada. Únicamente los altos árboles con sus sombras oscuras y largas susurraban al viento: «Que el mundo lo sepa, difunde la noticia por doquier. ¡Cuéntale al mundo lo que está pasando!» Su tortura, su sufrimiento, su valentía exigen remembranza.

Recuerdo bien el espíritu valiente de un muchacho judío en particular, de cuya muerte fui testigo. Era un joven partisano de unos dieciocho años, que había sido alcanzado por una bala que le explotó en el estómago. Solo le quedaban unos minutos de vida y él lo sabía. Aunque tenía un dolor terrible, no se quejaba. Me pidió por favor que llamase al niño judío de doce años que trabajaba en la zona del bosque designada como «cocina».

Corrí hasta la cocina y pedí al pequeño David que fuese a ver al joven partisano moribundo. David acudió de inmediato. Miró a los ojos del hombre herido. Con una voz tenue apenas audible, el partisano moribundo le dijo: «David, quiero que cojas mi rifle. Quédatelo y sigue la lucha. Véngate por nuestro pueblo. Continúa lo que yo no he podido terminar». Tras una pausa, añadió: «Te deseo buena suerte. Yo me marcho de este mundo. Voy a reunirme con mi familia». Con esas palabras cerró los ojos. Fue una de esas miles de personas que perdieron su vida en la batalla y fueron enterradas en el suelo de la Rusia Blanca.

Desde aquel día, el pequeño David se unió a la resistencia con un rifle en sus manos, al igual que los adultos, cual soldado experimentado. Cumplió la voluntad del partisano moribundo. Por supuesto, David también tenía sus razones para luchar. Él también era huérfano, el único superviviente de su familia. Me recordaba a mi hermano pequeño Boruch quien, de haber vivido, también podría haber llegado a ser un joven y valiente combatiente partisano.

12. Estaciones amargas

El invierno de 1943 fue especialmente frío. Las gélidas temperaturas sin precedentes y los vientos cortantes de levante presagiaban una fuerte nevada de las nubes bajas. Para los partisanos fue una época extremadamente difícil. Los nazis nos atacaban a diario y nos veíamos continuamente obligados a cambiar de ubicación.

Cuando atacaban nuestra base u oíamos rumores de un bloqueo enemigo, nos dividíamos en pequeños grupos dispersándonos en diferentes direcciones. Cada grupo formaba entonces una nueva base provisional hasta que se apaciguaban de nuevo las aguas. En ese momento regresábamos todos a la base original de nuestro cuartel general, que era el punto de encuentro designado donde nos reuníamos con el resto de nuestra brigada.

Tal era nuestra forma de vida mes tras mes en aquel invierno. Conservo todavía un vívido recuerdo de la dinámica de nuestra vida cotidiana en aquellos días. Mientras andábamos de acá para allá, no teníamos tiempo de excavar los búnkeres que solíamos construir para refugiarnos en la nieve o en la tierra. Especialmente en el invierno, esos búnkeres nos proporcionaban un poco de calor y confort mientras dormíamos. Nos acostábamos en la nieve. A veces por la mañana nos descubríamos congelados en el suelo. Apenas habíamos conseguido construir un endeble refugio con ramas cuando recibíamos la orden de reanudar la marcha.

Aunque las noticias de la derrota nazi en Stalingrado en enero nos habían animado extraordinariamente, en febrero parecía posible que las fuerzas soviéticas perdieran el territorio del Frente Oriental que habían conquistado con tanto esfuerzo. A mediados de marzo, las fuerzas nazis parecían haber revertido todos los logros soviéticos. ¿No existía ninguna potencia en el mundo capaz de enfrentarse a los nazis? El contraste entre nuestra suerte y la de nuestro enemigo resultaba doloroso. Nosotros, en los bosques, pasábamos días enteros sin comida ni una muda de ropa. Debíamos tender emboscadas para conseguir prendas limpias. No teníamos un techo sobre nuestras cabezas ni una manta con la que cobijarnos. Muchas veces nos tumbábamos a dormir hambrientos en el frío sobre el suelo abrupto y mojado. Durante los dos años que pasé con los partisanos nunca dormí en una cama.

En lo tocante a los suministros, la situación era igualmente penosa. Siempre escaseaban las armas de fuego. Algunos de nuestros fusiles

estaban oxidados y viejos. No teníamos coches, ni tanques ni ningún otro vehículo blindado, y desde luego ningún avión. Contábamos con pocos médicos y ningún hospital. Siempre necesitábamos con urgencia suministros médicos.

Pensábamos con envidia en la situación de nuestros enemigos. Todos ellos estaban bien equipados, con buenas armas y un suministro interminable de municiones. Sus armas de fuego eran las mejores, al igual que sus coches, sus tanques y sus aviones. Eran un ejército fuerte y estaban decididos a destruirnos, ya que suponíamos una amenaza creciente. Tenían médicos para sus heridos y no les faltaban los suministros médicos. Tenían comida, buena ropa y buenas botas. Por la noche, tumbados en el frío suelo, les imaginábamos durmiendo en camas con almohadas en casas secas y cálidas. Esos asesinos bien organizados tenían todo cuanto deseaban.

Podíamos estar mal pertrechados, pero nuestra principal arma, el coraje personal, abundaba. Luchábamos enérgicamente y con un éxito sorprendente, sabedores de que la rendición significaba tortura y muerte. No había otra manera de sobrevivir. Teníamos que vencer. Los partisanos judíos en particular revelábamos un gran poder interior, pero con frecuencia pagábamos con nuestras vidas por nuestra voluntad incondicional de luchar.

Y había veces, especialmente en aquel terrible invierno, en que nos hartábamos de esa forma de vida. ¿Cómo no habríamos de anhelar ser libres, vivir como gente normal, como seres humanos? ¿No habíamos tenido ya suficiente sufrimiento, suficientes noches agotadoras en vela?

*

Se acercaba el final de aquel invierno aparentemente interminable de 1943 cuando encontramos un campamento que parecía relativamente seguro y estable. Por fin habíamos sido capaces de permanecer cinco semanas en un lugar. El suelo estaba congelado y cubierto de nieve, por lo que resultaba imposible saber qué tipo de terreno yacía bajo el manto de nieve.

Finalmente el crudo invierno comenzó a amainar. La nieve se derretía poco a poco a diario. La temperatura empezó a superar el punto de congelación. Aguardábamos con impaciencia por fin el tiempo cálido y la luz del sol. Pronto tendríamos que trasladar de nuevo nuestra base.

La noche había sido cálida. Al despertar descubrimos que se había derretido toda la nieve y la tierra estaba mojada y desnuda. Al desaparecer la capa de nieve, pudimos ver por primera vez el terreno. Habíamos acampado en una isla rodeada por fango y ciénagas impenetrables. Con el derretimiento, lo que había sido suelo firme se revelaba como arenas movedizas. Corríamos un auténtico peligro. Si el enemigo descubría que estábamos atrapados ahí, podía rodearnos y matarnos a todos con facilidad. Si nos descubrían, no seríamos capaces de escapar ni de defendernos. Se nos agotarían las balas enseguida.

Faye con Ivan Vasilievich en el puente de madera sobre las arenas movedizas; primavera de 1943.

No había tiempo que perder. Teníamos que encontrar una salida. Teníamos que tender un puente provisional desde la isla hasta la tierra firme más allá de las arenas movedizas, una distancia de unos cientos de metros. Talamos árboles y los tumbamos, uno tras otro, a modo de tablas. Gracias a ese puente improvisado logramos salir de la isla. No fue una tarea fácil, ya que no disponíamos de sierras ni de hachas. Pero trabajamos muy duro y terminamos a tiempo, antes de que los informadores tuvieran oportunidad de notificar a los nazis nuestra apurada situación.

*

Dado que el calendario hebreo no se corresponde con el calendario secular, durante los años partisanos nunca sabía cuándo eran las festividades judías: ni el Año Nuevo judío, ni Yom Kipur, ni la Pascua ni ninguna otra fiesta. La única excepción fue la Pascua de 1943. En mi breve encuentro con mi hermano Kopel el otoño anterior, justo antes de vernos obligados a separarnos, Kopel me había informado de la fecha exacta correspondiente. Aquella fue la única vez que fui capaz de observar una festividad judía durante mis dos años entre los partisanos.

La Pascua de 1943 desde luego no se pareció mucho a las de casa. No hubo ninguna cena especial, ni oraciones en la sinagoga ni, lo más doloroso de todo, ninguna familia con la que celebrarla. La vida había cambiado drásticamente y ya no pervivía ninguno de mis rituales precedentes. La única manera que se me ocurrió de observar la festividad fue no comer pan ni sopa.

La sopa y el pan eran nuestro principal sostén. Solo cuando las cosas estaban tranquilas nuestro cocinero tenía la oportunidad de prepararnos una comida más elaborada. Un aspecto importante en la observancia de la Pascua era abstenerse de comer pan. El consumo de carne de cerdo está prohibido para los judíos en todo momento. Nuestra sopa se cocinaba normalmente con harina y cerdo. Aunque me vi forzada a comer cerdo durante mis años con los partisanos, me comprometí conmigo misma a no consumir cerdo durante esos ocho días de la Pascua. Eso implicaba no unirme al grupo a la hora de la cena.

Comer juntos era un ritual comunitario entre los partisanos. Nos reuníamos todos para comer, diez o doce partisanos sentados en el suelo en torno a un gran cuenco de sopa. No teníamos tazones individuales; comíamos todos del mismo cuenco.

Después de la comida, el «postre» era un cigarrillo comunal. Uno de los compañeros sacaba de su bolsillo un trozo de papel de periódico; otro buscaba un poquito de tabaco, liábamos un cigarrillo y todos echábamos una calada. El cigarrillo circulaba varias veces hasta que se terminaba. Compartíamos un cigarrillo entre diez o doce. Ese era nuestro momento de compañerismo, nuestro rato de tranquilidad juntos.

Había llegado la Pascua. Yo no era capaz de sumarme a la comida ni de contarle a nadie el motivo. Después de todo, entre los partisanos

soviéticos se suponía que yo actuaba como una comunista, no como una creyente en la religión. Además, no todos sabían que era judía. Supuestamente era como uno de ellos; éramos todos camaradas. Decidí mantener mi observancia en secreto.

Todos los días de esa semana iba a la cocina y cogía unas pocas patatas para asarlas en las cenizas calientes de la fogata. Durante ochos días me alimenté de patatas asadas. Aquello no era difícil para mí. Sin embargo, los chicos se inquietaban cuando no me unía a ellos y les preocupaba que me ocurriese algo. ¿Por qué no comía? No sabían nada de las patatas. Yo inventaba toda clase de excusas y logré observar la Pascua a mi manera durante los ocho días enteros. Una cosa era segura; me alegré de que terminara la Pascua. Sin lugar a dudas me habría resultado mucho más fácil no saber la fecha de esa Pascua, al igual que había ignorado las de todas las demás festividades judías.

*

Un día me encontraba sola y alejada del grupo, caminando por el bosque. Era primavera y había llovido. La humedad brillaba en la hierba y la fragancia impregnaba lentamente el aire. La tierra estaba blanda y la vegetación era de color claro. Las hojas y las flores se abrían en bellos colores. Todo olía a frescor. Recordé súbitamente cómo siempre me había sentido conmovida por la naturaleza, siempre llevaba la cámara en las manos, en busca de hermosos paisajes que fotografiar y luego pintar. Todo era maravilloso; los pájaros cantaban. Respiré hondo. Era como un sueño, como si hubiera regresado a un tiempo anterior a la guerra.

El mundo seguía siendo hermoso, pero ni mi familia ni muchos otros judíos podían admirar ya aquella belleza. ¿Cómo podía seguir disfrutándola? ¿Dónde habían ido a parar los sueños que solía tener, mis sueños de juventud? Se habían ahogado en los ríos de sangre inocente. Ya no existía ningún lugar seguro en el que pudiera soñar con una vida de paz y tranquilidad. Mi vida estaba repleta de violencia, brutalidad y terror. Pensando en todo aquello, tuve que detenerme durante un rato para recobrar el control sobre mis emociones.

*

Nuestros tiempos difíciles continuaron hasta bien entrado aquel verano de 1943. Seguíamos sin poder permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Andábamos siempre cambiando de ubicación con

poca comida, poca agua, insuficientes horas de sueño y constantes ataques del enemigo.

Después de una lluviosa noche estival, estábamos calados hasta los huesos, sin ropas secas para mudarnos ni refugio frente a los elementos. Las prendas que llevábamos tenían que secarse sobre la marcha, con la ayuda del sol o del viento. Y cuando había estado lloviendo durante días, la fría humedad de nuestra ropa penetraba por todo el cuerpo.

Por otra parte, cuando hacía calor nos deshidratábamos con frecuencia. Especialmente cuando estábamos en marcha —y nos sentíamos cansados, acalorados y sedientos, con la garganta reseca—, no podíamos detenernos a menudo a buscar agua, para evitar que el enemigo localizase nuestra posición. Había pocos lagos y era difícil encontrar un río. El agua era un bien preciado en aquellos tiempos, incluso más importante que la comida. A veces nos topábamos con pequeños charcos de agua de lluvia sucia, llenos de insectos y gusanos. No importaba; estábamos tan sedientos que bebíamos cualquier cosa. En esas ocasiones resultaba muy útil un sombrero. Yo llenaba el mío con aquella agua infestada, luego extendía un trozo de gasa de mi botiquín de primeros auxilios sobre un extremo de mi sombrero y bebía el agua a través de ese filtro improvisado. No sabía lo que estaba tragando, pero en ese momento no me importaba. Después de beber me sentía renovada, más fuerte y capaz de proseguir nuestro viaje.

A veces me preguntaba si era más fácil para nosotros durante el verano o el invierno. La ventaja en invierno era que el suelo estaba congelado y podíamos tomar atajos. No necesitábamos dar rodeos para evitar ríos, pantanos o arenas movedizas. Un trineo y un caballo eran considerablemente más silenciosos que un caballo y un carro, cuyo traqueteo sobre los caminos llenos de baches podía oírse a kilómetros. En invierno las tormentas de nieve cubrían nuestras pisadas, al igual que la lluvia primaveral. Pero cuando paraba de llover, los caminos sin pavimentar eran tan fangosos que resultaba difícil andar; el barro se nos agarraba a las botas, que se hundían profundamente a cada paso; nos limitábamos a arrastrar los pies. Cuando el suelo estaba firme con el buen tiempo, con frecuencia teníamos que caminar hacia atrás a fin de que el enemigo, al ver nuestras huellas, nos persiguiera en sentido contrario.

*

La situación en el bosque cambió gradualmente. En el otoño de 1943

el movimiento partisano se había fortalecido. Contaba con centenares de destacamentos y millares de partisanos bien organizados. Se habían lanzado en paracaídas desde la Unión Soviética soldados adiestrados con el fin de organizar y ayudar a nuestras brigadas. Las lealtades de las poblaciones locales que nos rodeaban en los bosques se estaban poniendo de nuestro lado. La gente empezaba a creer que los nazis podían perder la guerra. Aun cuando oficialmente estuviéramos detrás de las líneas nazis, los nazis solo eran capaces de moverse por los bosques en columnas reforzadas. El bosque se consideraba ahora territorio partisano.

Aunque ninguno de nosotros podía haberlo sabido con seguridad por entonces, lo cierto es que el curso de la guerra estaba comenzando a cambiar. En mayo de 1943, las fuerzas aliadas habían derrotado a los nazis en Túnez. A lo largo del verano de 1943, los bombardeos aliados de Alemania e Italia habían sido devastadores. En julio, Mussolini había sido arrestado; en agosto, Sicilia había caído ante los aliados; en octubre, Italia declaró la guerra a Alemania. Más cerca de casa, los avances soviéticos en el Frente Oriental, a pesar de su coste, habían sido espectaculares. Nuestras propias acciones provocaban un efecto creciente sobre el enemigo, y la moral era ahora alta.

Un día de otoño de 1943 nuestro destacamento se topó con una manada de caballos, casi uno por cada combatiente. A mí el beneficio no se me antojaba particularmente evidente. Aunque varios de los muchachos entendían de caballos, su personalidad y su idiosincrasia, cómo algunos eran dóciles en tanto que otros ni siquiera te dejaban acercarte a ellos, yo era una completa ignorante en esas sutilezas acerca de la personalidad equina.

Los chicos decidieron que aquel era un buen momento para gastarme una broma y divertirse un rato. Me llamaron y me ofrecieron lo que aseguraban que era un buen caballo. Subí en la silla de montar, ignorando que ese caballo en particular tenía una disposición salvaje. Tan pronto como me senté sobre él, comenzó a galopar hacia un árbol, tratando de zafarse de mí. Agarrándome todo lo fuerte que podía, estaba aterrorizada. Mientras tanto los chicos se carcajeaban de risa.

Milagrosamente, Ivan Vasilievich apareció como de la nada. Corrió hacia el caballo, consiguió asir sus riendas y lo detuvo. Yo desmonté aliviada. Era una suerte tener un amigo cerca. Escogí otro caballo, uno más dócil que podía montar con seguridad.

*

Pese al compañerismo ocasionalmente travieso de mis camaradas partisanos, a veces me sentía muy sola. Recuerdo un día en particular. Me hallaba entre árboles frondosos y altos con ramas extendidas. Las ramas de un árbol se superponían a las de sus vecinos tan densamente que apenas podía ver el cielo gris, nuboso y pesado sobre mi cabeza. Cada vez que alzaba la vista entre las ramas, sentía como si el cielo estuviera bajando y tornándose más pesado. Finalmente empezó a llover a cántaros, con un tiempo tormentoso y ventoso. Al principio los árboles me protegían de la lluvia, pero al cabo de un rato estaban cargados de agua, que comenzaba a caer de ellos. Me senté bajo un árbol en el suelo empapado y me apretujé contra un tronco buscando protección. Me cubrí el rostro con las manos y me puse a esperar. No había nada que pudiera hacer, ningún lugar en el que esconderme, ningún sitio al que correr o ir en busca de algo con lo que cubrirme. Estaba en el bosque y no tenía adónde ir. Tras largas horas, el cielo se aclaró paulatinamente. Seguía lloviznando, pero ya no diluviaba. Estaba calada hasta los huesos. Las ropas mojadas y el viento frío me enfriaron el cuerpo. Al levantarme, sentí lo fría que estaba en realidad. Me corría el agua por el cuerpo.

No pude por menos de pensar en lo afortunadas que eran las personas que tenían un techo sobre su cabeza, una casa cálida, una cama, una comida caliente o una taza de agua caliente. Pero yo no. Yo no tenía todos esos lujos, no podía siquiera soñar ni pensar en tales cosas. Lo único que sabía era que estaba mojada y no tenía ropa seca para cambiarme. Volví a alzar la vista al cielo. Quizá el sol saliese de entre las nubes. Lo único que podría ayudarme en esos momentos sería el sol; el sol me calentaría y secaría mi ropa. Pero ¿dónde estaba el sol? Todavía cubierto con nubes oscuras. Continuaba lloviznando. No caería esa breva de secarme pronto. Sentí que se me cerraba la garganta y comencé a estremecerme de frío. No había ningún lugar seco ni nadie a quien quejarse. No debía montar ningún escándalo. Tenía que mostrarles a todos un rostro feliz. Todas las cosas buenas, la vida normal, todo eso pertenecía al pasado. Ahora todo estaba en ruinas o quemado; todos habían sido asesinados. Mi vida consistía en ciénagas, agua, hielo y un frío polar; mi destino era un fusil y una cama en el duro suelo tanto en invierno como en verano. No se me permitía estar enferma; no había medicinas. El agua que bebía estaba llena de bichos, pero no me pasaba nada. Era más fuerte que el acero.

*

La noticia se había propagado rápidamente por nuestra base; once espías habían sido capturados vivos. Menuda sensación. Todos pensábamos para nuestros adentros: ¿Quiénes eran? ¿De dónde

venían? ¿Podía ser cierto que todos ellos fuesen espías? Nadie lo sabía ni nadie tenía agallas para preguntarlo. Nunca hacíamos muchas preguntas.

Por la mañana me llamaron del cuartel general. El comandante quería verme. Tres de ellos estaban sentados, esperando. El comandante, el *nachalnik shtaba* y el comisario. El comisario dijo: «Fanya, ¿tienes un corazón fuerte?»

«Sí, Camarada Comisario, tengo un corazón fuerte». Huelga decir que esa fue mi respuesta. No podía contestar que era débil; no sabía por qué me lo preguntaba. Entonces el *nachalnik shtaba* dijo «¡Bien! Tú apuñalarás». Sentí que se me revolvía el estómago. Sin mostrar mis sentimientos, respondí como un soldado: «Sí, Camarada *Nachalnik Shtaba*». Miré al comandante y este explicó: «Eres una buena partisana. Trabajas duro, haces fotografías, ayudas a los heridos y te presentas voluntaria para las operaciones. Nos gustaría honrarte. Serás una de las partisanas que apuñalarán a los once espías. Mañana a las seis en punto de la mañana has de estar en esta ubicación». Me señaló el lugar, a unos sesenta metros hacia el lado donde estaban los árboles. Ese era el sitio elegido para el apuñalamiento.

Salí estremeciéndome. ¿Qué debía hacer? Yo no podía matar a sangre fría. Una cosa era luchar como soldado. Pero, para mí, aquello era diferente. Para algunos partisanos, matar era un placer o, al menos, una forma de vida. Pero no para mí; yo no era una asesina. Yo no podía enfrentarme a la crueldad y al salvajismo con más de lo mismo. Prefería mi trabajo de enfermera ayudando a los heridos.

Aquello me planteaba un dilema que no podía compartir con mis superiores partisanos. Se me ocurrió una idea: me presentaría un poco tarde. Sabía cuán ansiosos estarían otros de tener el «honor» de apuñalar a los espías.

Cuando aparecí con unos quince minutos de retraso, todavía pude oír los gritos desesperados de los once espías que ya habían sido apuñalados. Aún continuaban moviéndose. Mientras llegaba al lugar, me abordaron unos cuantos partisanos que se disculparon por haberse encargado ellos mismos del trabajo. Habían estado demasiado impacientes como para esperar.

Desaparecí en cuanto pude y me escondí en un búnker. Sola, estallé en llanto, una reacción que no concordaba con la partisana aguerrida que era. Pero mis viejas heridas no habían cicatrizado todavía y ahora habían vuelto a abrirse. Me embargó de nuevo todo el dolor. No veía a

aquellos once espías muertos, sino a mi propia madre en su agonía, a mi padre en un charco de sangre, a mis hermanas y mis hermanos atravesados por las balas. Estaba descompuesta de temor.

Faye con su unidad. El hombre a la izquierda de Faye es el *nachalnik shtaba*.

No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado hasta que oí una voz familiar que me llamaba. Era Ivan Vasilievich. Me consoló y dejé de llorar. Me prometió no contarle a nadie que había estado llorando. Estaba avergonzada de mi llanto; los partisanos no éramos así.

*

Servía entre los partisanos con un fusil en las manos, me iba a dormir con el fusil bajo la cabeza. Quienes no han compartido esa experiencia no comprenden cómo podía hacerlo. A veces he sentido la pregunta no formulada: «Tú no pareces una asesina. ¿Cómo puedes haber sido una soldado partisana?» No soy una asesina. Jamás he considerado que lo fuera. Un partisano lucha por la paz y la justicia.

Lo que vi perpetrar a los nazis me tornó hambrienta de justicia. Una

vez fui testigo de un ejemplo horrible de la tortura inhumana que empleaban los nazis. Nos hallábamos en las afueras de una aldea. Antes de entrar, habíamos enviado a un explorador. Este nos informó de que una veintena de nazis acababan de marchar, por lo que decidimos entrar en la aldea en busca de comida. Cuando llegamos a la primera casa nos aguardaba un panorama estremecedor. Una joven de veintitantos años yacía medio desnuda bajo un árbol delante de la casa. Le habían cortado la lengua y le habían arrancado los senos. Junto a ella había un bebé muerto. Ambos estaban rodeados de charcos de sangre. De algún modo, la mujer continuaba con vida y hacía gestos débiles pidiendo ayuda. Quería vivir...

Una escena como aquella perduraría para siempre en mi mente y me haría anhelar la justicia y la venganza de los nazis. Deseaba buscar y atacar al enemigo. Al mismo tiempo quería vivir en paz, libre de semejante bestialidad. No quedaba otra opción que hacerme más dura, más fuerte, con más energía y más afán de terminar la guerra.

13. Un importante bloqueo

Invierno de 1944. Otro frío día invernal trajo sus tormentas rusas, con nieve, viento y escarcha. Aquella inclemencia no detenía nuestra ofensiva; por el contrario, luchábamos con gran denuedo. Nuestro grupo tenía la misión de dirigirse al este para atacar a una guarnición nazi y conseguir suministros vitales. Yo me presenté voluntaria. Había vuelto a quedarme sin suministros médicos; necesitaba agenciarme vendas limpias para los partisanos heridos. Habitualmente, si las circunstancias lo permitían, limpiaba las heridas y cambiaba los apósitos cada dos días.

Pensaba llevar mis botas de cuero que estaban en perfectas condiciones, pero todos me dijeron: «Deja aquí las botas y ponte las *valenkes*. Tus pies estarán más a salvo de la congelación». Las *valenkes* eran botas hechas de fieltro, mucho más abrigosas que las botas de cuero. Les hice caso y me calcé las *valenkes*.

Teníamos que pasar por varias aldeas para llegar a nuestro destino. Pensábamos que se trataba de una zona segura. Todo estaba tranquilo; no oíamos ningún disparo. Pero cuando entramos en una de las aldeas por la noche, la gente se sorprendió al vernos. «¿Qué hacéis aquí? Hay nazis por todas partes, a millares, y vienen en esta dirección. Tenéis suerte de seguir con vida. Ahora mismo están en la aldea que acabáis de dejar. Se presentarán aquí en cualquier momento». Al oír aquello, partimos inmediatamente. No podíamos luchar contra tantos. Proseguimos nuestro camino hasta el siguiente pueblo, que también estaba repleto de nazis. Para entonces estábamos muertos de hambre y de cansancio y hacía mucho frío, pero no teníamos tiempo para comer y menos aún para descansar. Otro tanto ocurrió en la aldea siguiente. Continuamos avanzando de un pueblo a otro.

Nos enteramos de que los nazis habían organizado un ataque masivo contra los partisanos de las inmediaciones, cuya fuerza creciente se estaba revelando una amenaza cada vez mayor. Las tropas nazis avanzaban hombro con hombro en una fila de cinco kilómetros. Habían decidido liquidar a los partisanos de una vez por todas. Supimos que en aquel asedio participaban un total de setenta y cinco mil nazis y sus colaboradores. Estaban destruyendo todo a su paso, incendiando aldeas y granjas y matando a civiles inocentes. Durante aquella operación quemaron veintiocho aldeas hasta los cimientos y mataron a miles de civiles, en su mayoría rusos blancos, granjeros y

campesinos locales. Las aldeas y las granjas se convirtieron en cementerios.

La propaganda nazi anunciaba en enormes carteles que habían matado a muchos millares de partisanos. Eso no era cierto. En realidad mataban a la población civil de la región. Los partisanos escapaban a tiempo, huyendo en todas direcciones. Nuestro grupo no sabía exactamente qué estaba ocurriendo. Habíamos partido de nuestra base tan solo unas horas antes del comienzo de los asaltos. Proseguíamos nuestra marcha y no éramos conscientes de que íbamos en todo momento justo por delante del enemigo. En cuanto salíamos de una aldea, llegaban los nazis. Tuvimos suerte. Escapamos de milagro.

Pero lo que sí que sabíamos era que teníamos que continuar avanzando. Aquella primera noche recorrimos unos cuarenta kilómetros. Después de esa noche seguimos avanzando de un lugar a otro, día tras día. Hacía frío durante el día y las noches eran más frías todavía, alcanzando los veinte o treinta grados bajo cero. De vez en cuando oíamos los aullidos de los lobos en la distancia.

Aquella importante incursión nazi forzó a la mayoría de los destacamentos partisanos a abandonar sus bases respectivas y dispersarse por los bosques de la Rusia Blanca. Mi grupo andaba intentando regresar a su base. Por el camino nos encontramos con muchos grupos más pequeños, pero ninguno de ellos de nuestra brigada.

La situación era caótica y aterradora. En los bosques proliferaban los bandidos y los grupos enemigos que estaban colaborando con los nazis contra los partisanos soviéticos. Nunca sabíamos quiénes eran enemigos ni dónde estaban. Había casos de grupos partisanos que, al no saber quién se acercaba, se disparaban mutuamente. En muchas ocasiones, la gente disparaba sin preguntar. Si un partisano o un muchacho ruso resultaba estar vistiendo un uniforme nazi, se le tomaba por un nazi y se le mataba. Tras una incursión no había control alguno ni, por supuesto, ningún contacto: ni teléfonos, ni mensajeros ni comunicación de ninguna clase.

En nuestro grupo queríamos regresar a nuestra base. Era un camino largo; teníamos que cruzar líneas férreas, ríos y carreteras, y pasar por aldeas fuertemente custodiadas por los nazis y sus colaboradores. Por fortuna, por el momento el suelo seguía congelado. No era preciso desviarse para sortear los pantanos y podíamos tomar atajos.

Por el momento nuestro grupo había tenido suerte. Nos topamos con

otro grupo que no había sido tan afortunado. No puedo olvidar aquel destacamento de sesenta y cinco partisanos, todos ellos congelados. Era una escena espantosa. Rodeados por el enemigo, se habían visto forzados a tumbarse en el suelo congelado a temperaturas que rondaban los treinta o cuarenta grados bajo cero, inmóviles. En el momento en que un partisano alzaba la cabeza, recibía un disparo. De alguna manera habían logrado mantener su posición y defenderse. La rendición habría implicado tortura y luego ahorcamiento. Resistieron durante tres días y tres noches heladoras. Finalmente otro grupo de partisanos llegó en su rescate. Para cuando los sesenta y cinco integrantes del grupo fueron liberados, sufrían una fuerte congelación. Unos tenían congeladas las orejas, otros las manos, las piernas, los dedos y la nariz.

Cuando coincidimos con ellos, su situación era desesperada. Sus cuerpos se estaban pudriendo. A cada día que pasaba, la congelación se propagaba. Era como la podredumbre de una manzana, que se inicia en un sitio pequeño y se extiende día tras día hasta que se ha podrido la manzana entera. El hedor era terrible, totalmente diferente de una herida de bala por la que sale a borbotones la sangre fresca. Cuando me pidieron ayuda, por supuesto hice cuanto pude. A algunos no pude ayudarles en absoluto; la gangrena se había extendido demasiado y las condiciones hacían imposible la cirugía.

La visión del sufrimiento de aquellos a quienes no podía ayudar —los moribundos, los que estaban perdiendo sus brazos, sus piernas, su cara o sus orejas— resultaba devastadora. Aunque estaba desesperada en mi impotencia, no podía delatarme. Tenía que mantener el ánimo, sonreír para infundir aliento, decirles que se pondrían bien. Lo sentía enormemente por cada uno de ellos. Era facilísimo imaginarme en su lugar.

Durante las dos semanas que mi grupo y yo permanecimos con ellos, les atendí y les ayudé de todos los modos posibles. Después recibimos la orden de partir. Mis pacientes comprendían que una orden había de ser obedecida. Aunque no se quejaron ni protestaron, lloraron. Las lágrimas bañaron sus rostros. ¿Puede alguien imaginar el sufrimiento y el dolor que padecieron?

Estábamos pasando por un pueblo cuando una chica campesina llegó corriendo hasta nosotros gritando y llamándome doctora. No sé cómo los vecinos habían sabido de nosotros con tanta rapidez. La muchacha decía que los nazis habían disparado a su padre, pero este continuaba con vida. Quería mi ayuda. No estaba lejos, así que la acompañé hasta la casa de la granja. Yo no llevaba nada conmigo, ninguna

medicación. Se me habían agotado todos mis suministros con los partisanos congelados. Le pedí a la hija que hirviera agua y esterilicé una tira de sábana. Añadí un poco de sal, que era el principal medicamento a falta de algo mejor. Lavé la herida con el agua esterilizada y salada, la cubrí con un apósito esterilizado y vendé la herida con tiras de sábana. Era todo cuanto podía hacer. Concluida la faena, salí para reunirme con mi grupo.

Continuamos atravesando el bosque, que se extendía vastas distancias por esa parte de Polesia. Los árboles eran altos y frondosos, bloqueando el sol y proyectando una luz gris y oscura incluso a mediodía. Las horas crepusculares eran largas. Para los partisanos del bosque, la oscuridad era una amiga. Nos sentíamos más seguros a oscuras. En tanto en cuando la tierra no se había puesto su manto de oscuridad, no nos atrevíamos a abandonar la espesura del bosque. Yo había olvidado hacía tiempo las comodidades habituales de la vida doméstica en una ciudad con casas y calles, había olvidado lo que supone caminar libremente por las aceras, tumbarse en una cama tibia, levantarse por la mañana y acostarse por la noche. Ahora, la mayor parte del tiempo caminábamos durante la noche y dormíamos y descansábamos de día. Los lobos eran nuestros amigos. Antes me daban miedo esos animales, pero ahora no. Ahora sabía que huían de la actividad humana. Si había lobos merodeando, no nos encontraríamos con los nazis.

Recordaba un incidente increíble de unos meses atrás. La noche había sido gélida, y la nieve y el hielo crujían bajo nuestros pies. Estábamos congelados, pero seguíamos andando resignados en silencio. Cada paso cansado se hundía y emergía de la nieve interminable. Súbitamente advertimos el destello de luces en la distancia. Nos miramos unos a otros esperanzados. Quizá se tratase de la casa de una granja; tal vez no hubiese nazis. Podríamos entrar en una vivienda y calentarnos, al menos durante un rato. Habríamos dado lo que fuera por estar dentro de una casa, por calentarnos las manos y los pies. Teníamos especialmente frías las manos, que sostenían los fusiles metálicos. Fluyó la adrenalina; comenzamos a acelerar el paso. El resplandor de las luces se tornó más claro. Nuestro estado de ánimo mejoró; teníamos esperanzas. Caminábamos sin cesar, pero por lo que fuera no nos aproximábamos al origen del fuego. De hecho, este seguía retrocediendo hasta que desapareció por completo. Solo entonces nos percatamos de lo que eran las luces: los ojos de los lobos. Al igual que los de los gatos, los ojos de los lobos brillan por la noche. Nuestros sueños de una casa caliente se fueron volando con el frío viento. Pero nos vino a la mente algo bueno: al menos, si había lobos ahí delante, no habría enemigos. Podíamos proseguir con seguridad.

*

Durante el período del bloqueo, no podíamos circular por las carreteras ni por buenos caminos; lo nuestro era el estrecho sendero a través de las ciénagas donde no pisarían los pies nazis. Los nazis no querían meterse en el barro hasta la cintura, lo que nosotros teníamos que hacer muchas veces para tener las espaldas cubiertas. Estábamos intentando constantemente reunirnos con nuestra brigada para que no nos tomasen por desertores. Unirse a otros grupos iba contra las normas. Teníamos que buscar a nuestro comandante y nuestra propia brigada. Esa era entonces nuestra tarea.

Tan pronto como el suelo se descongeló mis *valenkes* resultaron inútiles. Durante el día estaban empapadas y se volvían muy pesadas. De noche la temperatura caía bajo cero. Todo lo que se derretía de día se convertía en hielo de noche. Dado que yo dormía en el suelo, las *valenkes* se congelaban en mis pies. Golpeaba un pie contra el otro, con las *valenkes* aferradas cual pedazos de hielo. Se hacía imposible calzarlas. Finalmente me deshice de ellas y me até trapos a los pies. Añadí trozos de madera a la base a modo de suelas, ya que sin la madera los trapos no durarían mucho tiempo. Caminando día y noche, a veces diez o veinte kilómetros de una tirada, esos harapos en mis pies eran un sufrimiento.

Nuestro grupo pasó otro par de semanas durmiendo sobre la tierra mojada. Continuábamos avanzando. Los días eran mucho más cálidos, pero las noches seguían siendo frías. Nunca había un lugar especial para dormir: dondequiera que parásemos a descansar, allí dormíamos. Cuanto más mojado el suelo y más adentrados en los bosques, más seguros estábamos. Ya no me importaba estar mojada, sucia y cubierta de barro.

Al cabo de seis semanas de apuros, nuestro grupo logró al fin reunirse con los otros destacamentos de nuestra brigada. Nuestras unidades estaban establecidas ahora en el mismo lugar de antaño, en las profundidades del bosque y los pantanos a veinticinco kilómetros de los regimientos nazis. Había sido una travesía larga y difícil de regreso a nuestra base; un milagro tras otro nos habían mantenido con vida.

El amargo invierno había llegado a su fin. Justo al sur de nosotros, la ofensiva soviética desde enero hasta abril de 1944 había expulsado a los nazis de Ucrania. A mediados de mayo, el área al sur del río Pripet y tan al oeste como Ternópil fue ocupada por las fuerzas soviéticas. El deshielo trajo consigo una breve interrupción temporal de la ofensiva soviética.

Corría la primavera de 1944. La nieve se había derretido. El suelo congelado, duro como una roca, comenzó a derretirse y cada día era un poco más templado. El aire fresco y el dulce aroma de la primavera llenaban nuestros pulmones. La superficie de la tierra se cubrió con una manta verde, los árboles y los arbustos se vistieron de verdor. Era una hermosura, un auténtico regalo para la vista, con la coloración verde clara de la primavera por todos los bosques y con las flores exhibiendo sus lindos tonos. Los pájaros empezaron a cantar. A veces podía verse unos cuantos de ellos congregados sobre una tumba reciente de algún partisano, como si estuviesen entonando elegías al héroe o la heroína cuya vida se había perdido en la batalla.

Sí, todo era bello, pero la belleza era defectuosa. Algo andaba terriblemente mal. La realidad estaba regresando a mí. El peligro y la muerte continuaban acechándome. Estaba acostumbrada a ello, pero en mis seis semanas fuera, algo había cambiado. De regreso en mi propia brigada, no sentía la amabilidad y la devoción a las que había llegado a habituarme. Cobré conciencia de que éramos ya muy escasos los partisanos judíos. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaban todos? ¿Por qué notaba miradas extrañas? Yo no había cambiado durante mis seis semanas de ausencia. Sentía que había hecho muchas cosas buenas en ese tiempo terrible. Había ayudado a infinidad de heridos durante nuestras andanzas. Los partisanos congelados habían llorado a mi partida. ¿A qué obedecía ahora la frialdad de mi recibimiento? Tenía que averiguarlo. Al cabo de unos días me topé con un muchacho judío y le pregunté: «¿Qué ha sucedido? ¿Qué está pasando? ¿Dónde están los chicos y las chicas?»

Agachó la cabeza. «La mayoría de los partisanos judíos han sido despedidos, expulsados de sus unidades a las fauces de los nazis porque no tenían fusiles». La orden había sido dictada por el cuartel general partisano. Los partisanos no querían que el enemigo pensara que muchos de ellos carecían de rifles. Un adversario pobremente armado sería atacado con una fuerza decisiva más contundente. La solución más sencilla consistía en expulsar a los judíos. Como siempre, cuando los judíos no eran necesarios, ya no eran queridos.

En mi misma brigada había un judío «más viejo». En realidad no era viejo, cincuenta años a lo sumo, pero dada mi juventud, a mí me parecía muy mayor. Le llamaba «el anciano». Cuando se enteró de que nuestros propios partisanos habían expulsado de sus filas a los judíos, quiso hacer algo para ayudar. Algunos de nuestros antiguos compañeros judíos habían sobrevivido y estaban escondidos e indefensos en los bosques. Un día, el «anciano» me llamó aparte. Tenía una idea para conseguir que los partisanos aceptaran de nuevo a los

judíos o, en el peor de los casos, para permitirles defenderse. Deseaba conocer mi opinión. Le pregunté qué tenía pensado hacer. Me constaba que no estábamos en una posición de hacer gran cosa. Me explicó que le gustaría escribir una carta a Estados Unidos, pidiendo a las organizaciones judías que consiguiesen fusiles para los judíos que se hallaban escondidos en los bosques. De esa manera, los partisanos soviéticos se verían obligados a apoyarles o a aceptarles, y los judíos tendrían la oportunidad de defenderse y luchar contra el enemigo, al igual que los rusos.

Yo estaba muy impresionada. Me sentía honrada de que aquel anciano estuviera compartiendo sus esperanzas conmigo, de que le interesara mi opinión. Cavilé unos instantes y luego dije de forma tajante: «¡No! ¡No lo hagas! Es demasiado arriesgado». Yo conocía muy bien a los rusos. La mejor forma de sobrevivir era mantener la boca cerrada. Se lo advertí, pero no siguió mi consejo. Les contó a algunos de los gentiles sus ideas acerca de la carta. Dado que no existía ningún servicio de correo en el bosque, la misiva tendría que ser enviada por mensajero. Les dijo exactamente lo que quería escribir. Al día siguiente murió apuñalado.

Aquel buen hombre había querido salvar las vidas de muchas personas hambrientas e indefensas. La excusa para el apuñalamiento era que si se escribía la carta a América pidiendo armas de fuego, el enemigo podía enterarse y concluir que los partisanos estaban débiles y faltos de armamento. Entonces los nazis se volverían más agresivos y se intensificaría la lucha.

Semejantes incidentes ocurrían con frecuencia. Pese a todos los que he descrito, son muchos más los que permanecen sin contar. La vida que llevé y las experiencias que sufrí no pueden plasmarse por completo sobre el papel.

*

La rutina de una jornada apacible reinaba aquel día de primavera de 1944 en nuestra base. Entonces, de repente, en torno al mediodía, un helicóptero nazi descendió en picado hacia nosotros. Todos corrimos hasta los arbustos más cercanos. Yo me tiré al suelo y permanecí allí tumbada, cubriéndome la cabeza con los brazos, petrificada. Cuando al fin alcé la vista, parecía como si el helicóptero estuviese justo encima de mí y cada bala se estrellase directamente en mi cabeza. Las balas caían como el granizo, como la lluvia centelleante. El helicóptero estaba tan bajo sobre nosotros que veía los rostros de los nazis, sus ametralladoras apuntando al suelo en una ducha de balas.

Yacíamos allí indefensos.

Responder a sus disparos habría sido vano, ya que no teníamos artillería antiaérea ni armas de fuego lo suficientemente pesadas como para derribar el helicóptero. Nuestros rifles de nada servirían. Escondernos era nuestra única opción. El enemigo había averiguado la ubicación exacta de nuestra base. Los colaboradores de los nazis, sus informadores, les habían dirigido hasta el lugar preciso.

El aire estaba plagado de balas. Inmóvil, me sentía aterrorizada. ¿Qué bala me alcanzaría? ¿Cuánto tiempo más permanecería con vida: un minuto, un segundo? Contenía mi respiración sin mover ni un solo músculo. ¿Moriría en el acto o quedaría herida? ¡No! Prefería la muerte a la tortura. Cada segundo parecía una vida entera. De repente, todo terminó. El cielo se despejó; el helicóptero se había marchado. Empecé a respirar. El suelo estaba repleto de partisanos muertos y heridos. Oía voces que pedían ayuda desde todas las direcciones. Mi temor se desvaneció. Solo pensaba en buscar vendajes. Antes de darme cuenta estaba en pie y corriendo, atendiendo a los heridos uno tras otro. Estaba viva y mi trabajo me esperaba una vez más.

*

Pese a las tensiones internas y externas, gozábamos de momentos de paz. Cuando las cosas estaban tranquilas, los que quedábamos solíamos sentarnos en torno a una fogata cuyas llamas hacían brillar nuestros rostros. Cada uno sostenía su rifle cargado, recién limpio y preparado para la defensa. Alguien empezaba a entonar un canto partisano y todos nos sumábamos. Una de las canciones se llamaba «Oh, qué alegría cuando termine la guerra». Otra canción describía el martirio de un joven partisano a caballo, amado por una chica bonita.

Yo también cantaba, pero mi mente no estaba en la canción. Cuando acabase la guerra, ¿pertenecería a algún lugar? ¿Quién me esperaría en la estación? ¿Quién celebraría conmigo la libertad? No habría desfiles de bienvenida para mí, ni siquiera tiempo para llorar a los muertos. Si sobrevivía, ¿adónde regresaría? Mi casa y mi ciudad habían sido arrasadas hasta los cimientos, y sus habitantes habían sido asesinados. Yo no estaba en la misma situación que los compañeros que me rodeaban. Era judía y era mujer. Sentada alrededor de la fogata, no decía nada. Simplemente cantaba. Cuando estaba con ellos, actuaba como uno de ellos. No me trasladaba al futuro. Si empezara a pensar en el futuro, se me rompería el corazón.

14. Liberación

Cada día que pasaba, la línea del frente se acercaba cada vez más al territorio partisano. A veces podíamos oír el ruido sordo y distante de la artillería pesada. Sabíamos que se trataba del ejército soviético porque los partisanos no disponíamos de semejante armamento pesado. Nuestras armas eran de las que podíamos llevar sobre los hombros. Era evidente que los nazis estaban a punto de ser expulsados de nuestro territorio y que la guerra partisana estaba llegando a su fin.

Tras la interrupción temporal por causa del deshielo primaveral, la ofensiva soviética se reanudó a finales de junio. Su avance era implacable pese a la enconada resistencia de los nazis. El 2 de julio de 1944, el Primero y Tercer Frentes Bielorrusos del ejército soviético convergieron en Minsk. El Primer Frente Bielorruso cortó la línea férrea entre Minsk y Baranovich. El 3 de julio, Minsk fue liberado. La línea del frente estaba ahora a nuestro oeste. Nuestra base y su territorio circundante habían sido limpiados por fin de tropas nazis. Los soviéticos declaraban 400 000 muertos nazis y 158 000 prisioneros capturados. La victoria era abrumadora. Las fuerzas partisanas de nuestra región habían estado combatiendo desde junio de 1941 hasta julio de 1944: tres largos y arduos años de lucha y sufrimiento.

Nuestra brigada entró en Pinsk, donde liberamos la ciudad. El día de la liberación me concedieron una medalla del gobierno soviético por combatir heroicamente como partisana durante la guerra. Después nuestra brigada fue desmovilizada y nos dispersamos. Éramos libres para dejar los bosques y vivir de nuevo como seres humanos.

Fue entonces cuando comenzó mi más serio autocuestionamiento. Aunque la situación continuaba siendo peligrosa para los judíos, tuve que devolver mi fusil, mi pistola y la granada, mis compañeros permanentes a lo largo de los dos últimos años. Sentí una pérdida de identidad. ¿Qué haría con mi libertad recién estrenada? ¿Libertad para hacer qué? ¿Para ir adónde? En los bosques con los partisanos, raramente había pensado en el futuro. Nunca gozaba de la tranquilidad ni del tiempo para pensar. Las batallas diarias, las emboscadas, los ataques, el cuidado de los heridos, deambular de un lugar a otro, sobrevivir a los gélidos inviernos sin refugio alguno: todo ello había acaparado mi atención. Había estado totalmente centrada en la supervivencia y la venganza. La resistencia había sido un acto de

desesperación, toda vez que la esperanza de sobrevivir era escasa. No había tenido confianza en que al final de la guerra seguiría con vida.

Mi lucha había terminado. Estaba viva y me hallaba en libertad. Sin embargo, aquel fue el momento más bajo de mi vida; no veía ningún futuro para mí. Mis amigos partisanos rusos celebraban la liberación cantando y bailando. Compartían su felicidad contando historia divertidas sobre sus padres y sus hermanos. Hablaban de las recepciones festivas que podían esperarse cuando llegasen a casa, los desfiles de victoria que aguardaban con impaciencia. Todos mis compañeros gentiles tenían un hogar, una familia, un país a los que regresar. Yo no tenía nada: ni padres, ni familia conocida, ni hogar, ni localidad ni país. ¿Adónde iría? En nuestra ciudad, tanto los judíos como los gentiles habían sido brutalmente asesinados. La localidad ya no existía. Cuando regresé desde las profundidades de los bosques y las ciénagas, no me esperaban ramos de flores, ni una pizca de amor o una mirada de buena voluntad de los vecinos, ni unos padres abnegados deseosos de abrazarme. Para mí, el día de la victoria fue un día de ajuste de cuentas. Jamás en mi vida me había sentido tan sola ni tan triste; jamás había anhelado tanto a mis padres, mi familia y mis amigos a quienes nunca volvería a ver. Sentía un profundo pesar por todo mi pueblo despiadadamente asesinado.

Caminaba sola por las calles de Pinsk, enfrascada en mis pensamientos, con la mente acelerada por las decisiones pendientes. En otros lugares la guerra distaba de haber terminado. Tras la liberación de nuestra zona, la mayoría de los partisanos judíos se estaban alistando en el ejército soviético para proseguir la lucha en Italia, Francia y el Mediterráneo. Para muchos, la lucha y el sufrimiento no cesarían. Los campos de exterminio estaban en su punto álgido. París no sería liberada hasta más de un mes después, a finales de agosto de 1944. Y a lo largo de los Balcanes el avance soviético era lento. Las fuerzas soviéticas, junto con las unidades partisanas de Tito en Yugoslavia, combatirían desesperadamente en el transcurso del otoño de 1944. Seguía habiendo duras batallas que librar en el camino hacia Berlín, batallas en las que uno todavía podía perder la vida.

Para posponer mi necesidad de pensar en el futuro, creía que yo también me uniría a la batalla. Había oído que el ejército soviético estaba lanzando paracaidistas en Yugoslavia, donde los soldados nazis y los partisanos de Tito continuaban enzarzados en un combate mortal. Aquí el movimiento partisano seguía activo todavía. Permanecía abierto el registro para los voluntarios dispuestos a ser lanzados en paracaídas. Decidí registrarme; no podía descansar.

El día siguiente a la liberación, mientras recorría los tres kilómetros hasta la oficina de registro del ejército, conocí a un oficial de mediana edad del ejército soviético. Me detuvo y entablamos conversación. Hablar con un oficial soviético que pasaba era algo a lo que yo estaba acostumbrada por mis años de partisana. ¿Quién era? ¿De dónde era y adónde iba? Charlamos un buen rato. Aunque se me ocurrió que parecía judío, él jamás admitió tal cosa ni yo se lo pregunté. No obstante, supuse que se estaba interesando en mí y en mi futuro porque había reconocido que era una muchacha judía. Finalmente dijo: «Escúchame. Eres una chica joven y sé que estás sola y no tienes a nadie que te ayude a tomar tus decisiones. Eres una partisana y ya has combatido lo suficiente. Has de estar agradecida por seguir con vida. Eres fotógrafa. Esa es una de las mejores profesiones en la Unión Soviética. Tienes un futuro excelente. ¡No vayas como paracaidista a Yugoslavia! Yo soy mucho mayor que tú y te estoy dando un buen consejo. Puede que jamás volvamos a vernos, pero si me haces caso, nunca me olvidarás».

Reflexioné unos instantes. Tal vez aquel desconocido tuviera razón; su consejo se me antojó sensato. Cambié de opinión y decidí no registrarme como paracaidista para Yugoslavia. Decidí regresar a la vida sin saber qué era lo que quería del futuro.

*

Me hallaba de nuevo en Pinsk, una verdadera ciudad. Me embargaba una sensación de irrealidad. Ahí estaba yo, después de dos años de vida en el bosque, y estaba descubriendo que el mundo de fuera del bosque seguía su marcha como si la vida fuera normal. Una vez liberada la región, el gobierno soviético había comenzado a restablecer el orden social. La gente estaba en las calles. Los negocios funcionaban como de costumbre. Los niños jugaban. Todo era como si la guerra jamás hubiera acontecido, a pesar de que millones de personas habían sido asesinadas, incluida mi familia. Experimenté una sensación desgarradora en la boca del estómago.

Antiguos líderes partisanos nombrados por las autoridades soviéticas para ocupar puestos ejecutivos organizaron los gobiernos locales en los pueblos y ciudades recién liberados. La oficina central de Pinsk, dirigida por nuestro antiguo comandante partisano Alexei Yefimovich Kleschov, había preparado ya una lista de líderes partisanos, designados para hacerse cargo de la administración en las localidades recuperadas. Yo fui nombrada para ocupar un cargo gubernamental oficial como fotógrafa para el principal diario de la Rusia Blanca, *Bialoruskaja Pravda*, en Pinsk.

Pinsk estaba ubicada dentro del territorio polaco de antes de la guerra. Previamente a la contienda bélica, la ciudad había tenido cerca de cuarenta y cinco mil habitantes judíos; ahora apenas quedaban almas judías de la población de antes de la guerra. La ciudad de Pinsk estaba *Judenrein*, limpia de judíos. Las ventanas desde las que mis parientes y mis amigos judíos solían saludarme exhibían ahora las miradas airadas de desconocidos. Los gentiles se habían mudado a esas casas anteriormente judías; temían que los propietarios originales regresaran para reclamarlas. Muchas casas todavía tenían mezuzás en las puertas de entrada, pero en ninguna habitaban familias judías. Sentía por doquier duelos y pérdidas. De las calles bordeadas de casas judías provenía el grito silencioso de nuestros hermanos y hermanas, un grito imaginado que resonaba incesantemente en mis oídos.

Pasé por un colegio a la hora del recreo. Los niños corrían, jugaban, reían y saltaban, pero no había chicos judíos entre ellos. Recordé a los dos hijos de mi hermana, enterrados vivos por los nazis. Todo aquel terrible pasado desfiló ante mis ojos. Aceleré el paso, deseosa de alejarme todo lo posible del patio de la escuela.

Acudí a solicitar una habitación al departamento de la vivienda de las autoridades soviéticas, una oficina de reciente creación que proporcionaba habitaciones y casas a personas con cargos gubernamentales. Mi puesto de fotógrafa me habría permitido pedir una casa entera para mí sola. Sin embargo, tras mis años en los bosques, me bastaba con una única habitación. Entré en la casa para solicitar el cuarto que el departamento de la vivienda me había asignado. Estaba en una casa que antes de la guerra había sido un hogar judío; pude ver la mezuzá en el marco de la puerta. Había por doquier evidencias de los antiguos ocupantes. Los candelabros de plata para el *sabbat* estaban todavía sobre el aparador del comedor. El propietario actual era un gentil, por supuesto. Vestía un *surdut* negro, el traje que llevan los jasidim el *sabbat*. Me quedé estupefacta. No solo todas las casas judías habían sido incautadas, sino que además los nuevos habitantes tenían la audacia de vestir las ropas de los antiguos propietarios.

La mujer de la casa me recibió con una mirada sospechosa y fría. No había ninguna expresión amable en su rostro ni ninguna cálida sonrisa; ni rastro de simpatía ni de compasión. Obviamente no se había figurado que una chica judía regresaría viva a esa casa judía que ahora ocupaba ella. Le pedí que me enseñase la habitación. Me condujo hasta un cuarto diminuto con una sola cama y una mesita. Le dije enfáticamente que me quedaba con aquella alcoba. Yo no tenía

más pertenencias que la ropa que llevaba a la espalda. En mi mudanza no habría maletas ni muebles, tan solo mi cámara de la que jamás me separaba.

Un par de horas después regresé a la casa y me encontré a la mujer en la puerta. Con una voz cándida me dijo que dos chicas, oficiales de la Marina, habían ocupado mi habitación. Me quedé anonadada y me puse furiosa; el cuarto ya lo había alquilado yo.

No dije ni una palabra, pero estaba resuelta a mostrarle a esa mujer que, aunque la guerra continuase, el régimen nazi en Pinsk había terminado. El antisemitismo ya no resultaba aceptable. Acudí inmediatamente a ver al almirante de la Marina. Entré con mi medalla partisana prendida e hice un saludo. Le expliqué al almirante que dos de sus oficiales habían ocupado la alcoba que me había asignado el departamento de la vivienda. Se disculpó cortésmente y me aseguró que se ocuparía personalmente del asunto.

Cuando volví a la casa, mi habitación estaba libre de nuevo. La propietaria gentil de aquella casa judía había cambiado súbitamente de actitud hacia mí. Ahora me miraba con aparente respeto; incluso intentaba mostrarse amistosa. Me ofreció ayuda que, por supuesto, rechacé. Estaba llena de ira.

*

Como fotógrafa corresponsal del *Bialoruskaja Pravda* tuve mucho éxito. Pese a las condiciones de vida tras la liberación, y pese a la congoja y la soledad que entrañaba ser una superviviente judía, mis aspiraciones y mi determinación se habían reavivado. Me sentía orgullosa de mis hazañas en tiempos de guerra y fortalecida por mis experiencias partisanas.

No obstante, no tardé mucho en cobrar conciencia de las dificultades de vivir bajo un régimen comunista. Descubrí que era la única fotógrafa en toda la provincia de Pinsk. Me preguntaba dónde estarían los demás. La respuesta era que todos ellos habían sido acusados de espionaje y habían sido enviados a Siberia. Yo ya había experimentado esa clase de paranoia cuando había vivido en Lenin durante la ocupación soviética de 1939 a 1941. Me preocupaba mi propio bienestar en aquellos tiempos inquietantes.

Entretanto, dondequiera que fuese recibía un trato vip. Las ciudades y los pueblos de mi itinerario exhibían carteles enormes anunciando el día de la llegada de la fotoperiodista. Hacía fotografías de todos los

stachanovices, los trabajadores galardonados. Se publicaban en el periódico retratos de los peones agrícolas y los obreros que habían realizado «más trabajo en menos tiempo». Era yo quien les fotografiaba. También hacía fotos para el periódico de todos los ejecutivos, comunistas, funcionarios del partido y oficiales de la KGB.

Cuando llegaba a un pueblo, las autoridades gubernamentales celebraban fiestas en mi honor. Me abrían las puertas dondequiera que fuese. El primer secretario del Partido Comunista local y jefe de la provincia de Pinsk, Alexei Yefimovich Kleschov, mi antiguo comandante de la brigada partisana, no era accesible al público. Para mí, sin embargo, la puerta siempre estaba abierta. Kleschov me consideraba su amiga puesto que había sido miembro de su brigada. Habíamos combatido juntos y habíamos llegado a conocernos muy bien. En Pinsk, ahora podía sacar partido de esa relación. Se me permitía comer en el mismo restaurante con Kleschov y con todos los dirigentes comunistas.

Pronto me percaté de las dificultades que entrañaba el hecho de no estar afiliada al Partido Comunista. Me preguntaban muchas veces por qué no había ingresado en el *Komsomol*, la organización juvenil comunista. Mi respuesta siempre era: «¿Qué impresión produciría que me afiliase al *Komsomol*? Ocupo un puesto de adulta responsable. El *Komsomol* es para niños. Dentro de un año tendré la edad suficiente para ingresar en el Partido Comunista ordinario».

La verdad era que yo no era comunista. También sabía que, si me afiliaba al partido por conveniencia, tendría dificultades para salir de la Unión Soviética cuando terminase la guerra. Por aquel entonces tenía aspiraciones de emigrar a Palestina.

*

A mediados del verano de 1944 había encontrado un lugar donde estar y un empleo estable. Mi siguiente tarea consistía en encontrar a mi hermano Kopel. Sabía que a un judío ultraobservante le resultaría difícil sobrevivir en la incierta atmósfera posterior a la liberación. Yo tenía entonces suficiente comida y dinero para mantener a mi hermano.

Decidí buscar en las aldeas cercanas a la antigua base partisana de Kopel. Kleschov me proporcionó el permiso escrito que necesitaba para viajar, pero seguía habiendo obstáculos. Mi destino se hallaba a unos cien kilómetros al este de Pinsk, donde no existía transporte regular para los civiles. Viajar en carro y caballo era peligroso; aunque

se habían hecho muchos esfuerzos en los centros más grandes para restablecer el orden, los bosques todavía seguían repletos de bandas de saqueadores. Se asesinaba a diario a gente en los caminos; yo ya no poseía un rifle.

La única manera de viajar era en los trenes, pero debido a los continuos esfuerzos bélicos, solo al personal militar soviético le estaba permitido desplazarse en tren. El público general tenía prohibido el uso de los trenes. Incumpliendo ese reglamento, fui a la estación de tren, averigüé adónde se dirigían los trenes —otro secreto militar— y subí a un vagón en dirección este. El tren estaba abarrotado de soldados soviéticos. Mostrándoles mi condecoración, les conté que había estado con los partisanos soviéticos y que estaba buscando a mi hermano, que también había combatido con los partisanos. Los soldados dejaron que me quedara y me trataron como a uno de los suyos, escondiéndome cada vez que los oficiales de control pasaban en busca de pasajeros civiles.

Al cabo de un par de días, mi tren se detuvo en una de las aldeas para cambiar de dirección. Tenía que encontrar otro tren con rumbo al este. Esta vez me encontré entre un grupo de enfermeras. Les conté que había sido enfermera con los partisanos. Ellas también me acogieron y compartieron conmigo su comida. Dondequiera que fuese, la palabra «partisana» y mi medalla me granjeaban respeto y admiración.

Tardé casi dos semanas en llegar al pueblo donde había sido liberada la unidad de mi hermano Kopel. Afortunadamente llegué sana y salva. Mi alivio se tornó pronto en decepción. Me enteré de que tan solo dos días antes mi hermano Kopel se había alistado en el ejército soviético. Había sido enviado a la línea del frente. Un par de días antes le habría encontrado. Deprimida y sola de nuevo, no tenía otra opción que regresar a Pinsk en otro tren militar.

15. Reencuentros y nuevos comienzos

A finales de otoño de 1944 estaba falta de suministros fotográficos, que eran cruciales para mi trabajo. Dado que tales suministros no estaban disponibles en Pinsk a la sazón, tuve que ir a la ciudad de Minsk, que distaba más de doscientos kilómetros al nordeste de Pinsk.

Mi interés en ir a Minsk obedecía también a otro motivo. Creía que mi hermano mayor, Moishe, podría estar viviendo allí. Había oído rumores de que había un fotógrafo que había sido partisano en la zona de Minsk. Si seguía con vida, estaba segura de que podría encontrarle. Como fotógrafo, resultaría fácil localizarle. Él también estaría trabajando para las autoridades soviéticas posteriores a la liberación.

Una vez más le pedí a Kleschov un permiso de viaje. El transporte en tren entre los grandes centros de Pinsk y Minsk era más accesible. No me preocupaba el alojamiento. Había transcurrido un tiempo breve desde la liberación y seguía reciente el recuerdo de las condiciones bajo las cuales había vivido durante los años partisanos. Cuándo y dónde dormir no suponía ningún problema para mí. Cualquier cosa me valía: un suelo, la hierba o la tierra.

Mi primera parada fue en la sede del gobierno de Minsk. Deseaba averiguar si había un fotógrafo registrado como trabajador en la ciudad. Me presenté a uno de los representantes gubernamentales; este no tardó mucho en proporcionarme la dirección del fotógrafo oficial. Recuerdo que sentí que la suerte me acompañaba.

Acudí directamente a la dirección que el funcionario me había facilitado. Era una casa enorme de dos plantas. El primer piso parecía totalmente abandonado, con las habitaciones vacías y frías. Subí al segundo piso y abrí la puerta cuidadosamente de una manera típicamente partisana, sin llamar. Era una pieza espaciosa y casi sin amueblar, exceptuando una mesa grande de madera en el medio. Y allí estaba mi hermano Moishe. Se hallaba en pie, inclinado sobre la mesa, ordenando fotografías. Me miró perplejo como si yo hubiera llegado de otro mundo.

Agradecí a Dios que mi hermano siguiera vivo. No nos habíamos visto desde la primavera de 1942, cuando los nazis le habían llevado al campo de trabajos forzados de Gancevich. No habíamos tenido ningún

contacto durante nuestro tiempo con los partisanos. Aunque yo había tratado de encontrarle, nunca había averiguado dónde estaba. Ni siquiera sabía si estaría vivo todavía. ¡Y ahora, a finales de 1944, ah í estaba delante de mis ojos!

Morris (en el extremo izquierdo) con su unidad partisana.

Moishe quería saber si yo tenía noticia de algún otro superviviente de Lenin. Por desgracia no me constaba que quedase ninguno. La mayoría habían sido asesinados por los nazis y posteriormente los demás habían muerto como partisanos. Le pregunté si él sabía de algún superviviente de nuestra ciudad. Me respondió: «Sí, un joven. Vive aquí conmigo. También estuvo con los partisanos, al mando de una brigada. Su nombre es Morris Schulman. Trabaja como censor jurado de cuentas en una gran fábrica gubernamental y vive aquí conmigo». ¡Al escuchar aquello, se duplicó mi felicidad! Había conocido a Morris antes de la guerra en Lenin y siempre me había gustado. Habíamos coincidido una vez brevemente en mi etapa con los partisanos.

*

Conocía a Morris desde el inicio mismo de la guerra y él conocía a toda mi familia. Morris había sido un refugiado de Polonia occidental; había venido de Varsovia. En 1939, cuando los nazis atacaron

atravesando el oeste de Polonia y ocuparon Varsovia, Morris había logrado escapar. Entre otros millares de refugiados, había conseguido llegar a Lenin, que a la sazón todavía era segura para los judíos como parte de la Polonia ocupada por los soviéticos.

En Lenin, Morris había trabajado como contable para una gran compañía gubernamental. Yo le veía con frecuencia. Nuestra ciudad era pequeña y todos nos conocíamos. Solía estar en la acera cerca de su lugar de trabajo, charlando con sus amigos, cuando yo pasaba durante mi trabajo de fotógrafa. Muy a menudo, al cruzarnos, nuestros ojos se encontraban. Aquellas miradas eran intensas, pero nunca hablábamos mucho.

En 1942, cuando los nazis ocuparon nuestra localidad, Morris fue trasladado al campo de trabajos forzados de Gancevich, junto con mis dos hermanos Moishe y Kopel, y todos los demás jóvenes varones de Lenin. Posteriormente, Morris también huyó y se unió a los partisanos, en un principio como combatiente clandestino y más tarde ascendiendo hasta convertirse en comandante de su brigada. Era muy valiente y había recibido una excelente formación militar. Antes de la guerra había sido un oficial del ejército polaco. Morris era experto en la voladura de los trenes enemigos. Cuando volaba los trenes que iban hacia el oeste llenos de animales, Morris devolvía el ganado confiscado a sus dueños. De esa guisa se había granjeado muchos amigos entre los campesinos de la región.

El hecho de que Morris fuese judío hacía difícil que muchos partisanos rusos aceptaran su liderazgo. Su puesto y su vida corrían peligro permanente. No obstante, se comportaba con gran dignidad y coraje. Cuando los partisanos gentiles querían halagarle, con frecuencia le decían que luchaba como un polaco. Él siempre les respondía: «No soy polaco; soy judío y los judíos también sabemos luchar».

Morris estaba comprometido con la ayuda a las familias judías que se escondían en los bosques, llevándoles alimentos, ropas y otras necesidades para la supervivencia. En cierta ocasión había encontrado incluso miel, que habían dejado atrás los nazis en su retirada, y se la había dado a los niños. El comisario de Morris estaba dispuesto a matarle cuando se enteró de que este les había regalado la miel a los judíos. Al ver que se hallaba en serios apuros, Morris se adentró en el bosque y logró abatir un pato en pleno vuelo. Le llevó el pato al comisario, quien lo aceptó como una ofrenda de paz. Así era la vida entre los partisanos.

Solo nos habíamos encontrado una vez durante mis dos años con los

partisanos. Viajando hacia el este desde nuestra base, nuestro grupo de doce, cansados y hambrientos, nos habíamos aproximado al pueblo de Navozielnich. Habíamos decidido arriesgarnos a entrar en una casa del pueblo, con la esperanza de que no hubiese ningún enemigo presente. Las aldeas de aquella zona eran más seguras que las próximas a nuestra base. Había partisanos destinados en los pueblos de esa área, que incluso podían dormir en las casas locales, algo que nosotros raramente éramos capaces de hacer en nuestra región.

Pasaba de medianoche. Todas las casas estaban oscuras excepto una en la que brillaba la luz a través de las pequeñas ventanas. Entramos; el interior era una sala espaciosa dividida en dos partes. El suelo de la zona de dormir estaba cubierto con paja y unas cuantas mantas. La otra mitad de la estancia tenía un fuego refulgente en la estufa de ladrillo y una gran mesa de madera con un banco a cada lado. Había tres oficiales partisanos sentados a la mesa con un mapa. Estaban sumidos en una discusión.

Nos presentamos al entrar. Al acercarme a la mesa, reconocí a Morris. La estancia apenas estaba iluminada, pero le conocí al instante. Sonreí. Reconociéndome enseguida, se levantó rápidamente del banco y me dio un cálido abrazo. Acto seguido me presentó a sus compañeros partisanos.

En aquella extraña casa del bosque, nuestros ojos volvieron a encontrarse. Reflejaban el horror y la tristeza que ambos habíamos experimentado en el ínterin. Teníamos mucho de lo que hablar, pero dijimos muy poco. Morris ordenó al granjero que nos sirviera de comer. La esposa del granjero trajo pan, yogur y encurtidos. Cuando Morris dijo: «Tráenos algo mejor», añadió nata agria. Comimos; incluso bebimos un trago de vodka.

Morris se percató de que mis pies estaban envueltos en trapos. Me dijo: «No puedes caminar así. Tengo que conseguirte un par de botas». Yo repliqué: «¡No! No quiero botas. Estoy mucho más segura sin ellas». Como partisano, comprendía el peligro de que te matasen para quitarte las botas mientras estabas separado del grupo partisano más numeroso.

Llevábamos poco tiempo charlando cuando de repente sonó la alarma. Oímos disparos fuera: los nazis nos estaban tendiendo una emboscada. Salimos todos corriendo de la casa. Los cuarenta integrantes del grupo de Morris salieron de las casas vecinas; corrieron en la dirección del enemigo. Mi grupo y yo huimos en la otra dirección para reunirnos con nuestra unidad.

Aquella fue la primera y única vez que Morris y yo coincidimos durante los años partisanos. Ninguno de ambos sabíamos si el otro sobreviviría. Cuando nos separamos, me pregunté si volveríamos a vernos alguna vez.

*

Me sentí muy feliz al oír que Morris seguía con vida y que vivía con mi hermano; mi entusiasmo no conocía límites. Impaciente, le pregunté a mi hermano dónde estaba Morris. Mientras hablábamos oí que se abría la puerta. Morris me vio al instante. Por unos momentos permaneció en la entrada, rebosante de alegría. Por fin se acercó corriendo y estrechamos nuestras manos. Su simple apretón de manos contenía una enorme emoción, amistad y afecto. No dijo gran cosa, pero yo sabía que nuestros sentimientos eran mutuos. Esta vez el sentimiento era más fuerte aún que antes: era amor. Ninguno de nosotros lo expresó, pero ahí estaba. En aquel instante, Morris y yo supimos que nuestra relación estaba destinada a prosperar.

La vida era muy intensa para los supervivientes judíos recién liberados. Con poca o ninguna familia, sentíamos un fuerte deseo de rehacer nuestras vidas con aquellos que seguían vivos. Después de todo lo que habíamos pasado, en nuestras vidas imperaba la inmediatez, la necesidad de reparación y de comenzar de nuevo. Sentíamos la urgencia de proceder con rapidez con cualquier resquicio de amor que quedase en nosotros.

Permanecí en Minsk unos cuantos días más, reuniendo mis suministros fotográficos. Morris me llevaba cada día a un restaurante. Debido al racionamiento por la guerra que todavía se prolongaba, no era posible ir a comer a un restaurante sin vales de comida especiales. Dado que Morris había sido nombrado contable de una gran fábrica militar, un alto cargo, siempre era capaz de conseguir vales de comida.

Durante aquellos primeros días en Minsk, yo cavilaba sobre el motivo de que Morris no hablase de amor ni de matrimonio. En mi vulnerabilidad, me preguntaba cómo podía ser tan estúpida como para esperar que él quisiera casarse conmigo. Había sido el comandante de una brigada, un héroe partisano con muchas condecoraciones. Era un hombre maduro, diez años mayor que yo. ¿Y quién era yo? Tan solo una jovencita. Me había dado cuenta de que se le acercaban muchas chicas: médicas, ingenieras, mujeres mucho más instruidas que yo. ¿Por qué habría de proponerme matrimonio a mí?

Ciertamente yo era popular en Pinsk y ya había tenido varios

pretendientes que se me habían declarado. Pero no estaba enamorada de ninguno de ellos. Uno era un comandante de un destacamento; nos conocíamos de nuestros tiempos partisanos. Aquel comandante era un militar muy estricto y a mí me daba miedo. Un día me ordenó que le acompañase a la agencia matrimonial. Yo estaba asustada, demasiado asustada como para decirle que no. Cuando empezamos a caminar hacia la agencia matrimonial, de repente me entró el pánico y salí despavorida. Fue una manera estúpida de manejar la situación, pero temía entrar en razón demasiado tarde. Aquella fue la última vez que vi al comandante.

Otro de mis pretendientes fue el alcalde de Pinsk. Era un judío sencillo y bondadoso, pero un comunista acérrimo. No era la persona indicada para mí. En las festividades judías no entraba en la sinagoga, sino que aguardaba fuera hasta que acabaran los servicios. Recuerdo asimismo a un productor de cine judío que volaba en un avión gubernamental. También se me declaró, pidiéndome que me fuera a vivir con él a Moscú. Yo rechacé su petición.

Estaba enamorada de Morris. Le conocía desde antes de la guerra; él había conocido a mi familia. Eso significaba muchísimo para mí. Ambos habíamos vivido experiencias similares entre los partisanos. Morris también estaba interesado en marcharse de la Unión Soviética cuando terminase la guerra y en ir a Palestina en el futuro.

Más tarde Morris me contó lo que pensaba en aquel tiempo; por qué no me había propuesto matrimonio enseguida. «¿Cómo podía decirte que te amaba? Eras tan joven, tan hermosa, tan popular. Tenía miedo de que me rechazases. ¿Por qué ibas a querer casarte con un hombre mayor, cuando podías escoger entre muchos hombres más jóvenes en altas posiciones? Me daba miedo pedirte que te casases conmigo».

Regresé a Pinsk, donde me aguardaba mucho trabajo. Me vi obligada a viajar inmediatamente a varias ciudades y pueblos para hacer fotografías. No habían transcurrido aún dos semanas cuando Morris vino a visitarme a Pinsk. No podía descansar; tenía miedo de perderme. Esta vez no esperó a declararse. Yo estaba rebosante de felicidad. Volvimos a Minsk y nos casamos en casa de mi hermano el 12 de diciembre de 1944. Resultó difícil encontrar en Minsk —antaño una ciudad con mucha población judía— los diez hombres judíos para constituir el *minyan*, el *quorum* requerido para la ceremonia nupcial religiosa que deseábamos.

El día siguiente a la ceremonia tuvimos que despedirnos el uno del otro. Yo tenía que regresar a mi trabajo en Pinsk; Morris debía

permanecer en Minsk hasta recibir permiso para dejar su puesto o conseguir un traslado de la compañía a Pinsk.

De regreso en Pinsk, esperé ansiosamente pero no tuve noticias de Morris; ni un telegrama, ni una carta ni una llamada telefónica. Empecé a preguntarme por la velocidad con la que nos habíamos casado. Tal vez todo hubiese sido una broma; tal vez no le importase de veras a Morris. Me preocupaba que jamás volviera a mi lado.

Pasó un mes. Andaba yo por la calle con mi cámara cuando un oficial soviético me detuvo. Me comunicó que mi marido me estaba buscando. No podía creerlo. ¿Era posible que Morris estuviese ahí, en Pinsk? Me fui a casa lo más deprisa que pude. Y allí estaba Morris. Me preguntó qué había ocurrido, por qué no le estaba esperando en la estación de tren. Le respondí que no sabía que venía. Me había enviado un telegrama hacía un mes y también me había escrito una carta diciendo que llegaría aquel día. Recibí el telegrama una semana después de su llegada, tras cinco semanas en tránsito. Y la carta jamás llegó.

Mi pequeña habitación era demasiado angosta para los dos. Logramos mudarnos a una casa preciosa, un lugar bien amueblado con sus tapices, sus alfombras y su bonita mantelería. Nuestra vida era un contraste completo con nuestras penurias de antes. Ambos teníamos unos empleos muy buenos, unos puestos muy bien considerados. Morris, como exoficial de alto rango con los partisanos, había vuelto a encontrar un trabajo de contable para una industria estatal. Mis fotografías eran muy demandadas; trabajaba muy duro. Los dos teníamos más dinero y comida de los que necesitábamos.

Faye y Morris poco después de su boda.

En cierta ocasión, tras una larga jornada laboral, regresé a nuestra casa. Al abrir la puerta, vi a una desconocida tumbada en el suelo de la cocina. «¿Quién es?», le pregunté a Morris. Me contestó que era una mujer judía que se había encontrado en la calle. De vuelta a casa del trabajo, había visto a aquella mujer tirada en la acera. Se había detenido y le había preguntado qué le pasaba. Parecía muy enferma; apenas podía hablar. Estaba acurrucada, con la cara amarilla. Con una voz débil le había contado que había llegado a Pinsk con una familia rusa del extremo oriente de la Unión Soviética. Había estado cuidado a los niños de la familia, pero cuando había enfermado, la habían echado a la calle. Ahora no podía caminar y no tenía donde ir. Morris había tenido que cargarla sobre sus espaldas durante más de un kilómetro hasta llegar a nuestra casa. Me pidió que viese lo que podía hacer por ella. Teníamos que ayudarla a recuperarse.

Llamé inmediatamente a un amigo médico. La mujer tenía malaria. El médico extendió una receta para ella; yo la aseé y la acosté en la cama. Cuidé de ella hasta que se recuperó. No era tan mayor como parecía cuando estaba enferma, quizá cincuenta años a lo sumo. Costó mucho tiempo, pero se curó. Cuando estuvo en condiciones de

trabajar, se quedó con nosotros y se convirtió en nuestra ama de llaves. Sarah llegó a ser parte de nuestro hogar. Tenía su propia habitación en nuestra casa. Había recobrado fuerzas, gozaba de buena salud y se sentía muy feliz con nosotros, y agradecida porque le habíamos salvado la vida.

Sarah solía ir al mercado negro a comprar lo que necesitábamos. Los tiempos habían cambiado enormemente para Morris y para mí. Yo siempre le daba a Sarah un puñado de dinero sin contarlo. Tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él; no podía ingresar nada en el banco porque me considerarían una capitalista. Durante nuestros años partisanos, cuando el dinero no había existido para nosotros, nos las apañábamos para vivir sin él. Ahora el dinero tampoco era lo más importante para nosotros.

Cuando fotografiaba a personas en privado, me pagaban en rublos, de suerte que mis bolsillos siempre estaban llenos. No podía llevar bolso porque mis manos estaban ocupadas sosteniendo la cámara y los negativos. Así pues, había hecho un agujero en los bolsillos de mi abrigo y el dinero se metía por el forro. Cuando llegaba a casa sacaba un puñado de rublos y se los entregaba a Sarah para que comprase pollos en el mercado negro.

Morris y yo invitábamos a cenar con nosotros a un grupo de supervivientes judíos, siete u ocho expartisanos; no pudimos encontrar a más judíos en Pinsk en aquella época. Cada noche, Sarah y yo les servíamos la cena. Nos sentábamos en torno a la mesa y rememorábamos nuestro pasado antes de la guerra, así como las penurias y atrocidades que habíamos soportado después. Era una reunión de quienes habíamos sufrido pérdidas inhumanas y habíamos luchado duro para sobrevivir al infierno nazi. Aquel era el comienzo de nuestra nueva comunidad, de nuestra nueva forma de vida.

*

Yo no había tenido noticia alguna de mi hermano Kopel. Lo único que sabía era que, tras la liberación, se había alistado en el ejército soviético, que se dirigía hacia la línea del frente cerca de Berlín. Un día recibí por fin una postal suya. Fue milagroso que aquella postal llegara hasta mí, pues solo llevaba mi nombre, sin especificar ninguna dirección. La razón por la que la tarjeta consiguió llegar a mis manos era que en la zona de Pinsk todo el mundo sabía quién era yo. Kopel contaba que había sido herido y se hallaba en un hospital militar soviético situado mil cuatrocientos kilómetros al este de Moscú: «Los nazis no tenían explosivos suficientes para matarme. Lo único que han

conseguido hacer es arrancarme un dedo del pie».

Kopel había participado en un ataque de artillería pesada contra los nazis en enero de 1945. Mientras su batallón pasaba por las trincheras que los nazis iban dejando vacías al batirse en retirada, le había estallado debajo del pie un pequeño explosivo, pulverizando por completo la parte delantera de su bota e hiriéndole gravemente el dedo pulgar del pie. Al no disponer de medicación ni de personal médico, se las había arreglado para vendarse su propia herida. Finalmente habían montado a Kopel en un tren hospital militar repleto de soldados heridos. El tren se dirigía a un gran hospital militar en la ciudad de Opah, a más de mil seiscientos kilómetros de donde había sido herido. Había pasado tres meses en aquel tren, viajando por el corazón de la Unión Soviética. No había recibido ninguna asistencia médica durante su viaje. Cuando por fin llegó al hospital, el cirujano quería amputarle el dedo del pie. Mi hermano se negaba a la amputación. El cirujano, respetando los deseos de Kopel, procedió a operarle el dedo. No disponían de anestesia. Afortunadamente, el dedo empezó a sanar bien sin más intervenciones médicas. Recuperándose de su trauma, Kopel me había escrito desde su cama de hospital en Opah.

La familia: Kopel, Morris, Faye y Moishe.

Aunque estaba preocupada por la lesión de Kopel, me puse muy contenta al saber que estaba vivo y a salvo, lejos de las batallas de la línea del frente. Quería traerle a Pinsk, donde podría cuidar de él y donde tenía muchos recursos y comida abundante. Con mis contactos, no tendría problema para conseguirle un buen empleo gubernamental.

Con la ayuda de mi hermano Moishe, logré traer a Kopel hasta Pinsk. Sin embargo, para que su traslado a Pinsk fuera indefinido, Kopel necesitaba un certificado especial que declarase que había sido

liberado del ejército. Los enfrentamientos continuaban y Kopel seguía siendo un soldado del ejército soviético, de quien se esperaba que retornase al servicio activo tan pronto como estuviese en condiciones. Circulaba el rumor de que los soldados soviéticos estaban siendo enviados al extremo oriente de la Unión Soviética a luchar contra Japón.

Me presenté en el cuartel general militar para comunicar que mi hermano estaba herido y requería una desmovilización oficial.

Me respondieron que debía acudir al día siguiente para un reconocimiento médico, tras el cual decidirían si su condición justificaba un licenciamiento. Si su herida había sanado, tendría que reincorporarse al ejército. Yo estaba preocupada; sabía que su dedo estaba prácticamente curado. Si Kopel pasaba el reconocimiento médico, le enviarían de nuevo al ejército. Yo no quería que mi hermano regresara a la línea del frente. Creía que ya había sufrido lo suficiente. Solo podía hacer una cosa: tenía que organizar su salida de la Unión Soviética hacia Polonia, donde ya no se hallaría bajo la jurisdicción del ejército soviético. Tenía que hacerlo de inmediato; mañana podría ser demasiado tarde.

Necesitaría un permiso para salir del país; obtener un permiso en la Unión Soviética no era tarea fácil. Era mediodía. Quería que Kopel hubiera partido de Pinsk antes de que acabase el día, por lo que únicamente disponía de unas pocas horas. Acudí directamente al despacho de Kleschov: «Mi hermano está aquí en Pinsk y se encuentra herido. Necesito un permiso para que salga hacia Polonia».

Kleschov guardó silencio unos instantes. Luego me preguntó: «¿Por qué quieres que se marche a Polonia? Tratándose de tu hermano, le conseguiré un buen puesto gubernamental aquí en Pinsk». Estaba en un aprieto y no sabía qué decir. No podía contarle que al día siguiente Kopel tenía que personarse en el cuartel general militar y que yo no quería que regresase a la línea del frente.

Sin pensar, mis labios comenzaron a moverse: «Hace unos días, la esposa de mi hermano partió hacia Polonia en tren con un grupo de soldados soviéticos. Ella es enfermera. Si él pudiera coger el próximo tren que sale hacia Polonia, podría ser capaz de alcanzarla y ella podría cuidar de él». Mi hermano ni siquiera estaba casado, pero eso fue lo único que se me ocurrió. Kleschov pidió a su secretaria que redactase un permiso para salir de la Unión Soviética. Cogí el permiso y me fui corriendo a casa.

Kopel estaba de acuerdo con la idea de marcharse de Pinsk lo antes posible. La visión de Pinsk devastada se le antojaba desgarradora. Aquella era la ciudad en la que había vivido y estudiado durante años entre una multitud de judíos. En Pinsk se sentía deprimido y alienado.

Cuando llegué a casa me topé con un problema inmediato. Kopel estaba encerrado. Sarah había salido al mercado negro, cerrando la puerta y llevándose consigo la única llave. Ninguno de nosotros podíamos entrar. Yo quería preparar un paquete con algo de comida y ropa para el largo viaje de Kopel a Polonia. Kopel tenía también dentro una bolsa de libros religiosos; no quería marcharse sin ellos.

No había tiempo de esperar a Sarah. Entré en el patio donde me había fijado en una ventana de la segunda planta, que había quedado abierta. Junto a la ventana se alzaba un gran castaño viejo con muchas ramas muertas. Sin vacilación, trepé al árbol y entré a la casa por la ventana abierta. Después de mis experiencias con los partisanos, trepaba con suma agilidad. Solo había olvidado una cosa: acababa de enterarme recientemente de que estaba embarazada.

Para cuando me hube encaramado hasta la ventana, Morris ya había regresado a casa. Preparé el paquete a toda prisa, Morris cogió el saco de libros y los tres partimos hacia la estación de tren, que estaba a tres kilómetros. Cuando llegamos, Kopel tuvo el tiempo justo de despedirse mientras subía renqueante a un vagón del tren. Habíamos llegado por los pelos. El tren se puso en marcha y Kopel partió.

*

El 30 de abril de 1945, las fuerzas soviéticas entraron en Berlín, la capital de Alemania. Nueve días después, el 9 de mayo de 1945, cuando pasaba un minuto de la medianoche, cesaron oficialmente todas las hostilidades en Europa. La guerra en Europa había llegado a su fin. Para mí, la guerra había terminado cuando había sido liberada casi un año antes, en julio de 1944.

Mi carrera profesional seguía yendo bien. Los miembros de la KGB venían a mi casa a visitarme o a que les fotografiase. Mi estudio estaba ubicado en una de las habitaciones de mi casa. Poseía todas las cosas materiales que podía desear. Trabajaba duro; necesitaba estar ocupada. No quería tener tiempo para recordar el horrible pasado, para pasar por las casas vacías y oscuras con las mezuzás en sus puertas.

Estaba atormentada por mi pasado. Todo me traía recuerdos de mi

vida antes de la guerra. Durante la guerra había habido veces en las que solo tenía la ropa que llevaba a la espalda. Ahora poseía incluso cuatro abrigos de piel. Pero ¿cómo olvidar que el primer abrigo de piel que los nazis habían arrebatado a los judíos de Lenin era el de mi hermana Sonia? Ahora me sobraba la comida: queso, fruta, pasas, mantequilla y huevos. Todos los soldados soviéticos que venían a que les fotografiase me regalaban alimentos. Pero cuanto más tenía, más doloroso me resultaba. ¿Dónde había estado toda aquella comida cuando la habíamos necesitado en el gueto, cuando mi familia y todos los demás estábamos muriéndonos de hambre? ¿Cómo podía yo disfrutar ahora de aquellos alimentos?

Recordaba que, en cierta ocasión, al marido de mi hermana Esther, el médico, la mujer de un granjero le había pagado una visita con un único huevo. Cuando él le había preguntado cuál era su problema de salud, ella le había respondido desdeñosamente: «Usted es el doctor; usted debería saberlo». Él se había sentido humillado. Sin palabras, la había explorado de arriba abajo hasta descubrir finalmente una lesión en un dedo del pie. Si se hubiera encontrado con semejante rudeza antes de la guerra, la habría echado. Pero tuvo que morderse la lengua, porque su condición de judío le hacía vulnerable.

Mi cuñado se había llevado el huevo a casa para dárselo a mi madre, quien lo había cocinado y dividido cuidadosamente por la mitad, medio para cada uno de los dos hijos de mi hermana. Los niños comían cada bocado con gran deleite. ¡Un huevo era un auténtico manjar en aquellos tiempos! Toda la familia rodeaba a los niños y observaba el espectáculo. Estábamos todos hambrientos; no teníamos nada que llevarnos a la boca, pero estábamos encantados de que los niños disfrutasen tanto. Ahora tenía huevos a montones, comida en abundancia, y no quedaba nadie vivo con quien compartir.

La mayoría de mis conocidos y mis seres queridos estaban muertos. Sin embargo, en mi mente y en mi corazón vivirían para siempre. Las experiencias pasadas perduraban constantemente en mi mente y podía compartirlas con Morris. Ambos teníamos la impresión de estar viviendo en un cementerio. El cálido resplandor de seguridad del que acostumbraba a estar rodeada se había apagado para siempre. Pensábamos que tal vez si emigráramos a Palestina y comenzáramos una nueva vida entre otros judíos, podríamos hallar un modo de rehacer nuestras vidas.

Nuestra prosperidad, nuestro éxito, nuestro dinero, la casa, la comida: nada de todo aquello nos hacía felices. Decidimos dejarlo todo, dejar Pinsk, dejar la Unión Soviética. Dado que Morris era oriundo de

Varsovia, deseaba ir primero allí, con la esperanza de encontrar con vida a alguien de los casi doscientos miembros de su familia, incluidos padres, hermanos, tíos y primos. Sin duda debía de quedar alguien vivo.

Para salir legalmente de la Unión Soviética necesitábamos registrarnos. Cuando presentamos nuestra solicitud de emigración, me llamó Kleschov y me preguntó por qué me marchaba. ¿Acaso nos habían tratado mal? ¿Teníamos alguna clase de resentimiento contra el gobierno soviético? ¿Habíamos recibido alguna ofensa?

Le respondí que me habían tratado muy bien y que no estaba ofendida. No tenía nada en contra del gobierno soviético. Simplemente me sentía como si estuviera viviendo en un cementerio. Ya no nos quedaba nadie en la Unión Soviética, ni parientes, ni amigos ni judíos. Mi esposo era de Varsovia. Queríamos ir allí para averiguar si había sobrevivido alguien de su familia. Kleschov se hizo cargo de nuestra difícil situación y no nos puso ninguna traba. Nuestro permiso fue firmado debidamente. Kleschov y yo nos despedimos con tristeza; nuestra amistad databa de muy atrás.

Deseábamos partir lo antes posible. Aunque el museo de Minsk me debía diez mil rublos por fotografías y ampliaciones que todavía no me había pagado, no me preocupé de recaudar el dinero. Le dejamos todo a Sarah, nuestra ama de llaves: toda nuestra ropa y nuestro dinero, así como la bonita casa con todo su contenido. Yo me llevé únicamente mi abrigo de piel de leopardo y, por supuesto, mi cámara. Mi marido y yo, con nuestras mochilas a la espalda, dejamos la Unión Soviética. Una vez más estábamos dejando todo atrás en busca de nuevas andanzas, nuevas luchas e incertidumbres. Nos encaminábamos de nuevo hacia el peligro —en esta ocasión sin fusiles ni pistolas—, con destino a Polonia. Allí el antisemitismo era rampante después de la guerra. Muchos polacos temían ser obligados a devolver las propiedades judías a sus legítimos propietarios.

Llegamos a Lodz, a cuatrocientos sesenta kilómetros al oeste de Pinsk, donde se habían congregado después de la guerra la mayoría de los supervivientes del Holocausto. Contacté con mi hermano Kopel, que estaba en Lodz ayudando a organizar una nueva yeshivá. Por entonces su lesión había sanado y volvía a gozar de buena salud.

Poco después de nuestra llegada, Morris marchó con Kopel a Varsovia, mientras que yo me quedé en Lodz. Era más seguro que ambos viajaran sin mí. Habíamos tenido noticia de que muchos judíos habían sido asesinados en Polonia tras la guerra; me preocupaba la seguridad

de Morris y de Kopel. Regresaron al cabo de una semana. Durante todos aquellos años con los partisanos, Morris jamás había perdido la esperanza de encontrar al menos a alguno de sus seres queridos en Varsovia una vez terminada la guerra. Hubiera deseado contarles sus experiencias partisanas, cómo había salvado familias y niños judíos ocultos en el bosque. Morris regresó de Varsovia decepcionado, deprimido y amargado. No había hallado ni un solo superviviente de su extensa familia. Todos habían sido asesinados en las cámaras de gas de los campos de exterminio.

Entonces sentimos más profundamente aún que había un solo destino para nosotros. Deseábamos ir a Palestina, a nuestro pueblo y a nuestra tierra. Por aquel entonces no existía ningún país independiente de Israel; el país todavía se llamaba Palestina y estaba bajo el mandato británico. Dado que los británicos se negaban a permitir que los supervivientes judíos entraran en Palestina, estos buscaban formas de inmigrar ilegalmente. En Polonia se había creado una organización llamada la *Bricha* para ayudar a los refugiados judíos a entrar clandestinamente a Palestina. Poco después de que Morris regresara de Varsovia, ingresamos como voluntarios en la *Bricha* en Lodz.

Muchos de los antiguos partisanos que yo había conocido, chicos y chicas judíos que habían sobrevivido al día de la liberación, se habían alistado en el ejército soviético. Cuando terminó la guerra en Europa, muchos fueron a Palestina ilegalmente. Allí volvieron a combatir, esta vez por un país judío libre e independiente. Muchos de los que perdieron sus vidas fueron enterrados sin nombre; no tenían pasaporte ni ningún otro documento cuando entraron ilegalmente en el país.

Era especialmente difícil salir de aquellos países que habían sido liberados por los soviéticos y ahora pertenecían al bloque comunista. La relación entre la Unión Soviética y los otros aliados había comenzado a deteriorarse. Los refugiados que deseaban emigrar a cualquier otro país del mundo tenían que llegar primero al territorio liberado estadounidense para poder obtener sus visados. Alemania había quedado dividida en dos países. Alemania oriental fue ocupada por la Unión Soviética; Alemania Occidental por los otros aliados. En Alemania Occidental se habían instalado campamentos temporales para «desplazados», refugiados judíos en busca de un nuevo hogar y una nueva vida, que contaban con el respaldo de las Naciones Unidas. Desde esos campamentos los refugiados solicitaban visados a países del mundo entero. Otros trataban de llegar ilegalmente a Palestina. Una de las ironías de la historia era que los supervivientes judíos tuvieran que entrar en Alemania Occidental, parte del país que más habían temido solo unos pocos meses antes, a fin de comenzar una

nueva vida.

En el otoño de 1945, Morris, Kopel y yo salimos de Polonia, atravesando Checoslovaquia y Austria, para llegar a Alemania Occidental. Viajar entre países en aquellos tiempos era muy difícil. Había importantes controles fronterizos; nos registraban de pies a cabeza. No teníamos comida ni dinero; todo nos lo quitaban durante esas inspecciones en las fronteras. Pero lo peor de todo era que no poseíamos ninguna identificación válida, toda vez que nuestros documentos soviéticos no eran reconocidos fuera del bloque comunista. Éramos desplazados, sin país y sin pasaporte.

En uno de los trenes Morris, que estaba muy deprimido por haber perdido a toda su familia, se enfureció por la burocracia que implicaba viajar de un país a otro. Abrumado, le replicó a un policía polaco. Estaban a punto de fusilarle. Cuando uno de los policías fue en busca de refuerzos, me las ingenié para esconder a Morris bajo un montón de paquetes. Cuando llegaron cuatro policías en su busca, yo estaba sentada encima de los paquetes. No me tocaron, quizá porque vieron que estaba embarazada. Al no encontrar a Morris, fueron a registrar el siguiente vagón. Tras todos los años de sufrimiento, estaba nerviosa y exhausta. Después de todo lo que habíamos pasado, nos hallábamos en peligro una vez más. ¿Acaso aquello no iba a acabar nunca?

En la frontera de Checoslovaquia, fuimos registrados de nuevo por la policía polaca, que era grosera y brutal. En Praga no había espacio para más refugiados; los campamentos de desplazados estaban cerrados. Tuvimos que cruzar la frontera de Austria. En Linz pasamos una noche muy fría en un hotel sin techo que había sufrido un bombardeo y que antes de la guerra había sido grandioso. Al día siguiente proseguimos nuestro arduo viaje cruzando otra frontera para entrar en Alemania Occidental. Finalmente llegamos a Landsberg, en Alemania Occidental. Morris y yo teníamos la intención de ir a Palestina. Entretanto nos metieron en un campamento de refugiados. Permanecimos en Landsberg como desplazados durante tres años. El campamento era un complejo formado por unos dieciocho edificios de dos plantas. Vivíamos en el «bloque de los partisanos». Cada familia ocupaba una habitación. Aunque éramos libres para ir y venir a nuestro antojo, teníamos la impresión de estar de nuevo en un gueto.

Durante nuestra estancia en Landsberg, mi hermano Kopel fue invitado a dirigir un grupo de estudiantes mayores y abrir una yeshivá con el respaldo de la *Yaad Hatzolah* de Nueva York. Llegaban a diario a Landsberg nuevos estudiantes, supervivientes del Holocausto. Durante la guerra, muchos habían sido expulsados de Vilna e

internados en campos de trabajo y exterminio. Habían sufrido terriblemente. Uno de los alumnos de Kopel había estado en las cámaras de gas cuando un nazi abrió la puerta y le sacó tan solo unos segundos antes de que el gas fuese liberado. El nazi quería al muchacho como su sirviente personal. Kopel y sus alumnos partieron de Alemania en 1947 con rumbo a Nueva York. Allí continúa viviendo en la actualidad.

Morris y yo permanecimos en Landsberg, donde se organizó un grupo de partisanos veteranos. Publicamos una revista llamada *Der Wiederstand*, *La Resistencia*. Muchas de nuestras actividades iban destinadas a apoyar el establecimiento del Estado de Israel. Nuestro objetivo era luchar de nuevo, pero esta vez luchar por nuestro propio país, por un Israel libre e independiente. Organizamos manifestaciones y mítines en respaldo de nuestra causa. De los alimentos que recibíamos, comíamos únicamente lo necesario para sobrevivir; el resto lo intercambiábamos con los alemanes por municiones, que introducíamos de contrabando en Palestina. Después de la guerra, algunos de los soldados alemanes habían vuelto a casa todavía en posesión de sus armas de fuego, que ya no necesitaban.

Recuerdo que pasábamos días sentados en el sótano del edificio de los partisanos, lustrando y limpiando el óxido de cada parte de cada pistola y cada fusil. Los desmontábamos y volvíamos a montarlos, asegurándonos de que estuvieran en buenas condiciones de funcionamiento. Se trataba de una actividad muy familiar para nosotros los partisanos. Cada rifle o pistola era vital para los combatientes en Palestina. Sentíamos que cada fusil que introducíamos subrepticiamente podría acercarnos a nuestra meta de un Israel independiente.

Manifestación en Alemania Occidental en favor de la creación del Estado de Israel.

Entretanto nuestra situación personal había cambiado. El 27 de enero de 1946 nació nuestra hija Susan. Los británicos aún no estaban dispuestos a permitir la entrada de los judíos en Palestina. Tratar de entrar clandestinamente en Palestina con una recién nacida en brazos suponía un riesgo demasiado grande para ser contemplado. Ya habíamos perdido a muchos seres queridos. No estábamos dispuestos a unirnos a los grupos que partían ilegalmente hacia Palestina. Ahora teníamos una bebé; teníamos nuevas responsabilidades.

Epílogo

En Europa empeoró la situación política. Se agudizaron las tensiones entre la Unión Soviética y los países occidentales. Por otro lado, los alemanes no estaban satisfechos con la división entre Alemania oriental y occidental. En 1946 y 1947 proliferaban los rumores de otra guerra. Después de cuanto habíamos pasado, después de todas esas experiencias terribles, no queríamos vernos atrapados en otra posible guerra, especialmente en Alemania. Nos registramos para emigrar a varios países del mundo; a cualquier parte con tal de salir de Alemania. Fuimos de los pocos afortunados a los que Canadá aceptó primero. Llegamos a Halifax en junio de 1948 y desde allí continuamos hasta Toronto.

Al principio, nuestra vida en Canadá fue difícil. Éramos pobres y nos costó encontrar trabajo porque no hablábamos inglés. Pero éramos jóvenes y saludables, y estábamos resueltos a iniciar una nueva vida en ese pacífico país, lejos del turbulento mundo que habíamos experimentado. Morris no logró encontrar trabajo en su especialidad. Carecía de documentación de sus cualificaciones profesionales como censor jurado de cuentas. En vez de ello trabajó como peón, cargando ladrillos, hasta que se lesionó un músculo del brazo. Entretanto a mí me contrataron como operadora de máquina de coser en una fábrica de almohadillas antitranspirantes y hombreras. Morris acabó trabajando conmigo en la fábrica como cortador. Trabajamos muy duro juntos, ahorrando todo lo que podíamos hasta que fuimos capaces de abrir nuestro propio negocio, una ferretería. Para entonces ya había nacido nuestro hijo Sidney. Tuvimos la tienda quince años. Finalmente Morris consiguió un empleo más apropiado como bróker de negocios.

Mi marido Morris, que en paz descanse, falleció en 1992. Llevábamos casados cuarenta y siete años. Juntos vivimos buenos y malos tiempos. Ahora soy una anciana. Amo profundamente a mis dos hijos y a mis seis nietos. Pero nunca olvidaré mi vida pasada como partisana, el Holocausto, la tortura de nuestro pueblo. A veces ese mundo pretérito se me antoja más real que el presente. Estoy orgullosa de mi pasado y del de aquellos que, al igual que yo, fueron capaces de hacer frente al enemigo. Jamás debería olvidarse que hubo levantamientos y resistencia, que al menos veinte mil judíos de Europa del Este lucharon como partisanos y representaron un pináculo de valentía en la historia del pueblo judío.

Y todo esto nunca debería volver a suceder.

Faye y Morris con Susan y Sidney.

Faye con su nuera y sus nietos.

Los hijos de Susan, la hija de Faye.

Faye se reúne con Jean, una antigua compañera partisana; California, 1990.

Faye Schulman con medallas.

ВЕТЕРАНУ - ПАРТИЗАНУ

Великой Отечественной войны

1941—1945 г. г.

Тов. Шульман Фаина

В память о боевых делах партизанской бригады им. Молотова в годы Великой Отечественной войны

вручен

Нагрудный знак

Партизан Бригады

Председатель Совета ветеранов (Удовиков)

Секретарь Совета ветеранов (Пчелка)

14 июля 1984 г.

БССР

ПИНСКОЕ ОБЩЕСТВО

ПАРТИЗАН-ВЕТЕРАНОВ

УДОСТОВЕРЕНИЕ Серия ПН № ____

Шульман

Фаина

М. П.

Владелец удостоверения являлся партизаном Отечественной войны 1941—1945 гг., действовавшим в глубоком тылу врага в отряде им. Шмидта бригады Молотова входящих в состав Пинского партизанского соединения, командиром которого был Герой Советского Союза генерал-майор Корж Василий Захарович.

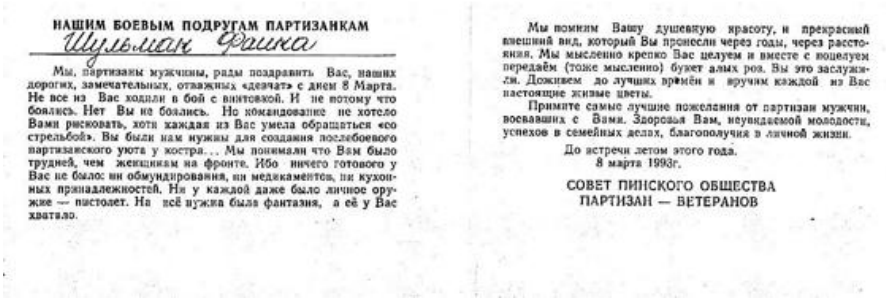
Председатель Пинского общества партизан-ветеранов Л. УДОВИКОВ

Секретарь общества Е. ПЧЕЛКА

Для Пинского общества партизан служит официальным документом.

Остается в семье партизана на вечное хранение.

Reconocimientos de la participación de Faye en la Brigada Molotava.



НАШИМ БОЕВЫМ ПОДРУГАМ ПАРТИЗАНКАМ

Шульман Фаина

Мы, партизаны мужчины, рады поздравить Вас, наших дорогих, замечательных, отважных «девчат» с днем 8 Марта. Не все из Вас ходили в бой с винтовкой. И не потому что боялись. Нет Вы не боялись. Но командование не хотело Вами рисковать, хотя каждая из Вас умела обращаться «со стрельбой». Вы были нам нужны для создания послебоевого партизанского уюта у костра... Мы понимали что Вам было труднее, чем женщинам на фронте. Ибо ничего готового у Вас не было: ни обмундирования, ни медикаментов, ни кухонных принадлежностей. Ня у каждой даже было личное оружие — пистолет. На всё нужна была фантазия, а её у Вас хватало.

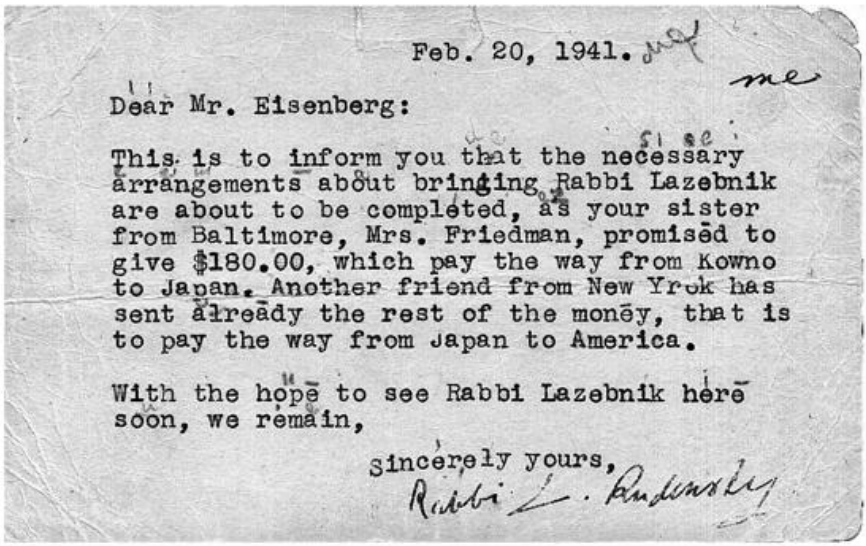
Мы помним Вашу душевную красоту, и прекрасный внешний вид, который Вы пронесли через годы, через расстояния. Мы мысленно крепко Вас целуем и вместе с поцелуем передаём (тоже мысленно) букет алых роз. Вы это заслужили. Доживем до лучших времён и вручим каждой из Вас настоящие живые цветы.

Примите самые лучшие пожелания от партизан мужчин, воевавших с Вами. Здоровья Вам, неувядаемой молодости, успехов в семейных делах, благополучия в личной жизни.

До встречи летом этого года.
8 марта 1993г.

СОВЕТ ПИНСКОГО ОБЩЕСТВА
ПАРТИЗАН — ВЕТЕРАНОВ

Reconocimiento de la contribución de las mujeres en el hogar, en el frente y como trabajadoras sanitarias, por parte del gobierno de la URSS.



Feb. 20, 1941.

Dear Mr. Eisenberg:

This is to inform you that the necessary arrangements about bringing Rabbi Lazebnik are about to be completed, as your sister from Baltimore, Mrs. Friedman, promised to give $180.00, which pay the way from Kowno to Japan. Another friend from New York has sent already the rest of the money, that is to pay the way from Japan to America.

With the hope to see Rabbi Lazebnik here soon, we remain,

sincerely yours,

Rabbi L. Lazebnik

Confirmación para que el hermano de Faye emigrase a EE. UU. vía Japón. Poco después del envío de esta carta, el rabino Lazebnik fue asesinado.

Ветерану
Великой Отечественной войны

ДОРОГОЙ БОЕВОЙ ДРУГ!

Тов. Шульман Фаина

Пинское общество партизан-ветеранов награждает Вас грамотой за активные боевые партизанские действия в глубоком тылу врага против немецких захватчиков во время Отечественной войны 1941—1945 гг., а также в связи с 45-летием Победы советского народа и 46-летием освобождения любимой Белоруссии, где прошла наша боевая молодость.

Председатель Пинского общества партизан-ветеранов Л. Удовиков

Секретарь Пинского общества партизан-ветеранов Е. Пчелка

Июля 1990 г.

Del gobierno ruso, rindiendo tributo a las actividades bélicas de Faye en los territorios ocupados por el enemigo.

Faye contando sus experiencias partisanas a estudiantes de secundaria canadienses en 1993.

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados
de recoger sus comentarios sobre este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

Para adquirir nuestros títulos,
consulte con su librero habitual.

«En el hombre hay más cosas admirables
que despreciables.»*

ALBERT CAMUS

«*I cannot live without books*.»

«No puedo vivir sin libros.»

THOMAS JEFFERSON

Desde 2013, Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.

* Frase extraída de *Breviario de la dignidad humana* (Plataforma Editorial, 2013).